

REVISTA CONTEMPORANEA

MADRID, 1883

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO IX—TOMO XLVI

JULIO — AGOSTO 1883



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE PIZARRO, NUM. 17, TERCERO, MADRID
OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pe.nambuco

BUENOS AIRES
Manuel Reñe

DERECHOS RESERVADOS





ATENEEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CURSO DE CIENCIAS NATURALES

1882

NOVENA CONFERENCIA

LOS MATEMÁTICOS DEL SIGLO XVII

POR

D. GUMERSINDO VICUÑA.



SEÑORES: Al organizarse estas conferencias, en lo cual he tenido bastante parte, como individuo de la Junta de Gobierno anterior, delegado, al efecto, por nuestro Presidente, el nunca bastante llorado D. José Moreno Nieto, pensamos dar un curso de ciencias de la naturaleza, comprendiendo los puntos capitales que se refieren á este orden de conocimientos; y hubo el propósito de dedicar tres de estas disertaciones á su historia. La primera de ellas fué perfectamente desarrollada hace pocos días por D. Eduardo Saavedra, sobre «Las ciencias en tiempo de Aristóteles;» la segunda es la que hoy me toca presentar ante vuestra consideración, y la inmediata versará

sobre «Los alquimistas y los orígenes de la química.» Este mismo plan, este mismo método, me marcan la pauta para esta conferencia. Tengo que hacer un brevísimo resumen, á partir del estado del saber humano en tiempo de Aristóteles, aunque concretándome exclusivamente al matemático, en el punto en que lo dejó el profesor que me ha antecedido en esta cátedra, llegar rápidamente hasta el siglo XVII y detenerme algún tiempo en los matemáticos de dicho siglo.

Al escoger esta centuria como tema especial de esta conferencia, bajo el aspecto de la historia de las ciencias, me ha impulsado el que, como tendré ocasión de probaros dentro de un momento, el XVII es verdaderamente el siglo de oro de las matemáticas; y veréis que en él concluye, por decirlo así, la edad antigua y de desarrollo de dichas ciencias y llegan hasta su completa plenitud, quedando después mucho que hacer (porque, como sabéis, las ciencias nunca se agotan) en todos terrenos; pero habiéndose ya puesto los puntos principales, y organizado los conocimientos más notables; en una palabra, habiéndose hecho lo clásico, lo verdaderamente fundamental del saber matemático que hoy poseemos.

El Sr. Saavedra, al hablar de las ciencias en tiempo de Aristóteles, os dió á conocer el estado de las matemáticas en sus diversas ramas y el grado de cultura que alcanzaron en el florecimiento de la civilización griega. Posteriormente, el cetro del saber pasó de Grecia á Egipto, á la escuela de Alejandría, fundada por griegos, y en la parte de matemáticas por el geómetra más excelso de la escuela griega, Euclides; tuvo grandes cultivadores, y, sobre todo, la Geometría llegó en aquella escuela á un grado de esplendor que difícilmente se comprende, dado el estado de atraso de las demás; lo que hoy se llama Geometría elemental se elevó á tal altura, que puede decirse que no ha adelantado desde entonces. Se ha ampliado mucho el cimiento de las ciencias, pero en ciertas teorías se pronunció en aquella época la última palabra. Tanto es así, que el tratado de Geometría de Euclides ha servido de texto en Europa hasta hace algunos años, y que muchos métodos que hoy se dan por los autores no son otra cosa que el plan mismo que aquél organizó.

Posteriormente á éste, son muchísimos los matemáticos de la escuela de Alejandría; cultivaron otros ramos de las ciencias de la cantidad, particularmente la Astronomía, y dieron á conocer los principios de la Trigonometría. Algo supieron también de Álgebra y de Óptica, pero desconocían las leyes de la refracción de la luz. Los nombres de Hiparco, Apolonio, Diofanto, Aristarco, Eratóstenes, Herón, Posidonio, Ptolomeo, Pappus, Theon y otra porción de matemáticos ilustres, son conocidos hasta de los que os hayáis limitado á estudiar la segunda enseñanza, puesto que sabéis que todos han dejado rastro de sus conocimientos en las Matemáticas elementales. Y, ¡cosa singular!, parece como que al implantarse en Egipto la civilización griega, y llevarse allí una verdadera escuela científica que había de florecer y fructificar en aquel país, adquirió todos los caracteres de estabilidad y permanencia, propios en lo antiguo de la tierra de los faraones, porque esa escuela de Alejandría es quizás entre todas las del mundo la que alcanzó mayor duración. Tres siglos antes de Jesucristo la fundaba Euclides, y tres ó cuatro después de Jesucristo subsistía aún con gran esplendor. Diofanto enseñó hacia el año 385 los problemas de análisis indeterminado, mientras que Euclides escribió su Geometría trescientos años antes de la Era Cristiana; es decir, que la escuela de Alejandría vivió más de seiscientos años en todo su brillo; y luego, desde el siglo IV, fué ya decayendo, hasta que en el VI casi había desaparecido; y tuvo como fin la invasión de los árabes, que no sólo aventaron todos los hombres de ciencia, sino que cometieron un acto bárbaro (que luego han purgado con otros que realmente les lava de aquel delito), cual fué la destrucción de la biblioteca de Alejandría, donde estaba acumulada toda la civilización antigua, y cuyo gran número de volúmenes manuscritos era el resumen de lo que se sabía en ciencias, letras y filosofía desde los tiempos más antiguos.

Como constelación aparte, y sin formar escuela, florece un matemático por aquellos tiempos, Arquímedes, del cual, en este breve resumen que estoy haciendo, debo decir dos palabras, porque á mi juicio, es uno de los genios que más han

honrado á la humanidad. ¡Parece imposible que, dado el estado de la ciencia, pudiera Arquímedes, con una sagacidad maravillosa, con un don prodigioso de invención, acometer problemas que aun hoy son difíciles, y que los resolviera sin el auxilio del álgebra, que entonces no se conocía propiamente, y sólo á fuerza de raciocinio, por una intuición clara de aquel entendimiento privilegiado que le hace disputar á Newton el ser el primero de los matemáticos! Y si se examinaran los descubrimientos de cada uno, quizás no saliera perdiendo el geómetra de Siracusa. Arquímedes tocó á diferentes puntos de las ciencias y en todos dejó un recuerdo de su gran ingenio, pero sobresalió en la resolución de los problemas de ciertas curvas y sus áreas, y parece imposible que con los métodos de que se disponía en aquellas épocas, llegase, por ejemplo, á hallar el área de la parábola: y sin embargo, resolvió este problema y otros referentes á espirales, progresiones, cilindros circunscritos á esferas, etc., y además del equilibrio de las máquinas, el famoso principio de física que lleva su nombre, conoció los espejos ustorios y llegó, en una palabra, á ser el hombre más notable de la civilización antigua en el ramo concreto de las ciencias físico-matemáticas: nació 297 años antes de Jesucristo, y bien conocida es su muerte al ser asaltada por los romanos la ciudad en que vivió.

Después de la escuela de Alejandría y de Arquímedes, realmente para esta historia rápida que estoy haciendo, no debo detenerme en la antigüedad. Ni los romanos en su época de vigor tuvieron matemáticos que pudieran compararse con los ya citados, ni el bajo imperio puede presentar nada tampoco.

Allá en el siglo IX, cuando el éxito coronó el triunfo de las armas mahometanas, florece Bagdad; y como para compensar, según os indicaba hace un momento, su gran borrón de haber quemado la biblioteca de Alejandría, fundóse en aquella ciudad una academia científica, desarrollóse el estudio de la astronomía y de las matemáticas y cuéntase que uno de los califas más ilustres, Abdalla Almamón, puso como tributo al Emperador de Constantinopla, Miguel III, que le

entregara textos y manuscritos, que era lo que entonces existía, para divulgarlos y levantar la civilización en lo que se refiere á las ciencias, haciéndolos traducir incontinenti. Y con efecto, en Bagdad surge una escuela notable, y Mahomed-Ben-Musa inventa las líneas trigonométricas; Thébit resuelve las ecuaciones de 2.^o grado é inicia los de 3.^o y 4.^o; se resucitan los trabajos de Tolomeo, que es el primer astrónomo de los tiempos antiguos, y Alhacem constituye los fundamentos de la óptica.

De Bagdad pasa luego la civilización á nuestra España, y en el siglo XI reúnen los primeros matemáticos de la época en Córdoba, y florecen Alquindi, Azarquiel, el gran astrónomo Averroes, el filósofo Avicena y otros hombres ilustres, que han dejado rastros luminosos en la historia de las ciencias, como Geber en trigonometría y todos en aritmética, arraigando su sistema de numeración, que hoy se sigue en el mundo culto.

Después de esto, en la Edad Media, y en los pueblos no sujetos al poder del Islam, las ciencias no florecen y España fué visitada entonces por los primeros hombres de Europa para cosechar en ella el estudio científico y difundirlo por el resto del mundo, y nuestro San Isidoro pudo escribir acerca de los conocimientos que había adquirido, y el Rey Sabio en el siglo XIII publicó las famosas tablas alfonsíes y reunió en su corte de Toledo á todos los grandes hombres científicos, muchos de ellos judíos: entonces fué cuando brilló España en estas ciencias.

Hasta el siglo XV no hay ya matemáticos notables; pero en éste pueden citarse algunos. Regiomontano y Purbach, por ejemplo, en el Norte de Europa, realizan trabajos de importancia bajo el punto de vista de las tablas trigonométricas.

Llegamos al siglo XVI, y al par que el renacimiento literario, se presenta también el científico. El renacimiento científico ya comprenderéis que no tuvo el mismo valor que el literario, porque las ciencias no habían quedado, como las letras antiguas, completamente á oscuras para la Europa, por efecto de la Edad Media, pues los árabes las habían hecho prosperar, según queda dicho, y las habían transmitido á las

naciones cristianas por conducto de España. Sin embargo de esto, en Italia se presentó á fines del siglo XV y á principios del XVI un verdadero renacimiento científico, y Lucas Burgo, Cardán, Tartaglia y otros establecen las bases del álgebra moderna, porque si bien no tenía el carácter que posee ahora, se presentaron resoluciones de ecuaciones de 3.^o y 4.^o grado y se comenzó con esto el principio del álgebra superior.

En el siglo XVI, después de estos matemáticos que acabo de citar, hubo algunos otros en Europa. En nuestra España, ¡justo es decirlo!, floreció por aquel tiempo un ramo de conocimientos especiales que nos valió los honores de la traducción de nuestros libros á los idiomas de otros países, aunque el latín era casi el común para las ciencias: me refiero á la cosmografía y las obras de Santa Cruz, Medina, Céspedes, Rojas, Zamorano, Núñez, que aunque portugués, podemos considerarlo como español, pues escribió en nuestro idioma y fué súbdito de nuestros Reyes y las de otros matemáticos de esta época fueron los textos en toda Europa, y España pudo ostentar este timbre glorioso entre las naciones civilizadas en esta rama de los conocimientos matemáticos. Entretanto en Flandes floreció Metius, en Francia Victe, en Alemania Keplero.

El siglo XVII comienza con un matemático que da su nombre á una investigación bien conocida y que transformó tanto el álgebra como la trigonometría: me refiero al barón escocés Néper, el cual, siguiendo las investigaciones iniciadas por otros matemáticos, dió la relación precisa, por cuyo medio se llegó al conocimiento de los logaritmos que abrevian admirablemente todas las operaciones. Es verdad que este descubrimiento de Néper ha sido discutido; es verdad que los alemanes señalan como autor del mismo á un compatriota, y los franceses á otro; pero sucede en este como en otros inventos científicos. Realmente en la historia de las ciencias, como en la de las artes, como en todo lo natural, no se producen las cosas por intervalos, sino de un modo continuo, y resulta que cuando varios matemáticos, como varios científicos, persiguen todos una cosa misma, cada uno llega á poner su piedra en esta obra general, hasta que el de mayor ingenio y

talento, no ciertamente el que se mueve por pura casualidad, es el que llega á dar la fórmula clara y precisa, que luego pasa á aumentar el caudal de conocimientos de la ciencia. En este sentido, pues, Néper llegó á dar verdaderamente la regla de los logaritmos. En 1614 publicó su invento; pocos años después los perfecciona Briggs, cambiando la base; en 1620 los aplica Gunther á las tablas trigonométricas.

Buen principio, señores, tenía el siglo XVII en las ciencias: buscar el medio de simplificar las operaciones aritméticas, y llegar con sencillez al enlace fácil del elemento ángulo con el elemento línea; eso fué lo que se realizó con el invento de los logaritmos.

Pero todavía hay otro invento, hijo del siglo anterior y que se vino á perfeccionar en el XVII, que contribuyó más aún al adelanto del álgebra; me refiero al empleo de las letras y de los signos. Los que tengan curiosidad de conocer de qué manera tan ingeniosa, y sobre todo tan difícil, se cultivaba el álgebra en los tiempos antiguos; los que deseen comprender la suma de paciencia y de estudios que eran precisos para resolver los problemas más sencillos, no tienen más que coger un tratado de álgebra, de *arte mayor* ó *tratado de la cosa*, como se llamaba entonces; por ejemplo, la obra de Núñez, escrita en español y titulada *Tratado de Algebra en Aritmética y Geometría*. Para valerse llamaban á la incógnita *cosa*, á su cuadrado *censo* y al producto tres veces de la cosa, como hoy se sigue llamando, *cubo*, estableciendo luego una serie de reglas y artificios para ligar unos elementos con otros y para estudiar lo que hoy llamamos planteamiento de un problema en ecuación, que no existía entonces, pues no se usaban ni letras, ni fórmulas, ni siquiera el signo igual.

Pues bien; Viète, matemático francés, fué el primero que empleó las letras para designar las diversas cantidades, el que dió el medio de plantear los problemas en ecuación y el que estableció por tanto las verdaderas ecuaciones. Esto unido á algunos otros signos debidos á varios geómetras contemporáneos, como los signos más, menos y raíz cuadrada ($+$, $-$, $\sqrt{\quad}$), que los inventó el alemán Stifellius, facilitó el camino para que el álgebra pudiese progresar.

No es extraño que teniendo ya estas bases se desarrollara el álgebra en el siglo XVII de una manera fundamental, presentándose nos matemáticos de primer orden, Pascal, por ejemplo, filósofo francés, cuya vida fué hartó corta, y cuyas muchas ocupaciones, estudios y vasta ilustración le obligaron á dedicarse á múltiples ramos de la ciencia, por lo que, desgraciadamente para las matemáticas, no pudo concretar aquella preciosa inteligencia, á pesar de lo cual llegó á hacer trabajos notables en diversos ramos, como por ejemplo, el cálculo de probabilidades.

Pero estos trabajos quedan oscurecidos ante otro matemático y filósofo, cuyo nombre tenéis ya todos en los labios; me refiero á Descartes. La obra de este hombre en las ciencias matemáticas, es una verdadera maravilla, y quizás es tan notable como en filosofía. Veámoslo si no: Descartes, además del estudio de ciertos problemas geométricos, dedicó su gran talento al álgebra, consiguiendo tales resultados, como por ejemplo, la conocida regla de los signos en la resolución de las ecuaciones numéricas, que ellos solos bastarían para inmortalizarle si no hubiese realizado otros dos inventos de más trascendencia. El primero es el empleo de las cantidades negativas: al tropezarse con algo inferior al cero, real ó aparentemente, al encontrarse con el resultado de una resta en la que el sustraendo es mayor que el minuendo, los matemáticos de aquella época llamaban á eso una cantidad falsa, y decían que era la raíz falsa de una ecuación. Descartes fué quien afirmó que aquella era una raíz de tanta significación como la positiva, y el que dió como representación á las cantidades negativas el ser enteramente opuestas á las positivas, y no es extraño que se haya dicho que esta idea, traída á la ciencia, sirvió para duplicar el campo que tenía el álgebra. El segundo invento de Descartes se refiere á la geometría analítica, en la aplicación del álgebra á la geometría, es decir, la representación de las líneas por medio de fórmulas y ecuaciones y recíprocamente la representación de las cantidades numéricas bajo el aspecto de espacio. Ya esta compenetración de los dos órdenes de conocimientos se había hecho anteriormente á Descartes:

casi puede decirse que la aplicación del álgebra á la geometría es tan antigua como aquella misma, pero era verdaderamente rudimentaria; si no se conocía apenas el álgebra, ¿cómo se había de aplicar con éxito á la geometría? Así es que cuando el álgebra pudo tomar carta de naturaleza como ciencia, cuando pudo tener métodos precisos y claros, quien pensó en fundirla con la geometría fué Descartes, inventando el procedimiento de ejes coordenados. Este artificio de la geometría analítica, excuso decirnos las maravillas que ha causado en la ciencia moderna: vosotros los tocáis todos los días.

Veis, pues, que aun cuando no hubiese más que estos tres matemáticos, Néper, Pascal y Descartes, realmente el siglo XVII sería uno de los más fecundos, pero todavía se presentan otros sabios que son quizás mayores que éstos en el orden de la ciencia; me refiero á Leibnitz y Newton. A fines ya de esta centuria, cuando el desarrollo de la geometría analítica seguía sus pasos, cuando matemáticos de no tanta altura como los citados, pero notables por muchos aspectos, desarrollaban una porción de sistemas científicos referentes á la aplicación del álgebra á la geometría, publicó Leibnitz, que se había distinguido en estudios de esta índole, y al cual se debe el de las combinaciones, la máquina aritmética, etc., una nota aparentemente sencilla y á la cual él mismo no dió la importancia que ha tenido. En las famosas *Acta eruditorum* de Leipzig imprimió unas páginas (seis tan sólo) sobre la resolución del método general de las tangentes y de los máximos por un procedimiento especial que había ideado, y que llamaba procedimiento diferencial. Esto acontecía en 1684. Tres años después, en 1687, publicaba Newton su obra inmortal sobre los principios matemáticos de la física, y en ella aplicó un método parecido al que había ideado Leibnitz, sólo que Newton partía de una idea distinta, pero llegando al mismo resultado. Como este es un punto capital, muy controvertido en la historia de las ciencias, permitidme que me detenga un momento en él. Leibnitz admitía la existencia de cantidades infinitamente pequeñas. Después de la gran batalla que sostuvo en aquella época;

después de muchas peripecias en la historia misma de las ciencias, sobre todo en este concepto primordial, porque las ciencias han sufrido á las veces el predominio de ciertos sistemas de la filosofía, y así, á fines del siglo pasado, con una filosofía sensualista, no se quiso reconocer la existencia de las cantidades infinitamente pequeñas con valor propio, y se idearon las funciones derivadas; después de todo esto, es lo cierto que Leibnitz concibió unos principios, á los que la historia y todos los matemáticos modernos han venido á dar la razón: Leibnitz ideó la existencia de las cantidades infinitamente pequeñas, con valor real; suponía el aumento de las variables, el aumento de las dimensiones ó el aumento de los elementos naturales ó ideados; y estos elementos, sumamente pequeños, infinitamente pequeños, eran las cantidades diferenciales, y los hay de diversos órdenes, unos con relación á otros.

La relación de dos de estas cantidades del mismo orden constituía lo que se llamaba el coeficiente diferencial, que da una idea perfecta de la relación del incremento de una función cuando crece la variable. Newton, por el contrario, partiendo de ciertas nociones puramente mecánicas análogas á la de velocidades, llamaba fluxión á esta relación, y fluyentes á las cantidades variables.

No hubo, al principio, cuando Leibnitz publicó su nota en 1684, reclamación ninguna por parte de Newton, ni al dar á la estampa éste en 1687 sus principios matemáticos de la física, no hubo tampoco cuestión alguna; y es que estos dos matemáticos no comprendieron todo el alcance y toda la importancia de su invento; importancia y alcance tales que de él data la ciencia moderna, con todo su desarrollo y la extensión que hoy tiene. Porque, señores, introducir el elemento infinitesimal en el cálculo de las cantidades, ha sido tanto como penetrar en las propiedades de la materia. Permitidme que lo diga desde esta cátedra, donde frecuentemente se encomia con exceso la experimentación: si alguna vez llega á descubrirse, que no se descubrirá, la naturaleza íntima de la materia; si alguna vez llega á penetrarse, que esto es ya más fácil, en sus leyes más profundas, no será cierta-

mente por la experimentación, mezquina siempre; pues por mucho que adelanten los microscopios, por mucho que se perfeccionen todos los medios de observar, siempre habrá secretos en la naturaleza, siempre los sentidos serán limitados, porque estos medios no hacen sino aumentar su poder en una cantidad finita; luego la potencia de nuestros sentidos no será infinita jamás. Si hemos de llegar algún día á conocer la naturaleza íntima de la materia, será por medios indirectos, ha de ser penetrando en las entrañas mismas de la cuestión por medio de los principios de la física matemática, pues sólo cuando tengamos bien conocidas sus leyes, podremos llegar á conocer el mundo de la materia, auxiliados con la referida ciencia. (*Muy bien.*)

Tal es la importancia y trascendencia del invento de Leibnitz y Newton y tal es la base segura del caudal de conocimientos que trajo, aquello que bajo una forma modesta presentó en una nota de las actas de eruditos en 1684 el gran matemático alemán.

Pero andando el tiempo, al finalizar el siglo XVII y empezar el XVIII, cuando la aplicación de aquellos métodos á los diversos ramos de la óptica, mecánica, álgebra y geometría analítica, permitían desarrollar el caudal del saber, al ver que las cicloides y epicicloides, las catenarias y las evolutas se sujetaban á fórmulas precisas y matemáticas, empezaron las disputas entre estos dos genios, cuestiones agrriadas por el amor patrio. La Academia Real de Ciencias de Londres, llamada á dilucidar quién había sido el inventor verdadero, poco imparcial, por lo mismo que Newton era inglés, al emitir el informe negó por completo á Leibnitz la prioridad en la invención y dijo: «que si bien Newton no había hablado hasta 1687, en su libro tantas veces citado, del método de las fluxiones, lo conocía muchos años antes, y que el mismo Leibnitz tuvo noticias de él por la correspondencia frecuente que llevaba con el matemático inglés, y que por consiguiente Leibnitz lo había usurpado á Newton, que era el verdadero descubridor del cálculo diferencial é integral.»

En este punto, y para hablar con verdad, debe decirse que

cada uno de los dos dió el método; que independientemente el uno sentó el principio fundamental que el otro estudiaba; pero el que comprendió mejor su naturaleza y alcance, el verdadero inventor del cálculo diferencial, fué Leibnitz y no Newton: aquél era más filósofo, más preceptista; éste era más géometra, más investigador.

Sucede en este punto lo mismo que os indicaba anteriormente al hablar de los logaritmos: no son en rigor lógico ni Leibnitz ni Newton los iniciadores del cálculo: Leibnitz, en una de sus notas, afirma que el primero en quien ha visto el origen del cálculo diferencial es en Arquímedes, y que éste, al usar los procedimientos de las series para las áreas, aplicaba los principios del cálculo: pero los casi contemporáneos de estos dos grandes matemáticos iniciaron ya el principio del cálculo diferencial, y los que tienen alguna participación en este descubrimiento son, aun prescindiendo de Sluze y de otros, lo menos tres: en Inglaterra, Harriot; en Francia, Fermat, y en Italia, Cavallieri. Harriot, en sus estudios algebraicos, en sus métodos de tangentes, había dejado entrever, había vislumbrado el método general, no lo había apreciado. Fermat, resolviendo unas cuestiones muy conocidas de todos los que os habéis dedicado al cultivo de las matemáticas, sobre todo en su parte superior, que se llaman los máximos y los mínimos, hombre de gran ingenio, resolvió estos problemas, que hoy se estudian en el cálculo diferencial. Cavallieri en Italia, empleando los elementos que él llamaba indivisibles, elementos tan sumamente pequeños que ya no admitían fraccionamiento posible, había ido también por el mismo camino que siguieron Leibnitz y Newton.

En el descubrimiento del cálculo diferencial é integral os he dicho que á quien corresponde esa gloria es á Leibnitz; pero, señores, esto no amengua en mucho la de Newton. Detengámonos un momento ante este coloso de las matemáticas, y veremos que aun quitándole este invento, hizo tanto por las matemáticas que no es extraño que Inglaterra se enorgullezca de este sabio de primer orden. Newton investigó, puede decirse, todos los ramos de las matemáticas. Escribió una aritmética universal en que trató cuestiones de aritmética y

álgebra, dió un método para la aproximación de las raíces inconmensurables é hizo adelantar la geometría analítica en varios puntos; pero los inventos principales de Newton, fuera de los que acabo de indicar, están en la óptica y en la astronomía. En la óptica, Newton es más bien físico que matemático. Ya se conocía en su tiempo la ley de la refracción de la luz dada por Descartes, y otros principios; pero él fué el que descubrió experimentalmente la descomposición de la luz; de modo que á su gloria de matemático une Newton otra como físico. Antes que Newton floreció en Italia Galileo (de cuyas persecuciones no debo hablar aquí, puesto que sólo trato de los matemáticos y no quiero ocuparme de otros asuntos), el cual, más bien físico que matemático, hizo también algunos descubrimientos de óptica, pero todos quedan oscurecidos ante los que realizó Newton en la mecánica celeste.

Cuando se dedicó á estos conocimientos, tenía ya una base debida á otro astrónomo notable del siglo XVII; me refiero á Keplero. Este, discutiendo y examinando el sinnúmero de observaciones hechas por Copérnico, llegó á dar sus tres notables leyes para el movimiento de los planetas en la órbita celeste, y consiguió sustituir con estas leyes sencillas, matemáticas y precisas, á aquellos *ciclos* y *epiciclos* que constituían el verdadero tormento de los que se dedicaban á los estudios astronómicos por los procedimientos antiguos.

Después de Keplero, Newton trató de refundir estas tres leyes en una general, verdaderamente comprensiva de todas. Quiso aplicar los procedimientos de la medición á la tierra, para determinar luego (tomando la tierra como unidad en su diámetro) las proporciones de los demás planetas y sus distancias mutuas; pero se encontró con errores de cálculo en dicha medición, que, rectificadas por varios geodestas que en aquel tiempo se dedicaron con mayor precisión á estos asuntos, permitieron á Newton establecer sus principios, y entonces fué cuando escribió la obra maravillosa que os he citado tantas veces, y en la cual se echan los cimientos de la mecánica moderna, y sobre todo de la mecánica celeste. Re-

fundió las tres leyes de Keplero en una sola más fundamental; es á saber: que la atracción de la materia se efectúa en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, lo mismo para el cuerpo que cae sobre la tierra, que para la acción mutua de las masas planetarias.

Tales son los matemáticos de primera magnitud de aquella centuria, especialmente Newton, Leibnitz y Descartes. Hubo otros de segundo orden: en Inglaterra, Wallis y Barrow, que se ocupan de álgebra; Gregory de óptica, y Brouncker, que idea las fracciones continuas; en Alemania, Mercator, que profundiza en las series, Jacobo y Juan Bernouilly, fundadores de una verdadera dinastía de sabios, á los cuales tanto deben los cálculos; en Francia, el Marqués del Hospital, que los propaga; Roberval, geómetra y mecánico ingenioso, y Desargues, que entrevé la geometría trascendente. Sobre todos estos, y casi al nivel del triunvirato antes citado, luce en Holanda Huyghens, iniciador de las evolutas, autor de la logarítmica y del principio que lleva su nombre en óptica, y que mantuvo con Leibnitz una larga y notable correspondencia epistolar, medio este muy común en aquella época, y que servía de emulación entre los sabios al par que de comercio científico.

Sin que yo pretenda en lo más mínimo hacer la historia de las matemáticas desde entonces acá, os diré que la geometría analítica iniciada por Descartes se completa con la geometría descriptiva inventada por otro francés, monje, á fines del siglo pasado, y que el álgebra llamada superior, así como la mecánica racional, ya casi formada con los principios de Descartes, Newton y otros, fueron definitivamente constituídas un siglo más tarde en la forma que hoy tienen, por el piamontés Lagrange, prescindiendo de las novísimas teorías que hoy fermentan en la primera.

Y á todo esto, me diréis, ¿España qué parte ha tenido en el adelanto de estas ciencias en el siglo XVII? ¿Cómo no hemos nombrado á ningún matemático español, después de citar tantos extranjeros? En este punto, permitidme que os manifieste que tengo una opinión especial respecto al atraso de España con relación á la demás naciones. Es indudable que

en el siglo XVI España estaba por encima de Europa en algunas ramas del saber humano, y que en el siglo XVII quedamos completamente á la zaga; pero la causa de todo esto, ¿es, como se ha dicho, la intolerancia religiosa? ¿Es el carácter meridional? ¿Es cuestión de razas? ¿Es cuestión de clima? Yo, señores, creo que no; de esto último me atrevo á afirmar que no, y de lo anterior aseguro que cuando más es una concausa y no la verdadera causa. Digo de lo último que no, porque si los matemáticos notables han florecido en el Mediodía, como en el Norte, y han pertenecido á razas bien distintas; si Arquímedes, que he citado como émulo de Newton, nació y vivió en el ardiente clima de Sicilia; si los geómetras griegos vivían en una latitud inferior á la nuestra; si la escuela de Alejandría en el tropical Egipto llegó á florecer de tal manera; si la de Bagdad, si la de Córdoba dieron matemáticos de primer orden, ¿cómo ha de ser cuestión de clima ni de raza la que haya impedido que España en ciertas épocas no haya dado matemáticos al nivel de los extranjeros? No en manera alguna. ¿Habrà sido la intolerancia religiosa? Algo ha influído, ¿por qué negarlo? Las ciencias necesitan vida propia, que no se les coarte en su camino y que á sus adeptos no se les opongan obstáculos para que desarrollen sus investigaciones; pero, señores, el que se ha dedicado al estudio de las matemáticas puras no ha tenido inconveniente, ni aun en los tiempos de mayor fanatismo, para profundizar estas ciencias. Podría haberle pasado á alguno que se dedicase á otra clase de estudio lo que le sucedió á Galileo; pero ciertamente que el que se hubiese consagrado al cálculo diferencial é integral, creo que la Inquisición no le hubiese molestado en nada. No es, pues, esta la verdadera causa. Entonces, ¿cuál es?

Siento no poder desarrollar mi opinión sobre este asunto; la hora es avanzada, la cuestión es compleja y necesitaría entrar en algunos detalles para lo que no tengo tiempo; por consiguiente, me limito á hacer constar: 1.º Que no es la causa el clima. 2.º Que la intolerancia religiosa es una concausa, no la verdadera causa; Y 3.º Que hay otras para que indudablemente no hayan ofrecido las ciencias matemáticas

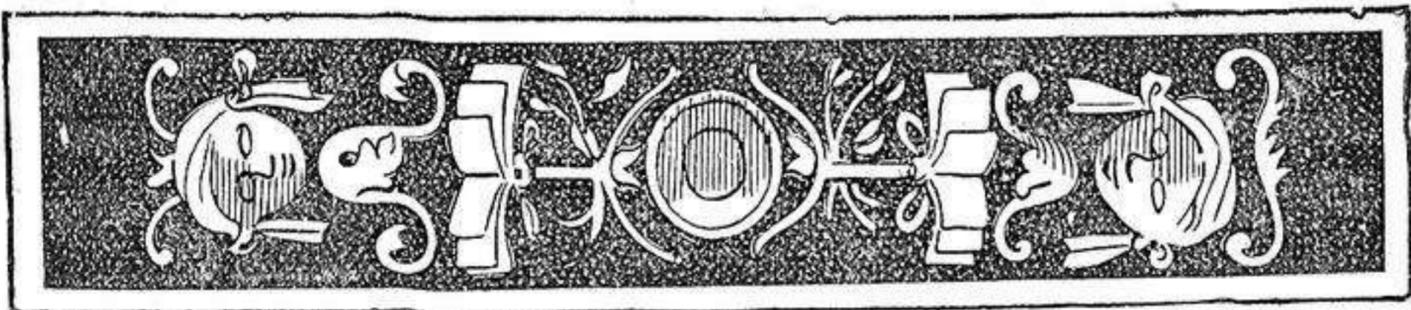
en España el mismo nivel que han debido ofrecer en comparación de otras naciones. Sin embargo de esto, justo es decir que á fines del siglo XVII y á principios del XVIII, España no quedó tan retrasada respecto del movimiento de las ciencias como suponen algunos. No poseíamos aquí matemáticos de primer orden, ni creadores, pero tuvimos profesores, gentes que sabían lo que inventaban los matemáticos de toda Europa, que publicaban libros sobre los adelantos que se hacían, y justo es hacer constar que las lecciones y los libros de los jesuitas, bajo este punto de vista, fueron las que contribuyeron más al adelanto de las ciencias matemáticas del siglo XVII. Las obras del padre Zaragoza, del padre Kresa y de otros, escritas á principios de este siglo son notables. La de Hugo Omerique (que era un familiar de la orden de los jesuitas, según he podido averiguar por un documento que me han remitido de Sanlúcar de Barrameda, en el colegio que tuvieron allí los jesuitas en aquella época), fué un libro notable de aplicación del álgebra á la geometría, citado con elogio por el mismo Newton. Todo esto prueba que aquí se cultivaba la ciencia, pero no se llegó á descollar en ella; no pudimos presentar aquí matemáticos al nivel de los extranjeros; esta es la verdad, y para completarla os pregunto: ¿Es que no hay también desnivel entre la España de hoy y el extranjero?

He dicho que la mecánica se fundó en el siglo XVII, que se desarrolló por completo á fines del pasado, y llega ya en nuestra época á su completo desarrollo; al par de la mecánico se crea la óptica, surgen también los trabajos sobre los cuerpos elásticos y la vibración de la materia, la acústica; en una palabra, el siglo XVII es el germen de los desarrollos científicos; el XVIII no hace más que completarlos y el XIX los extiende en todos sentidos. Razón tenemos, pues, para decir que el XVII es el siglo de oro de las matemáticas. Posteriormente no hay otro invento que se pueda comparar con los que he citado. Los de Laplace y Leverrier, con ser tan grandes, no son más que una comprobación, una extensión de los de Newton, y las ciencias salieron formadas en los tipos principales que hoy existen.

En el siglo XVII, y con esto concluyo, las ciencias principales que entonces se elaboraron han servido de base para las de aplicación del XIX: este es el carácter de nuestra época, constituir las ciencias útiles.

El sello predominante del saber antiguo era un divorcio completo entre la ciencia y la práctica; el de los siglos medios, y entiendo como tales en este momento hasta el XVIII, era el desarrollo verdaderamente teórico, el examen profundo de todos los principios matemáticos. Ya desde los siglos XVII y XVIII empezó la aplicación, principalmente de las matemáticas: empezó á quererse compenetrar el concepto puro de cantidad con el de materia y se crearon la mecánica, la acústica, la óptica, teoría de la vibración de los cuerpos elásticos, de la capilaridad, etc. Andando los tiempos se llega á nuestros días, en los cuales nacen nuevas ciencias, que son: el examen de los principios de las mismas, puestas ya al servicio de una profesión: nace, pues, en nuestro siglo la verdadera carrera del ingeniero, la profesión del hombre que aplica los métodos matemáticos á las artes, que no quiere limitarse exclusivamente á la experimentación y anhela resolverlo todo por fórmulas, por cálculos, que aspira á llegar al camino de las ciencias matemáticas, al campo de la pura razón y á la deducción de todos los principios de diversas clases. Este es el carácter actual de las ciencias de aplicación, y estas son las que han causado las maravillas de nuestro siglo y de nuestra época: los ferrocarriles, los telégrafos, todos los inventos que ha realizado el siglo XIX. No es, pues, extraño que hayamos escogido el XVII como el siglo de oro de las matemáticas, porque de él arrancan los portentos de la mecánica; en él nacen las ciencias de inmediata aplicación, y por él han venido todos esos admirables inventos que han transformado nuestra manera de ser, y á los cuales debemos tantos adelantos en el día. He dicho. (*Grandes aplausos.*)





BLASCO DE ALAGÓN

Y

ROGER DE LAURIÁ



XCMO. SR. MARQUÉS DE AGUILAR. Mi querido Joaquín: No hace muchos días, enseñándome el libro de Soler y Puig, *Marinos catalanes célebres*, manifestábasme tu extrañeza de que nada dijese del que más de una vez me oyeras encomiar como uno de los grandes marinos de la época, de D. Blasco de Alagón, tu ilustre deudo. Recordarás que ambos convinimos en que tratando sólo Soler de catalanes, tal omisión no era imputable, sino sólo en el sentido de que al referir la primera derrota de Roger de Lauriá, no nombre al que la consiguió, que no fué otro que D. Blasco; y recordarás también que, *bien por oirme*, ó por tu ingénita modestia, que al fin cosa tuya es el vencedor del Almirante siciliano, te empeñaste en subirme á éste á las nubes, tanto como bajabas á aquél á los abismos, poniéndome en el caso de comprometerme á escribir una monografía en que justificase la predilección que sentía por el aragonés y las razones en que me fundaba para decirte que en nada desmerece del de Lauriá, y aun que le juzgaba superior en todos conceptos. Lo que entonces te

dije en el calor de la discusión, hoy sereno te lo repito, y prueba de ello la presente epístola, que no es lo prometido, pero sí formal y solemne reconocimiento de mi deuda, y demostración de mi deseo de que ceses en tu entusiasmo por Roger, si ha de ceder en frialdad, como no puede menos, hacia D. Blasco. Mi oferta no tenía plazo; así que podía dejar correr tranquilo las horas sin el menor remordimiento; pero no he querido hacerlo temiendo que atribuyeras á falta de justicia mi silencio, y he preferido acallar tus recelos escribiéndote, para explicarte mi tardanza, suplicándote la atribuyas á escasez de fuerzas, tiempo y otras cosas; pero no á falta de fe en mi causa y de entusiasmo por ella. Lo que te prometí es hacedero; pero no por mí, que nada valgo; la razón me asiste, fáltanme los medios; y pues aquélla no ha de mudarse, espera á que éstos aumenten ó se fortalezcan, y hé aquí el objeto de esta carta. Para hablar aquel lenguaje que tan delicioso me parecía cuando le hablaba contigo en aquel inolvidable *Zululand*, de tu jamás olvidada Torreblanca, no te propongo un *quitamiento*, ni una *novación*, sino simplemente una *espera* ó *moratoria*, y seguro estoy que me otorgarás gustosísimo lo que te demando.

¿Y cómo no? Bien conoces que no es posible otra cosa, si no hemos de resignarnos á que continúe en el lamentable olvido en que se encuentra el cuñado de D.^a Teresa Pérez, pues trabajos como el prometido no se improvisan, y en el mercado en que se expenden no pasan monedas sino de muy especial y limpio cuño. El estudio comparativo entre D. Blasco de Alagón y Roger de Lauriá, para que pueda leerse ha de ir acompañado de documentos, á cada afirmación ha de seguir una prueba, y esto exige lo que no puedo hoy darte. Para limitarme á repetir lo que otros escribieron; para entrar á saco á Zurita, á Muntaner, á Desclot, á los historiadores y á los cronistas, no vale la pena tomar la pluma para una *monografía*; basta con acotarte los lugares en que refieren lo que á mi asunto interesa. No es esto; yo deseo hacer algo más; D. Blasco de Alagón merece lo que ha alcanzado Roger de Quintana, por lo menos, y esto es lo que con la ayuda de Dios Nuestro Señor y la tuya pienso llevar á

cabo. Como mina no explotada, el filón está íntegro, pero enterrado, y es preciso los trabajos necesarios de investigación, la visita á más de un archivo y el detenido examen del de tu casa. Porque, aunque éste no sea ni sombra de lo que fué, gracias á la civilizadora huella que los franceses dejaron estampada en Zaragoza; aunque sea poco, algo se libraría de las llamas, y esto poco quizás sea mucho para mi objeto. Hoy se da más importancia á la vida civil, íntima, intensa de las naciones, que á su manifestación gloriosa por medio de las armas, y estímase en más el descubrimiento de una escritura de compra-venta que el de una reseña de una batalla, que no se reduce todo á la enumeración de botes de lanza, sino al análisis del sentir y del pensar del pueblo que se historia.

No huelga aquello ciertamente, pero no es lo principal, ni menos lo único, y de poca utilidad nos sería saber todos los héroes de una victoria, si los tales héroes nos eran por completo desconocidos.

Entendiendo las cosas de este modo, en el olvido, por no decir ignorancia, que cubre á los estudios de esta índole, no pueden ser acometidos sin preparación previa y no corta. A los trabajos genealógicos les ha sucedido lo que á todo en el mundo, cuando se lo saca fuera de un orden ó se le da distinto peso y medida; como á toda fiebre sigue un decaimiento y á toda revolución una reacción, que toma de aquélla su carácter y su tono, á la verdadera fiebre y revolución temible é invasora que presenció el siglo XVII, ha seguido la apatía, frialdad y desprecio que hoy vemos en estas materias. Aquello era pasarse y esto es no llegar. Ni la Historia está reducida á la ciencia ó arte de la heráldica y blasón, ni el historiador puede prescindir por completo de ella; pues si no la importancia de los *duo lumina historiæ*, la tiene y no pequeña.

Y hé aquí la primera dificultad que tengo que vencer en mi trabajo; ir no sólo contra la corriente, sino contra la prevención ó la ignorancia. Sin temor de equivocarme podría asegurar que, salvando al inmortal Zurita y á otros autores, que no serán media docena, la generalidad de los que hoy escriben de los sucesos en que Roger de Lauriá y Blasco de

Alagón tomaron parte, no saben quién fué éste, ni á qué familia pertenecía, ni de qué casa fué tronco, lo que explica que las pocas veces que citan á él ó alguno de sus no menos ilustres parientes, lo hagan mal. Ejemplo, la biografía de Roger, por Quintana, inserta en la edición del Cantú hecha por Fernández Cuesta, y aun la publicada por Rivadeneyra, donde se ve más veces escrito *Aragón* que *Alagón*. No negamos que alguna culpa tengan los cajistas, pero no seré yo quien se la atribuya toda.

Y no es esto de hoy ni de trabajos largos, y por consiguiente susceptibles de pocas revisiones; hasta en manuscritos de cierto carácter oficial he visto sustituida la *l* por la *r* en tu apellido, lo que denota que desconociendo ó no recordando la existencia de una familia que figura en nuestra historia desde el siglo XII, se la confunde con la no menos ilustre de los Duques de Villahermosa, pero de fecha algo posterior.

Y aquí tienes otra dificultad que no deja de ser pequeña, pues se necesita dominar ya la materia para asegurar que cuando veas escrito el apellido Aragón después de los nombres de Artal ó de Blasco, debes tenerlo por errata, siempre ó casi siempre. Yo no conozco ningún Aragón que haya hecho algo digno de contarse que se llamase de ese modo. En cambio los Alagones que más se han distinguido has de buscarlos entre los que así se nombraban, lo que no es extraño, pues hasta que se extinguió ese apellido, en cabeza de ricos-hombres se entiende (pues claro es que aún existe, y muy generalizado por añadidura), todos los jefes de la familia se llamaban de una de esas dos maneras, llegándose á contar doce Artales y seis Blascos, sin hablar, por supuesto, de los segundogénitos ó de sus descendientes. Esto, que no es raro verlo en las familias principales, como en las de los Reyes, tiene sus ventajas, pero tiene también sus daños, pues llega á confundir el encontrar tantos del mismo nombre y apellido.

Ejemplo nuestro D. Blasco de Alagón (ya ves que no me aparto de mi objeto). Aunque es el menos usado de los dos que parecen exclusivos de los caballeros de su linaje, como en el corto espacio de medio siglo, desde 1236 á 1286, figuran, y en lugar bien preeminente, tres guerreros insignes de

ese nombre, no ha faltado quien ha atribuído á uno los hechos de otros, armando un verdadero laberinto. En él he estado perdido no poco tiempo, y sin la lectura de dos preciosos manuscritos de D. Luis Salazar y Castro y del Marqués de Mondéjar, aún estaría sin salir; que á tal punto me condujeron Pellicer y Tamayo con sus contradictorios árboles genealógicos. El de éste es muy incompleto, como que no es árbol, sino un Memorial: el de aquél está lleno de errores y patrañas y sólo merece crédito en lo que se refiere á los Alagones de Cerdeña, ó sea á la casa del Marqués de Villaur, para quien escribía y que tan espléndidamente le regalaba, como nos dice el mismo embusterísimo cronista en una de sus cartas á Ustanor, que debes ver y pasarás un buen rato en la Biblioteca Nacional. Tamayo siguiendo los pasos de un guía inmejorable, de Zurita, hace á D. Blasco el marino hermano de D. Artal y cuñado por ende de D.^a Teresa Pérez, hija de D. Pedro III el Grande: Pellicer, en su afán de enlazar á todo el mundo con los Reyes de España, hácele hijo de aquella señora. Salazar, con los datos que le proporciona la *Historia de la Casa de Moncada*, por Mondéjar, rebate victoriosamente esa opinión y robustece el relato del autor de los Anales. Pero, y para que nunca acabemos de estos embrollos, contradice á este historiador insigne al asegurar que D. Blasco murió sin hijos y que le sucedió su sobrino, con lo que en último término viene á afirmar lo mismo que Pellicer, ó sea que del segundo hijo de D. Artal de Alagón y de D.^a Teresa Pérez, llamado D. Blasco, descienden los Alagones de Sicilia, Condes de Mistrela. Zurita dice terminantemente que D. Blasco murió durante el sitio de Mesina, en 1301, y que *dejó un hijo que se llamó también D. Blasco, que le sucedió en el Estado y fué Conde de Mistrela*: Salazar dice que no tuvo hijos, y de lo que dice Pellicer en su relato no hay para qué hacer cuenta, pues en mi sentir convierte las dos personas de el marino y de D. Blasco, el rico-hombre, el que estuvo en Murcia, el hijo de D. Artal muerto en Villena, en una sola, pues de otra suerte no me explico que llame á éste *Virrey y Capitán general de la Calabria*. Es decir, confunde en uno al abuelo y al nieto.

Dejando, pues, lo del casamiento y sucesión de D. Blasco, por ahora, lo que está fuera de duda es que se equivocó el que dijo que el marino era hijo de D.^a Teresa Pérez; que acertó Zurita al escribir que era hermano del marido de esta señora. No dice D. Jerónimo quién fué su madre, pero con Salazar y Mondéjar entiendo que fueron hijos de D. Blasco de Alagón, el de Murcia, y de D.^a Juliana Ximénez de Eutenza. También es indudable que se equivocó Pellicer al decir que esta dama era hija de Pedro, y esto sí que fué gana de errar, pues sólo con la crónica de D. Jaime y la obra de Zurita hubiera podido dar con los padres de D.^a Juliana. Aparte de que bien podía haberle parecido increíble que nada dijese el autor de los Anales de la boda del padre cuando tanto habla de la del hijo, convenciéndole el silencio de tan diligente historiador en este punto de que no existió tal hija de D. Pedro, pues no se explica de otra suerte que nada diga de ella quien con tanta prolijidad relata todo lo que á D.^a Teresa se refiere. Que la mujer de D. Blasco, madre de los hermanos Artal y Blasco, se llamase D.^a Juliana Ximénez de Eutenza, consta del testamento de aquel caballero, y partiendo este hecho, no veo inconveniente en adoptar la opinión de Mondéjar, haciendo á esta señora nieta de aquella D.^a Eudoxia, hija de Manuel Commeno, Emperador de Oriente, que después de estar prometida á D. Alfonso II de Aragón como llegara de su viaje cuando ya éste se había casado, hubo de dar su mano, con no poco disgusto, á Guillermo, Señor de Montpellier. Sabido es que á uno de los hijos de este matrimonio, llamado D. Bernardo Guillén, casó el Rey D. Jaime su sobrino con una D.^a Juliana de los Condes de Ampueñes por su padre, y Eutenza por su madre, no siendo sino muy lógico que de esta D.^a Juliana naciera la madre de nuestro marino.

D. Blasco debió nacer en la segunda mitad del siglo XIII, y obtuvo de su padre los castillos de Almedijar y Algumia, y las alquerías de Villafranca de Cullera. Muy joven, siguiendo la gloriosa tradición de los suyos, debió empezar á servir á su Patria, pues ya en 1285 vémosle partir con la armada que salió de Salau al mando del Infante D. Alfonso para la

expedición de Mallorca. En ella iba también Roger, y con este célebre Almirante hacía sus primeras armas, aunque por poco tiempo, pues intervino indudablemente en los convenios de la fatal *unión*, aunque en mi sentir, no él, sino su padre, de su mismo nombre como se ha visto, es el que figura en los dos renombrados privilegios. Si mi parecer es el acertado, equivócase Salazar cuando afirma que D. Blasco, mayor, murió en 1275, época en que hizo su testamento. De la lectura detenida de Zurita deduzco otra cosa, y creo que el D. Blasco de Alagón que cita como asistente á la coronación de D. Alfonso III, no fué el marino, sino el de Murcia, y que ese mismo es al que llama *D. Blasco, Señor de Alagón*, cuando cita los valedores del inquieto Obispo D. Fortunio de Vergua, en el año 1287. Parece que D. Blasco el marino nunca fué Señor de Alagón, ni de Sástago; el último que tuvo aquel Señorío fué el de Murcia, que por la época de que venimos hablando debía tener más de cincuenta años, pues habiendo muerto su padre en 1238 en los muros de Sax, como no le supongamos póstumo, aunque le demos sólo un año, se acerca á la edad dicha.

Al dar cuenta Zurita, en el cap. 74, libro IV de sus Anales, de la armada que pasó á las Baleares poco antes de morir el Rey D. Pedro III, y al nombrar por primera vez á D. Blasco, citándole como hermano de D. Astal y no como hijo de D. Blasco, que insistió en creer que vivía aún, llámale *el más señalado y valioso de todos los que concurrieron en sus tiempos, y á quien principalmente se atribuyó la alabanza de la defensa de la isla de Sicilia*, y estos elogios, que á pocos tributa, los repite y los aumenta cuando refiere su muerte, ocurrida quince años más tarde.

La manera de citarle podía parecer extraña á quien no sea aragonés, pues lo natural es conocer á una persona como hijo y no como hermano de otra; pero en un escritor de Aragón se explica, pues en este país se entiende como mayor parentesco el del hermano que el del padre, lo que se ve en las sucesiones abintestato, concurriendo además otra circunstancia en nuestro caso, la de que el hermano, por su enlace con una Infanta, tenía más importancia que el pa-

dre, al fin magnate solo, sin deudo tan inmediato con el Monarca.

Quizás me equivoque y tenga razón Salazar al decir que D. Blasco el de Murcia murió poco después de otorgar su testamento, en 1275, y que no éste, sino su hijo, de su mismo nombre, nuestro célebre marino, fué el que acompañó á Burdeos, con otros dos y el mercader la Figuera, al legendario marido de D.^a Constanza, en cuyo caso él fué también el inquieto y revolucionario Alagón, que arrancó á D. Alfonso III los tan nombrados privilegios. Como comprendes, no es asunto este para tratado en una carta ni para resolverlo de prisa.

De todas suertes, nuestro marino fué nombrado por don Jaime II, á poco de subir al trono, Lugarteniente y Capitán general de Calabria, de cuyo cargo sólo pudo tomar posesión, gracias á su tacto y á su delicada política, heredada de su bisabuelo el conquistador de Morella. No habían pasado dos años, y víctima de una calumnia tuvo que volver á Aragón á responder á los cargos que se le hacían, no sin prometer antes al valeroso y apuesto D. Fadrique, Rey de Sicilia, que regresaría en cuanto justificase su conducta. Quizás este llamamiento reconociese por causa el querer privar el Monarca aragonés á su hermano de tan esforzado caudillo y auxiliar tan poderoso, pues por motivos que aún no están muy aclarados, el de Aragón empezaba á no considerar al de Sicilia como según el testamento de su padre debía considerarle. Bien pronto se vió esto en el tratado celebrado con el Rey de Francia y Carlos de Valóis, no de Aragón, como dice D. Víctor Balaguer, confundiendo al tío con el hijo de su sobrino, y en su casamiento con D.^a Blanca, hija de Carlos. Conocido es el compromiso que contrajo D. Jaime de reducir á su hermano por las armas si se oponía al cumplimiento de lo estipulado, á que las sicilianos hubiesen de someterse á aquellos contra quienes tanto pelearon, y de los que se vieron libres, gracias al esfuerzo de los invencibles almogábares.

Entonces comprendió D. Blasco que su presencia le sería de utilidad grandísima á D. Fadrique, y cumpliendo la palabra que le diera á fuerza de sacrificios y peligros, partió ocul-

tamente para la más bella isla del Mediterráneo. En ella estaba Roger, que cien veces había jurado fidelidad al de Sicilia, cumpliendo de este modo la disposición testamentaria de aquel egregio Príncipe á quien tanto amara y á cuyos pies hizo darse sepultura, y ambos empezaron á combatir á franceses y á aragoneses unidos. Con arreglo á fuero se despidió D. Blasco de D. Jaime, y persuadió á los principales caballeros que estaban en la isla, que lo hiciesen, siendo desde este momento el ídolo de todos aquellos bravos defensores de su independencia y de su gloria. Vanas fueron cuantas tentativas hizo el de Aragón para atraerle á su partido; sus bienes fueron confiscados, y el rico-hombre quedó de simple aventurero, sin más patrimonio que su limpia espada. No así Roger; de carácter iracundo y de una ambición insaciable, marchitando todos sus laureles, por un fútil pretexto abandonó á D. Fadrique, llegando hasta la villanía de hacer armas contra su patria natural, porque era pobre, para ayudar á la patria adoptiva, porque era poderosa, haciendo aún más: recibiendo por esta acción honores y hacienda.

Desde entonces, como era natural, empezó á palidecer su estrella, y Blasco de Alagón, que había vencido ya á Guido Primerano, le derrotó vergonzosamente en Catawaro, obligándole á venir á España.

De sus increíbles venganzas, de su carácter sanguinario hasta la ferocidad, que justifica el título de *Almirante verdugo* con que le designa el más ilustre historiador de nuestra marina, D. Francisco Javier de Salas, y que contrastan con la dulzura, la mansedumbre y la grandeza de alma de D. Blasco, y en general, de todos nuestros héroes, no hay espacio para hablar en una carta. Todos los expondré en mi futuro trabajo, que Dios Nuestro Señor me dé fuerzas para concluir, y hasta entonces, bien creo que esta larga y pesada epístola, si no ha llevado á tu ánimo el convencimiento de la razón que me asiste al considerar superior al aragonés de *nacimiento* que al aragonés de *conveniencia*, supongo que te habrá quedado la duda, mucho más si te has tomado el trabajo de leer lo que escribo en la *introducción* á mis *Escritores de la Casa de Sástago*.

Desengáñate; Roger de Lauriá es uno de tantos Amérgos Vespucios como por desgracia hay en la Historia; á D. Blasco de Alagón podrían aplicársele aquellos versos de Virgilio:

Sic vis non vobis...

Grande fué el mérito del Almirante calabrés, pero cuando tantos ilustres marinos teníamos, no vale la pena, como dice Salas, empeñarnos en hacerle nuestro compatriota. Importa más recordar las olvidadas hazañas de nuestra gente. ¡Feliz yo si logro demostrar que el pueblo que tiene un Blasco de Alagón, no há menester, para levantar muy alto su nombre, de hijos adoptivos!

Tuyo—firmaré con toda ceremonia—

JOSÉ DE LIÑÁN Y EGUIZÁBAL.

21 de junio de 1883.





ESPAÑA EN MASSACHUSSETS

EL ESTUDIANTE ESPAÑOL.

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW (1)

ACTO III.

ESCENA I.

Travesía junto á un bosque. Se descubre una apartada aldea. VICTORIÁN é HIPÓLITO, como estudiantes de camino, con guitarras, sentados debajo de un arbol. HIPÓLITO toca, cantando.

CANCIÓN.

¡Ay, amor!
¡Qué perjuro naciste! ¡qué traidor!
¡Ay, amor!
Enemigo
De cuantos fían crédulos contigo,
Tan falso eres,
Que convidas con mágicos placeres,

(1) Véase la pág. 281 del tomo XLV.

Y tus bromas
 Son las del gavián con las palomas.
 ¡Ay, amor!
 ¡Perjuro, falso y traidor!
 ¡Ay, amor!

VICTORIÁN.—Es verdad: el amor se agita siempre en su navecilla, tejiendo y hermo­seando la triste cadena de la vida con espléndidas flores y escenas de la Arcadia. Cubre las paredes de nuestra oscura cárcel con ricas tapicerías que representan interminables perspectivas de deleite.

HIPÓLITO.—Pero pensando, sin duda, pasearte por los famosos pensiles de la Arcadia, tu arrogante cabeza dió contra la pared un tropezón solemne.

CANCIÓN (*continúa*).

Los engaños
 Demuestran tus tristísimos amaños;
 Los dolores
 Cubrir sabes debajo de las flores,
 Y aun matas
 Todas nuestras ilusiones insensatas.
 ¡Ay, amor!
 ¡Perjuro, falso y traidor!
 ¡Ay, amor!

VICTORIÁN.—Es muy linda canción; te la agradezco.

HIPÓLITO.—Está apropiada á las circunstancias de tu alma.

VICTORIÁN.—¡En verdad que sí! ¿Quién la compuso?

HIPÓLITO.—Es un mal arreglo mío.

VICTORIÁN.—Pues es muy linda canción.

HIPÓLITO.—Cuando menos, es cierto lo que dice. Espero que te aproveches de su contenido, y que, en prueba, olvides á la joven de tus amores.

VICTORIÁN.—¡La olvidaré! Arrojaré de mi corazón, como hojas arrancadas de un libro y echadas al viento, mis más queridos recuerdos. ¡La olvidaré! Y tal vez un día, cuando ella haya sufrido los desengaños del mundo, una voz interior le recordará mi nombre, diciéndole que yo he sido el único y verdadero amigo que tuvo. ¡Oh! Quisiera ser soldado y no

estudiante; quisiera que las pesadas archas, el atronador redoble de los tambores, el estridente sonido de las trompetas, el ruido de las armas, el comba, las tempestades y una rápida muerte, en fin, pudieran enrdecerme para siempre á las exigencias del loco corazón m.

HIPÓLITO.—No es tan difícil calmarl corazón. Para vencer el amor sólo se necesita querer verlo.

VICTORIÁN.—En vano, buen Hipóli, trato de echar en el mar del olvido la espada que me hie. Como Excalibar, tiene el puño cuajado de deslumbrados diamantes, y no se hunde. Parece que una mano oculta dajo de las aguas la sostiene y la agita en el aire, oyéndo(lamentables voces á lo largo de la ribera.

HIPÓLITO.—Pero al fin se hundió xcalibar para no levantarse. No eres cuerdo, Victorián, esto me disgusta. En vez de silbar á los corceles del tinpo para que tiren alegremente del carro de la vida, te celgas de las ruedas como un peso inerte. Eres muy joven tienes mucha salud para pensar en la muerte.

VICTORIÁN.—Sin embargo, quisier morir. Arrastrar la vida sin amar ni ser amado; tener sed hambre en el alma sin poder calmarla; sentir el ansia quenpetuosa nos impulsa y pugnar siempre por algo que no nemos ni podemos tener, exige una lucha superior á mis erzas. Como el joven espartano he de sonreir, sonreir sierre, en tanto que la herida secreta mana sangre debajo de i capa. Nada de esto se siente con la muerte. ¡Quisiera hallame ya en sus brazos!

HIPÓLITO.—Algun día vendrá á visirnos á todos.

VICTORIÁN.—Nunca será demasiadoronto. Me fastidia la extravagante mascarada de la vida, erla que los extraños pasan como amigos y los amigos com extraños; en la que murmullos casualmente percibidos enñan á pérfidos corazones, persiguiendo nosotros, al travéde la muchedumbre, alguna forma que sonría y llame, y noseduzca con palabras sonoras para dejarnos luego, con una lrla, con un engaño, enloquecidos, confusos, sin poder disnguir el amigo del enemigo.

HIPÓLITO.—¿Por qué tratas de saber? Goza alegremente

en tus juveniles días. Toma cada bella máscara por lo que aparenta, y no te esfuerces en levantar su careta.

VICTORIÁN.—Confieso que sería lo más cuerdo. Pero la esperanza no alienta ya mi alma. Soy un desgraciado, semejante al pobre náufrago que, esforzándose para sostenerse en el bote, tiene ambas manos magulladas y heridas, y sin embargo, canta en el alborotado mar, sin auxilio ninguno.

HIPÓLITO.—No llegó todavía tu hora, no. La misma fuerza de tu pasión ha de salvarte. Sobre tu cabeza, al través de las nubes, veo aun brillar tu gloriosa estrella. Ten paciencia y confía en tu estrella. (*Se oye el lejano sonido de la campana de la aldea.*)

VICTORIÁN.—¡Ave María! Ya las campanas de la iglesia de la aldea, paseando su voz solemne sobre los rojos techos de las chozas, dicen al laborioso rústico, al pastor, al solitario arriero y á todos los creyentes del contorno, que llegó el momento de descubrirse y dirigir una plegaria á la bienaventurada Virgen.

HIPÓLITO.—¡Amén! ¡Amén!

VICTORIÁN.—No habrá más que media hora escasa de aquí al pueblo. Este camino nos llevará allí entre campos de trigo, donde se extienden sombras ya verdes ó azules, como en movedizo mar, y donde silba la codorniz, como perezoso marinero en el Océano. Ven; dejemos ya este sitio. (*Se van.*)

ESCENA II.

Plaza del pueblo de Guadarrama. Sigue oyéndose el toque del Ave María. Muchos aldeanos rezan con sus sombreros en mano. Un grupo de gitanos enfrente. Repican las campanas Baile de gitanos. Entra PANCHO seguido de PEDRO CRESPO.

PANCHO.—¡Apartaos, gitanos vagabundos y ladrones, y dejad sitio para el alcalde y para mí!

PEDRO CRESPO.—¡Silencio todo el mundo! Traigo aquí un edicto de nuestro muy amado soberano el Sr. Rey de España, de Jerusalén y de las islas Canarias, que voy á publicar en la plaza mercado. ¡Silencio y oid! (*Sale el Padre Cura á la puerta de su casa.*)

¡Bien venido, Padre Cura! Os ruego que me oigáis leer este edicto.

PADRE CURA.—¡Dios os guarde! ¿Pero qué es esto?

PEDRO CRESPO.—Una orden de destierro contra todos los gitanos. (*Agitación y murmullos en la multitud.*)

PANCHO.—¡Silencio!

PEDRO CRESPO (*lee*).—«Por las presentes, ordeno y mando: Que todos los extranjeros, egipcios ó caldeos, conocidos con el nombre de Gitanos, sean expulsados y desterrados del Reino, por vagabundos y mendigos; y si trascurridos setenta días alguno es habido en tierras de nuestro Reino, impóngasele la pena de cien azotes la primera vez; córtensele las orejas la segunda, y la tercera sea esclavo durante su vida del que lo haya aprehendido, ó sea quemado como se quema á los herejes. Firmado, YO EL REY.» ¡Ya oísteis la ley, viles descreídos y criaturas no bautizadas! ¡Ya la oísteis! ¡Obedeced, y marchaos!

PANCHO.—Y si dentro de setenta días os encuentro, muertos ó vivos, os declaro á todos esclavos míos. (*Los gitanos se van, dando señales de pavor y descontento, en medio de gran confusión. Pancho les sigue.*)

PADRE CURA.—¡Rigurosa, muy rigurosa es la ley! Pero sentaos, amigo alcalde.

PEDRO CRESPO.—Con mucho gusto, y lo agradezco. (*Se sientan en un banco á la puerta del Padre Cura. Óyese el sonido de guitarras á alguna distancia, aproximándose durante el diálogo que sigue.*)

Es, como decís, una sentencia muy rigurosa. Y ahora que se me ocurre, Padre Cura: vos que lo sabéis todo, ¿podrías decirme cómo han venido estos gitanos á España?

PADRE CURA.—Pues mirad; vinieron de la Palestina con Hércules, y por esto son tan ladrones y holgazanes, señor alcalde, como los Simoniacos de Simón el Mago. Y así como es cierto, según dice Fray Jaime Bleda, que hay cien pruebas para demostrar que un moro no es cristiano, lo mismo sucede con los gitanos. Jamás se casan, ni van á misa, ni bautizan á sus hijos, ni ayunan en cuaresma, ni ven el interior de una iglesia, ni...

PEDRO CRESPO.—¡Buenes razones! ¡Magníficas razones todas ellas! Sobran las otras noventa y cinco para comprender que hay bastante motivo para que sean condenados á la hoguera. (*Entran Victorián é Hipólito tocando.*)

PADRE CURA.—¿Quién viene por ahí?

PEDRO CRESPO.—Esos serán otros vagos.

HIPÓLITO.—¡Buenas noches, caballeros! ¿Es este el pueblo de Guadarrama?

PADRE CURA.—El mismo, y buenas noches también.

HIPÓLITO.—Buscamos al Padre Cura, y á juzgar por vuestro traje y reverendo aspecto, creo que sois vos.

PADRE CURA.—Lo soy. ¿Qué deseáis?

HIPÓLITO.—Como veis, somos unos pobres estudiantes que corremos la tuna en vacaciones. ¿Conocéis esta prueba? (*Toca la cuchara de palo en el cordón de su sombrero.*)

PADRE CURA (*alegremente*).—La conozco y la he usado.

PEDRO CRESPO (*aparte*).—¡Sopistas! ¡Vive Dios! No hay ley contra ellos, y son los peores de los vagos.—Señores, á vuestras órdenes. (*Se va.*)

PADRE CURA.—Id con Dios, Pedro Crespo.

HIPÓLITO.—Desde el instante, Padre Cura, en que ví vuestra cara, dije para mis adentros: «¡Este es nuestro hombre!» Hay cierta cosa en vuestras miradas, ciertas maneras escolares que... ya comprendéis... no pueden engañar á nadie y os distinguen como persona muy entendida.

VICTORIÁN (*aparte*).—¡Qué majadero!

HIPÓLITO.—Y así que nos acercábamos, dije á mi compañero: «Este es el Padre Cura, fíjate en lo que digo.» Y señalaba á vuestra merced. «Aquel otro—añadí—que está torpemente sentado en el banco debe ser el sacristán.»

PADRE CURA.—¡Ah! ¡Ah! ¿Eso dijisteis? Pues el otro era nada menos que el alcalde Pedro Crespo.

HIPÓLITO.—¿De veras? Pues su aire es poco digno de un alcalde.

PADRE CURA.—Es cierto; pero es que está también desazonado con unos vagabundos, unos gitanos, que tienen muy cerca su rancho.

HIPÓLITO.—El Padre Cura excusará nuestro atrevimiento,

y le rogamos que nos dé hospitalidad y alojamiento para pasar esta noche.

PADRE CURA.—Iba á brindaros con mi humilde choza. Me honráis mucho y me alegro de tener tales huéspedes. Muy pocas ocasiones tengo de hablar con estudiantes, y como dice Cicerón, *Emollit mores nec sinit esse feros*.

HIPÓLITO.—Ovidio habéis querido decir, ¿no es eso?

PADRE CURA.—No; Cicerón.

HIPÓLITO.—Es verdad: tiene razón vuestra merced. ¡Qué torpe soy! Ahora se lo colgaba yo á Ovidio.—¡Así me ahorquen si no lo es! (*Aparte.*)

PADRE CURA.—Pasad adelante. ¡Qué grande, qué grande hombre era Cicerón! Entrad, entrad, sin cumplimientos. (*Se van.*)

ESCENA III.

Sala en casa del PADRE CURA.—Entran el PADRE CURA é HIPÓLITO.

PADRE CURA.—Según parece, venís de Alcalá. Me alegro, porque allí he estudiado yo.

HIPÓLITO.—Y habréis dejado allá un nombre distinguido, sin duda alguna. ¿Cómo es vuestra gracia?

PADRE CURA.—Gerónimo de Santillana, para serviros.

HIPÓLITO.—¿Sois descendiente del Marqués de Santillana? ¿De aquel distinguido poeta?

PADRE CURA.—Del Marqués sí; del poeta no.

HIPÓLITO.—Es uno mismo... Pero, dejadme abrazaros. ¡Oh! alguna dichosa estrella me ha guiado aquí. ¡Otro abrazo! ¡Otro abrazo! Vuestro nombre reverdece aún en Alcalá, y nuestros profesores, cuando estamos descompuestos, sacuden su blanca cabeza diciendo: «¡Ay! ¡No sucedía así en tiempos de Santillana!»

PADRE CURA.—No sabía yo que mi nombre fuese allí citado.

HIPÓLITO.—Más que citado; es idolatrado.

PADRE CURA.—¿De qué profesores habláis?

HIPÓLITO.—Uno de ellos es Timoneda.

PADRE CURA.—No me acuerdo de ningún Timoneda.

HIPÓLITO.—¡Bah! Es un hombre grave y serio, de impetuosa palabra, cuyas largas cejas cuelgan sobre sus párpados como el musgo de las rocas sobre los ríos. ¿Lo habéis olvidado ya?

PADRE CURA.—En verdad, no me acuerdo. Pero ¡qué placenteros días eran aquellos! No se tienen tan agradables en la vida. ¡Cuántas esperanzas he perdido desde entonces! ¡Cuántas amistades han desaparecido! He vuelto la espalda á todo lo que entonces tenía delante, y los alegres rostros de mis antiguos compañeros estarán arrugados como el mío, si aún existen. ¿Os acordáis de Cueva?

HIPÓLITO.—Cueva... Cueva...

PADRE CURA.—¡Estoy loco! Era de mi tiempo: vos no sois más que un niño y yo soy viejo.

HIPÓLITO.—No probaría, sin embargo, mis fuerzas con las vuestras.

PADRE CURA.—Bien, bien. Pero descuido lo principal: conozco que debéis tener hambre. ¡Martina! ¡Martina!... Es una sobrina mía. (*Entra Martina.*)

HIPÓLITO.—Bien podéis estar orgulloso de tal sobrina, Padre Cura. También quisiera yo tener una sobrina.—*Emollit mores.* (*Aparte.*)—¡Qué hombre tan grande era Cicerón! Servidor vuestro, hermosa Martina.

MARTINA.—Servidora vuestra, señor.

PADRE CURA.—Mira: este caballero está rendido y tiene hambre.

MARTINA.—Muy pronto tendré dispuesta la cena.

PADRE CURA.—Y saca de la bodega una botella de mi Valdepeñas. No: aguarda; voy yo mismo. Dispensadme un momento, amigo mío. (*Se va.*)

HIPÓLITO.—¡Chitón, Martina! Una palabra y me haces feliz. ¡Qué hermosos ojos!... Hoy ha habido gitanos en el pueblo, ¿no es verdad?

MARTINA.—Sí, los ha habido.

HIPÓLITO.—Y te han dicho la buenaventura.

MARTINA (*confusa*).—¿Me han dicho la buenaventura?

HIPÓLITO.—Sí, sé que te la han dicho. Dame tu mano y

verás lo que te han dicho. Te han dicho... te han dicho que el muchacho que te ama es un palurdo, y que no te casarás con él. ¿No es así?

MARTINA (*sorprendida*).—¿Cómo lo sabéis?

HIPÓLITO.—Todavía sé más. ¡Qué manecita tan blanda!... También te han dicho que un caballero de la corte, hermoso y alto, y rico, vendrá un día á casarse contigo, y serás una gran señora. ¿No es esto? Pues ya tienes aquí á tu gallardo caballero.

(*Pretende besarla; pero ella se escapa. Entra Victorián con una carta.*)

VICTORIÁN.—El ordinario de Madrid ha venido.

HIPÓLITO.—¿Ya?

VICTORIÁN.—Está cenando á la puerta de la taberna. Le he encontrado estirando los brazos cuanto podía, en disposición de apurar todo el vino de su bota.

HIPÓLITO.—¿Qué nuevas hay de la corte?

VICTORIÁN.—No sé: voy á leer esta carta. (*Lee.*) ¡Qué infame perfidia! ¿Por qué no arranqué de una vez la lengua que me mentía? ¡Preciosa, bella Preciosa, bien te has vengado de mi ligereza en juzgarte!

HIPÓLITO.—¿Qué noticia te dan, que hace palidecer tu mejilla y temblar tu mano?

VICTORIÁN.—¡Oh! Que el Conde de Lara es un infame y un traidor villano...

HIPÓLITO.—Pues, esto no tiene nada de nuevo.

VICTORIÁN.—En vano, valiéndose de mil tretas, trató de robarme el amor de Preciosa, la joya de mi alma. No consiguiéndolo, juró vengarse y ha dispuesto una feroz intriga para perderla. Ha hecho que la silben y voceen en el teatro, no perdonando medio para hacer que perdiera su reputación y prestigio por medio de impuras calumnias. Preciosa, otra vez mendiga, recorre vagabunda esas verdes campiñas, viviendo con los gitanos.

HIPÓLITO.—Y renovará ahora la edad de oro, y desempeñará á las mil maravillas el papel de pastora desesperada de amor, como la Diana de Gaspar Gil. *¡Redit et Virgo!*

VICTORIÁN.—¡Cuánto habrá sufrido aquel corazón tan dul-

ce y confiado! Haré buscarla, la buscaré, y con mis lágrimas he de lavar el daño que le he hecho.

HIPÓLITO.—¡Cuidado, amigo, cuidado! No vayas á hacer otra locura.

VICTORIÁN.—¡Ay! Tontería, ilusión, demencia, llámalo como quieras—confesaré mi debilidad,—la amo todavía, la amo apasionadamente. (*Entra el Padre Cura.*)

HIPÓLITO.—Decid, Padre Cura, ¿quiénes son los gitanos de esta vecindad?

PADRE CURA.—Beltrán Cruzado y su banda.

VICTORIÁN.—¡Santo cielo, te doy las gracias! Volveré al fin á hallarla de nuevo.

HIPÓLITO.—Y ¿sabéis si va con ellos una joven pálida y bella á quien llaman Preciosa?

PADRE CURA.—Sí, por cierto; una gentil muchacha. Pero, parece que vuestro compañero está afectado.

HIPÓLITO.—Y lo estará realmente, de hambre y de cansancio, después de la larga jornada que hoy hemos hecho.

PADRE CURA.—Pues entonces, os ruego que paséis delante. La cena nos espera. (*Se van.*)

ESCENA IV.

Casa de posta en el camino de Segovia, no lejos del pueblo de Guadarrama.

Entra CHISPA, haciendo chasquear un látigo y cantando la cachucha.

CHISPA.—¡Hola, D. Fulano! Tened nuestros caballos, y pronto.—¡Ay de tí, pobre Chispal! ¡qué vida de perro es la tuya! Cuando dejé á mi antiguo amo Victorián, el estudiante, para servir á mi nuevo amo el caballero D. Carlos, pensaba yo que tendría la vida de un señorón, pudiendo acostarme temprano y levantarme tarde. Pero ¡quiá! cuando el prior juega á los naipes, ¿qué se ha de esperar de los frailes? Huyendo de Málaga caí en Malagón.—Ahora estamos empeñados en una desesperada caza, yendo en busca de mi antiguo amo y de su gitana. Buen principio de semana, como

decía uno que ahorcaban el lunes por la mañana. (*Entra D. Carlos.*)

DON CARLOS.—¿No están los caballos todavía?

CHISPA.—Creo que no, y parece que el ventero se ha dormido. ¡Hola! ¡Ah de casa! ¡Caballos, caballos! (*Golpea la puerta con su látigo y entra MOSQUITO poniéndose la chaqueta.*)

MOSQUITO.—¡Paciencia! ¡Un poco de paciencia! No he de ser tan vivo como un escopetazo.

CHISPA.—Salud y pesetas. Me alegro de veros salir bailando, padre. ¿Donde están los caballos?

MOSQUITO.—No hay caballos de refresco.

CHISPA.—¡Cachiporra! A otro perro con ese hueso. ¿Miro yo como tu tía?

MOSQUITO.—No, era barbuda.

CHISPA.—¡Anda, anda listo!

MOSQUITO.—¿Sois de Madrid?

CHISPA.—Sí, y voy á Extremadura. ¡Vengan los caballos!

MOSQUITO.—¿Qué noticias corren en la corte?

CHISPA.—¡Vaya! La más importante es que me han hecho un coche, y éste es el látigo que me he comprado. (*Le da fuertes latigazos en las piernas.*)

MOSQUITO.—¡Eh! ¡Eh! ¡Que me hacéis daño!

DON CARLOS.—¡Basta de simplezas y preparadnos los caballos! (*Da dinero á MOSQUITO.*) Está muy avanzada la noche y tenemos prisa. Pero, decid: ¿sabéis si ha pasado por aquí una banda de gitanos esta tarde?

MOSQUITO.—Sí, y se hallan todavía en estos alrededores.

DON CARLOS.—¿Dónde?

MOSQUITO.—En los campos de más allá, junto al bosque que está al pie de Guadarrama.

DON CARLOS.—Todo va á pedir de boca. Visitaremos á los gitanos.

CHISPA.—¿No teméis que os hagan mal de ojo? ¿Lleváis encima asta de ciervo?

DON CARLOS.—No hay miedo: esas son preocupaciones necias. Vamos al pueblo á pasar la noche.

CHISPA.—Y regularmente tendremos que dormir como los escuderos de Hernán Daza, nueve bajo una manta.

DON CARLOS.—Confío hallar á Preciosa entre ellos.

CHISPA.—¿Entre los escuderos?

DON CARLOS.—¿Entre los gitanos, estúpido!

CHISPA.—Mucho lo deseo también; porque la verdad es que nos damos bastantes malos ratos por ella. ¡Cómo ha de ser! No se cogen truchas á bragas enjutas.—Veo que, al fin, Mosquito nos trae los caballos. (*Se van.*)

ESCENA V.

Un campamento de gitanos en una selva. Es de noche. Unos entretienen la hoguera, mientras otros juegan á los naipes á la luz del fuego.

GITANOS (*cantando junto á la hoguera*).

En el tope del monte me sentaba,
Y, sacando corona de buen oro,
Con inmenso placer la contemplaba
Cuando acercarse ví terrible moro.
¿Cómo de su codicia escaparé?
¿Cómo de su furor me libraré?

PRIMER GITANO (*jugando*).—Suelta Juan Dorado, pichón mío; suelta Juan Dorado, y acabemos.

GITANOS (*cantando junto á la hoguera*).

De un bizarro español veo la huella
Y aquí su voz se oyó:
Quiero que me dé Dios á la doncella
Y á su querido no.

PRIMER GITANO (*jugando*). ¡Ya te quedaste en pelote!

SEGUNDO GITANO.—Vaya otro juego. Las sábanas del alcalde contra la camisa del padre cura.

PRIMER GITANO.—Anda con tiento, Chirelín.

GITANOS (*cantando junto á la hoguera*).

Media noche sonó en reloj lejano,
Y la estrella lozana

No nos traía aquí ningún gitano

Diónos linda gitana.

(*Entra Beltrán Cruzado.*)

CRUZADO.—¡Venid acá, murcigalleros y rastilleros! ¡Dejad el fuego y los naipes, y oid las órdenes para esta noche! (*Hablado á los de un lado*). Iréis á la aldea, fijaos bien, por la cruz de piedra.

GITANOS.—¡Bueno!

CRUZADO (*á los demás*).—Y vosotros por la vereda que está sobre la meseta del salteador.

GITANOS.—¡Bueno!

CRUZADO.—Tan pronto como se oculten las estrellas, manos al avío, prepárense los diez mandamientos, y ojo al sueño de San Martín. ¿Oís?

GITANOS.—¡Bueno!

CRUZADO.—Tened las linternas abiertas, y si aparece algún duende ó papagayo, tomad las de villadiego, «Viñas y Juan bailando» es el santo y seña. ¿Estáis enterados? (1)

GITANOS.—¡Bueno! ¡Bueno!

CRUZADO.—Entonces ¡largo! (*Se van separadamente. Cruzado anda por el teatro y desaparece luego entre los árboles. Entra Preciosa.*)

PRECIOSA.—¡Qué fantásticamente irradia el rojo resplandor de la hoguera, en torno de esos árboles gigantescos! ¡Resplandor salvaje que en medio de las sombras recorre todo el bosque, levantándose é inclinándose de vez en cuando con la inquieta llama, perdiéndose en la oscuridad! Así se evocan unos á otros en mi alma extraños temores, convirtiéndose mis brillantes esperanzas en sombrías inquietudes, como la luz se convierte en tinieblas... ¡Qué calma alrededor mío, y qué triste soledad! (*Bartolomé se precipita hacia ella.*)

(1) En esta escena revela Longfellow cierto estudio del vocabulario gitanesco. Llama *John Dorados* á las monedas de oro; *pigeón* al simplote; *Chirelín* al que roba; *murcigalleros* á los rateros nocturnos; *rastilleros* á ladrones de caminos; *planets* á las luces; *commandments* á los dedos; *Saint Martin asleep* al robo á persona dormida; *lanterns* á los ojos; *goblin* á uno de la ronda; y dice *vineyards and Dancing John*, en vez de *to take flight*, etc.

BARTOLOMÉ.—¡Preciosa! ¡Preciosa!

PRECIOSA.—¡Bartolomé! ¿Tú aquí?

BARTOLOMÉ.—Aquí estoy. ¿Te extraña?

PRECIOSA.—¿De dónde vienes?

BARTOLOMÉ.—De las rudas crestas de esta agreste sierra y de las cavernas de las rocas: huyo del hambre, del frío y de la fiebre; y vengo á tí, como un hambriento lobo á un rebaño, corderita mía.

PRECIOSA.—¡No me toques! ¡Oh! Tus manos están todavía manchadas con la sangre del Conde de Lara, y su horrible maldición pesa sobre tu alma... No te acerques á mí; y te ruego que te vayas sin pérdida de tiempo, pues estás en grandísimo peligro: ¡han puesto á precio tu cabeza!

BARTOLOMÉ.—¡Ay! He vagado sin dirección por esas montañas, y durante muchos días no he visto más rostro humano que el del rudo porquero, siendo mis únicos compañeros el viento y la lluvia. Decía tu nombre á las rocas, y el prolongado eco me lo repetía, hasta volverme loco. No he podido seguir viviendo de esta manera, y aquí me tienes. Búrlate de mí si te parece.

PRECIOSA.—¡Yo burlarme! Te compadezco.

BARTOLOMÉ.—Pero yo he venido arrostrando la muerte para llevarte conmigo, Preciosa. Quiero que huyamos los dos más allá de las fronteras de este Reino.

PRECIOSA.—No me hables así. No podré nunca complacerte ni ser tuya.

BARTOLOMÉ.—¡Oh! Acuérdate al menos de aquel tiempo en que éramos niños, cuando crecíamos juntos y juntos jugábamos, comprometiendo mutuamente desde entonces nuestros corazones. Hoy que me persiguen en este Reino como á un lobo, te pido que cumplas tu promesa de la infancia.

PRECIOSA.—Si hubo promesa, fué de mi padre; mía jamás. Jamás te dí yo derecho alguno sobre mi corazón, ni sobre mi mano.

BARTOLOMÉ.—¡Lengua falsa, y corazón de mujer más falso todavía!

PRECIOSA.—No, escúchame, que quiero hablarte con franqueza. Jamás te amé ni puedo amarte. Y no es culpa mía,

lo es de mi destino. Tú, hombre inquieto y violento, ¿qué harías de mí, débil muchacha, destinada á vivir poco, cuyo corazón está además destrozado? Busca á otra mujer mejor que yo y más hermosa, y procura que tu arrebatado carácter no te la haga esquivar. Eres desgraciado en tu pasión sin esperanza; y yo, que jamás he buscado tu amor, jamás permití que me amases; te compadezco, sin embargo, y compadezco más que todo á tu fiero corazón que te precipita á crímenes y acciones sangrientas...

BARTOLOMÉ.—Por tu amor, seré desde hoy más amable. Tú me inspiras ya calma y paciencia.

PRECIOSA.—Dime entonces adiós, y vete sin tardanza. No puedes permanecer aquí sin gran peligro.

BARTOLOMÉ.—Pero, vente conmigo.

PRECIOSA.—¡Alerta! Se oyen pasos.

BARTOLOMÉ.—Te lo suplico, ¡vente!

PRECIOSA.—Aparta. Es en vano.

BARTOLOMÉ.—¿No quieres venir?

PRECIOSA.—¡Jamás!

BARTOLOMÉ.—Entonces, ¡ay de tí, desgraciada! ¡Antes de dejar que á otro pertenezcas, te mataré! (*Se va.*)

PRECIOSA.—¡Santos ángeles, guardadme! ¡Espíritu de la que sondea mi alma, mirad por mí! ¡Madre de Dios gloriosa, protegedme! ¡Dios mío, amparadme! No es que tema, no, la muerte. ¿Qué es morir? Dejar incomodidades, cuidados y dolores; dejar todas las falsías, perfidias y maldades; todas las ignominias, sufrimientos y desesperaciones... y ¡ser libre para siempre!... ¡Consuélate, triste corazón mío! Cuando ceses de respirar, cesarás también de sufrir y lamentarte. (*Entran VICTORIÁN é HIPÓLITO con cautela y sin ser vistos.*)

VICTORIÁN.—¡Ella es! ¡Mira qué hermosa está bajo esa especie de tienda, formada naturalmente por la copa de los árboles!

HIPÓLITO.—Sí, ahí tienes á una ninfa de los bosques.

VICTORIÁN.—Quédate aparte y déjame un momento.

HIPÓLITO.—Pero sé prudente y no te descubras demasiado pronto.

VICTORIÁN (*disfrazando su acento*).—¡Gitana! ¡Oye! ¡Oye!

PRECIOSA (*aparte con emoción*).—¡Qué voz! ¡Qué voz del cielo!...—¿Quién me llama?

VICTORIÁN.—Un amigo.

PRECIOSA (*aparte*).—¡Él es! ¡Él es! ¡Gracias, Dios mío, por haber escuchado mi plegaria! Ahora, sé fuerte, sé fuerte, corazón, y disimula cuanto puedas.—¿Sois amigo falso ó verdadero?

VICTORIÁN.—Verdadero. Nada temáis y acercaos aquí. ¿Podéis decirme la buena ventura?

PRECIOSA.—No á oscuras, donde estáis. Acercaos más al fuego, y me daréis vuestra mano. No veo aquí cómo está cruzada.

VICTORIÁN (*poniendo una moneda de oro en la palma de su mano*).—¿No encontráis ahora la cruz?

PRECIOSA.—¿Es de plata?

VICTORIÁN.—No, de oro.

PRECIOSA.—En tal caso, principio aunque sea á oscuras. Hay en la corte una hermosa que os ama mucho, y sólo os ama á vos.

VICTORIÁN.—¡Alto! Esta historia, amiga mía, está ya muy gastada. A mi moneda corresponde mejor buena ventura y no la repetición de esos cuentos de viejas.

PRECIOSA.—Pues bien: estáis enamorado, y con vuestro amor está ligada vuestra ventura. Sí; ahora veo más claro: la línea de la vida está cruzada por varias señales. ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! Habéis hecho sufrir mucho á la virgen que os amaba. ¿Por qué lo hicisteis?

VICTORIÁN.—He amado, pero no á virgen alguna; la que yo amaba tuvo otro amante y me engañó.

PRECIOSA.—¿Cómo lo sabéis?

VICTORIÁN.—Un pajarito del aire me descubrió el secreto.

PRECIOSA.—Pues yo no quiero vuestro oro; recogedlo. Vuestra mano está fría como la de un traidor, en cuya aparente caridad no hay beneficio. Os engañaron respecto de vuestra amante, y debéis reparar vuestra suerte, reparando la suya.

VICTORIÁN.—Como un ángel habláis, y defendéis la causa de otra mujer con tanto calor como la vuestra propia...—Pero

veo que tenéis una sortija en vuestro dedo: dádmela como recuerdo. (*Trata de tomar la sortija.*)

PRECIOSA.—No, no; jamás saldrá de mi mano.

VICTORIÁN.—¿Por qué? ¿Qué vale una sortija! Os la devolveré, ó si la guardo, os la pagaré con tal exceso que podáis comprar lo menos dos iguales.

PRECIOSA.—Y ¿para qué la queréis?

VICTORIÁN.—Es un deseo de viajero, un capricho y nada más. Quisiera que me la dieseis como un recuerdo de Guadarrama, y como una adivina de buenaventura que me envía á casarme con la supuesta virgen de mi antiguo amor. Dádmela, os lo ruego.

PRECIOSA.—¡No, jamás! ¡Jamás! Me acompañará á la tumba, pues mi nodriza me mandó tenerla siempre en mis pálidos dedos. Perteneció además á un amigo muy querido que ya no existe.

VICTORIÁN.—¿Cómo! ¿Ha muerto?

PRECIOSA.—Sí; murió para mí, y lo que es peor todavía, ¡me abandonó! Pero yo conservo su sortija, y andando el tiempo podré levantarme con ella de la tumba para probarle que jamás fuí perjura.

VICTORIÁN (*aparte*).—¡Cállate, cállate otro momento, corazón mío! ¿No es esta la locura de una joven enferma de amor?...—Dadme la sortija, joven gitana; dejádmela, ó diré que es mía y que me la habéis robado.

PRECIOSA.—¡Oh! ¡No os atreveréis á sortener tan infernal mentira!

VICTORIÁN.—¿No me atreveré? Mírame bien á la cara y dime si no he de atreverme, si no me atrevería á todo por tí. (*Se echa en sus brazos.*)

PRECIOSA.—¡Eres tú! ¡Eres tú! ¡Sí, sí; eres el preferido de mi corazón! ¡Mi querido Victorián, cielo de mi alma!... ¿Dónde has estado tanto tiempo? ¿Por qué me abandonaste?

VICTORIÁN.—No me preguntes ahora, queridísima Preciosa. ¡Déjame olvidar que hemos estado separados!

PRECIOSA.—No viniste...

VICTORIÁN.—¡Por Dios, no me culpes!

PRECIOSA.—No dudes que hubiera yo perecido pronto sin tí entre estos gitanos.

VICTORIÁN.—Perdóname, hermosa, por lo que te he hecho sufrir; perdóname... ¿Piensas que el corazón mío pudo sentir un momento de alegría en tu ausencia? ¡Oh! No lo creas. Desde aquella hora fatal huyó el sueño de mis párpados, pensando en el daño que te hice. ¿Me perdonas? Dí, ¿me perdonarás?

PRECIOSA.—Hace mucho tiempo que te he perdonado. Las palabras de odio que me dirigiste estaban escritas en el cielo antes que las pronunciases. Te perdoné en el instante mismo en que me insultabas.

VICTORIÁN.—Padecí la mayor locura que cabe en la tierra al creerte perjura. El Conde de Lara...

PRECIOSA.—Aquel hombre perverso me hizo daños sin fin. ¿No has oído...

VICTORIÁN.—Todo lo sé. Pero ¡prosigue, prosigue! Déjame volver á oír tu voz y soy dichoso; porque cada acento tuyo, como un bello encanto, me recuerda el pasado para abogar por mí. Habla, amada mía, habla á mi corazón y dile cuánto rebosa y se agita en el tuyo. (*Se retiran á un lado.*)

HIPÓLITO.—Todas las lindas querellas de los poetas bucólicos, todos los lances de apasionado amor de las mejores novelas, todos los castos abrazos del más interesante drama, todas las tiernas escenas que presenciaron los astros en el curso natural de los tiempos, nada son si se comparan á las aventuras de mi amigo el estudiante Victorián, y de esa joven gitana, la bella Preciosa.

PRECIOSA.—Os beso la mano, amigo Hipólito. Decidme, ¿no queréis vos que os diga también le buenaventura?

HIPÓLITO.—No esta noche; porque me trataríais como á Victorián, obligándome á casarme con todas las doncellas que he abandonado, lo que haría que mis bodas durasen, por lo menos, desde hoy hasta Navidad.

CHISPA (*dentro*).—¿No habrá nadie por ahí? ¡Gitanos! ¿Dónde diablos os habéis metido? ¿Qué te has hecho, Beltrán Cruzado? ¡Hola! Tengo que hablaros á todos. ¡Salud! (*Entra con botas de montar, un látigo y linterna.*)

VICTORIÁN.—¿Qué te trae aquí? ¿A qué metes tan infernal alboroto? ¿Te han robado?

CHISPA.—Robado y asesinado, sin duda alguna. Pero... buenas noches tengáis, antiguos señores míos.

VICTORIÁN.—Habla claro y pronto, si puedes. ¿Qué tienes? ¿Qué buscas?

CHISPA.—¡Busco á Preciosa y tengo que darle buenas noticias, magníficas noticias de la corte! Vais á oír en seguida lo que tengo que deciros, Preciosa. Sabed que Beltrán Cruzado, el Conde de los Calés, no es vuestro padre; pues vuestro verdadero padre, después de una larga ausencia, acaba de volver á España cargado de riquezas. Ya no sois gitana, y averiguado está que Cruzado es un ladrón.

VICTORIÁN.—Pero ¿vienes refiriendo algún cuento de brujas?

CHISPA.—Lo que digo es la verdad; y ya hemos estado muchos bebiendo en la taberna á vuestra salud, como los pozos beben en noviembre cuando llueve.

VICTORIÁN.—¿Dónde está el caballero de que hablas?

CHISPA.—Como dice un antiguo cantar,

Su boda es en Segovia,
Su alma está en Madrid.

PRECIOSA.—¿Es esto un sueño? ¡Oh! sí; será un sueño, pero dejadme dormir y no me despertéis todavía. Repetidme la misma historia; decidme que no me he engañado; decidme que no sueño. Estoy despierta, sí. Este es el rancho de los gitanos; éste es mi Victorián, y éste otro su amigo Hipólito... ¡Oh! Si estas fuesen visiones, quisiera que llenasen mi vida entera.

VICTORIÁN.—Esto es un sueño, dulce amiga mía; pero dichoso sueño que te embarga estando despierta. Es una visión brillante de aquellas raras felicidades que de improviso da el cielo á los que ama en la tierra. No dudo que desde hoy serás ya tan rica y dichosa como fuiste siempre bella y buena. Yo seré ahora el mendigo.

PRECIOSA (*dándole la mano*).—Suceda lo que quiera, tendré siempre una mano para dar,

CHISPA.—Y yo dos para tomar. Recuerdo que mi abuela decía que Dios da siempre huesos á los que no tienen dientes para roerlos. No me faltan á mí dientes ni muelas, pero no tengo nada que roer.

VICTORIÁN.—¿Qué más sabes de la singular historia de Preciosa?

CHISPA.—Nada más. Vuestro amigo D. Carlos está ahora en el pueblo, presentando á Pedro Crespo, el alcalde, las pruebas de lo que he dicho. La vieja bruja que robó á la niña, en la cuna, ha confesado su crimen, y probablemente la ahorcarán para acabar de tener la fiesta más completa.

VICTORIÁN.—No. Debemos procurar que este día sea de general regocijo para todos. Pero, vamos pronto en busca de D. Carlos.

HIPÓLITO.—Vamos; y, despidiéndome de vosotros, me despediré también de la alegre vida estudiantil. Basta ya de bromas. ¡Adiós, dulces serenatas dadas de noche al pie de las ventanas de las bellas! ¡Adiós, todas las peripecias que hacen las vacaciones encantadoras!... El bachiller Hipólito, después de haber visto que la realidad ha dejado ahora atrás á las radiantes visiones de novelas escritas en los libros, vuelve definitivamente á los tristes claustros de Alcalá, felicitando á la hermosa gitana y á su feliz novio el estudiante español.

ESCENA VI.

Un desfiladero en las montañas de Guadarrama. Empieza á amanecer. Un arriero cruza la escena, sentado de lado en su mula y encendiendo un cigarrillo con pedernal y yesca.

CANTO.

Si estás durmiendo, muchacha,
 Apresúrate y despierta,
 Que veremos de mañana
 Matorrales y praderas.
 No busques tus zapatitos,

Vente con los pies descalzos,
Que hemos de pisar rocío
Y hemos de saltar los charcos.

(Desaparece en el desfiladero. Entra un fraile. Aparece un pastor sobre una elevada roca.)

FRAILE.—Ave María, gracia plena. ¡Hola, buen hombre!

PASTOR.—¡Hola!

FRAILE.—¿Es este el camino de Segovia?

PASTOR.—Este es, para servir á vuestra reverencia.

FRAILE.—¿Qué es aquello que se ve más allá en el valle!

PASTOR.—San Ildefonso.

FRAILE.—Parece que está muy lejos para ir allí á almorzar.

PASTOR.—Sí, verdaderamente.

FRAILE.—¿Hay ladrones en estas montañas?

PASTOR.—Y aun algo peor á veces.

FRAILE.—¿Qué?

PASTOR.—Lobos hambrientos.

FRAILE.—¡Santa María! Vente conmigo á San Ildefonso, y te recompensaré bien.

PASTOR.—¿Qué me daréis?

FRAILE.—Un *Agnus Dei* y mi bendición. *(Desaparecen. Pasa un contrabandista montado, envuelto en una manta, con una escopeta en el arzón. Atraviesa el desfiladero cantando.)*

CANTO.

Andarán muy veloz mi caballito,
Siempre con él á escape, nada temo...
¡Anda, anda!—le grito,
Prúebanos la destreza de tu remo,
Búrlate de la ronda y del garlito
con empuje supremo...
¡Ay, ay, ay! ¡Qué jaleo!
Lo miro y no lo creo.
¡Ay, ay, ay!.....

(El canto se pierde á lo lejos. Entra Preciosa montada á caballo, y custodiada por Victorián, Hipólito, D. Carlos y Chispa á pie y todos con armas de fuego.)

VICTORIÁN.—Este es el punto más elevado. Bueno es que descansemos un momento. ¡Mira, Preciosa, mira qué imponente está todo alrededor nuestro! ¡Hasta los montes, medio cubiertos de neblina, parecen inclinarse humildemente, como capuchinos, para recibir la solemne bendición del sol! ¡Qué perspectiva tan bella!

PRECIOSA.—¡Bellísima, en verdad!

HIPÓLITO.—¡Magnífica! ¡Magnífica!

VICTORIÁN.—Y abajo, en el valle, brilla la torre de San Ildefonso como airosa alabarda, y con sus ruidosos campaneos dirige el primer saludo á la mañana, de la misma manera que un antiguo ejército, golpeando sobre los escudos de bronce, daba el alegre grito de la victoria.

PRECIOSA.—¿Y en qué sitio se encuentra Segovia?

VICTORIÁN.—A bastante distancia más allá. ¿No lo ves?

PRECIOSA.—No; no veo.

VICTORIÁN.—Junto á aquella hendidura menos notable que corta el horizonte. ¡Mira allá, hacia donde señalo!

HIPÓLITO.—Es Segovia una ciudad antigua y notable, que ostenta un acueducto romano, y un alcázar construído por los agarenos; alcázar donde recuerdo que el pobre Gil Blas tuvo que comer el *pan del Rey*. ¡Oh! ¡Cuántas veces, desde el pie de sus forradas puertas, he mirado caer el Eresma á algunos centenares de pies, y resbalar luego, como enroscada culebra, en el valle!

PRECIOSA.—¡Oh, sí! Creo ver la ciudad aún más claramente con mi corazón que con la vista, que tan débil tengo ahora. Y todos mis pensamientos vagan allí, cargados de oraciones y esperanzas, y cruzan osadamente los accidentes y escabrosidades, como son arrastrados los buques en los cuantos orientales, hacia las montañas magnéticas, al través del viento y de la marea, y allí son destrozados y perecen en el mar... (*Llora.*)

VICTORIÁN.—¡Espíritu de mi encanto! Sufriste impasible los recios vendavales de la adversidad y los tristes hielos de la suerte; pero, al primer rayo de un sol bienhechor que sobre tí cae, te deshaces en lágrimas... ¡Ah! Tu cansado corazón reposará sobre el mío y no te abatirán ya las adversi-

dades, pues te dará nuevas fuerzas y llenará tu alma mi profundo afecto.

PRECIOSA.—No nos detengamos más, que mi padre espera. Me parece verle allí, asomado á la ventana, y, fijándose en cada ruido de ruedas ó de pisadas que en la calle se perciben, exclamar: «¡Ya, ya viene, al fin!» ¡Oh, padre! ¡Padre mío! (*Bajan el desfiladero. CHISPA se queda atrás.*)

CHISPA.—Yo tengo también padre, es verdad, pero ha muerto. ¡Ay! ¡Ay de mí! Pobre nació y pobre viví; ni gano ni pierdo. Así recorro á mis anchas el mundo, la mitad del tiempo á pie y la otra mitad andando, y siempre tan templadamente, como una tempestad de noche. Y así vamos andando, como dice la mosca á la yunta. ¿Quién sabe aún lo que puede caer? ¡Paciencia y barajar! No soy todavía tan calvo que se vean mis sesos; y tal vez, después de todo, podré ir algún día á Roma y volver hecho un San Pedro. *¡Benedícite!* (*Se va.*)

(*Una pausa. Entra luego BARTOLOMÉ desafortadamente, como perseguido, con una carabina en la mano.*)

BARTOLOMÉ.—Han seguido este camino... ¡Oigo los cascos de los caballos! ¡Ya los veo más allá!... Ven acá, caramillo mío: tu serenata de hoy será para cantar la muerte de la gitana. (*Dispara hacia los desfiladeros.*) ¡Ah! ¡Ah! ¡Bien has silbado, hermoso caramillo mío, bien has silbado!... Pero... ¡jira de Dios! No he dado en ella. (*Suena otro tiro. BARTOLOMÉ cae muerto.*) ¡Oh! ¡Dios mío!...

Aquí termina el poeta norte-americano su interesante y caprichosa leyenda, basada en *La Gitanilla*, de Cervantes.

Tendrá la obra cuantos defectos se quieran; pero drama ó novela—novela más bien que drama, aun probablemente para el mismo autor—no hay duda alguna que todas sus partes han sido inspiradas en un profundo conocimiento literario y etnográfico de la España de los últimos siglos. Y aun

debiera añadirse que los resortes han sido puestos en juego con no escaso acierto del poeta, para producir sorpresas y contrastes en la especial sociedad de los anglo-sajones de Ultramar.

Basta fijarse en los lances más salientes y característicos de la novelesca trama.

En el primer acto, la brevísima descripción de los concurrentes á la comedia nos trae inmediatamente á la memoria nuestro célebre Corral del Príncipe; y la sucinta reseña de lo representado es una compendiosa, pero acertada crítica del teatro nacional, en el que nuestro gran Lope dejó, á sabiendas y á cambio de inmensas bellezas de ejecución y de forma, ancho campo á la sátira que él mismo, y lo que es más, sobre este particular asunto y sus propias producciones, tan bien manejaba. La serenata (escena II) y las chispeantes palabras del criado de Victorián recuerdan perfectamente los murguistas de antaño, tan parecidos todavía á los que de una manera magistral pudo pintar Mesonero Romanos. El sereno, interrumpiendo con sus gráficas y tradicionales voces los amorosos y nocturnos coloquios (escena III) del estudiante y de la gitanilla; la pintura de la venta y de su ventero (escena IV); todo tiene un sabor tan fielmente, tan clásicamente español, que basta fijarse en ello para no desconocerlo.

Es verdad que en el acto segundo, la escena del palacio del Arzobispo puede calificarse de exagerada y un si es no es grotesca; pero no conviene tampoco perder de vista la época ni las preocupaciones del tiempo que el autor retrata; la época ni la preocupación del mismo poeta y de sus lectores no católicos.

En cambio en el acto tercero, la aldea de Guadarrama, los tipos del alcalde, del cura y de la sobrina, se nos pintan con tal maestría, que en nada desdicen de nuestras propias ideas sobre tan clásicos personajes.

Los dichos y refranes de nuestra peculiar manera de expresarnos en lenguaje castizo; las poesías imitadas de nuestros populares autores, poesías que del inglés he vertido casi servilmente, á fin de dar la más exacta idea del original; los

nombres de los personajes; la descripción de los lugares; las escenas gitanescas; otros tipos tan peculiares como el de estudiante y contrabandista, y hasta la figura de un noble, calavera de profesión y arrogante y orgulloso por costumbre, son cosas que en la obra de Wadsworth campean, como arrancadas naturalmente del genuino carácter de los antepasados nuestros. Todo está perfectamente localizado y á tiempo traído.

No sólo puede verse en esta producción del célebre Wadsworth Longfellow el más interesante de sus estudios sobre nuestras cosas, sino uno de los que mejor revelan ese espíritu analítico y esa gran variedad de colores que en su mágica paleta el poeta americano combina.

En una palabra, creo que el libro es cuando menos digno de conocerse en España. Él revela que nuestra literatura se estudia con provecho en los pueblos más distantes del nuestro por su civilización, su historia y manera de ser. Revela que se nos conoce, tal vez bastante más de lo que nosotros conocemos la vida íntima de otros pueblos. Revela que aun las personas iliteratas aplauden y premian allá lo que aquí no aplaudimos ni premiaríamos ciertamente, tratándose de costumbres ajenas y aun algo ignoradas. Y es que dudamos si toca ya en exceso el prurito de nuestros actuales dramaturgos de convertir el teatro en cátedra de moral, y no en centro de recreo y de cierta erudición al alcance de las numerosas clases que de ella más necesitan. Dudamos si la exclusiva misión del teatro será, como tantos pretenden, presentar á la vergüenza pública, y al desnudo, el cuerpo social para que apartemos los ojos con horror de la lepra que le devora, ó en caso contrario, compadezcamos sin remordimientos al doliente.

¿Hemos de buscar lo instructivo y lo agradable que habla no obstante al corazón no viciado, ó será preciso seguir recurriendo á los más terribles secretos de la conciencia para mover á un público maleado?

Es lo cierto que las milagrosas conversiones de sentimientos que haga el teatro, serán siempre muy contadas, y no parece insípido en demasía el ideal de los que, en las com-

posiciones escénicas, pretenden ante todo dar dulce solaz y popularizar lecciones de la generalidad del público desconocidas ó poco meditadas.

Pasó el romanticismo de la comedia *The Spanish Student*; pero pasará también ese naturalismo de hoy que el verdadero sentido poético rechaza.

C. SOLER Y ARQUÉS.





EL JARDÍN DE LOS POETAS

Á LAS BELLAS BILBAÍNAS.

I.

No tengo necesidad de preguntaros si os gustan las flores. Sé que os gustan y que las amáis apasionadamente. Tan sólo las tontas y las que no tienen corazón pueden contemplar con indiferencia esas lindas moradoras de los campos. Pero yo no escribo para ellas. Yo ruego á las tontas y á las insensibles que no sigan leyendo, pues, incapaces como son de comprenderme, perderían el tiempo lastimosamente.

Entiéndase, pues, bien que estos renglones van dirigidos á las bellas bilbaínas; pero no á todas, sino solamente á las que, además de belleza, tengan discreción y sensibilidad. Aun así serán muchas mis lectoras, pues sabido es que casi todas las hijas de Bilbao son bellas, discretas y sensibles.

Al llegar aquí, una joven que se tiene por fea, y que lo es sin duda, según las reglas de la estética, exclama:

—Y yo que tanto amo las flores, yo que las encuentro mil veces más hermosas que las más hermosas joyas y los más hermosos vestidos, ¿debo quedarme, por ser fea, sin leer

este artículo, cuyo epígrafe tan vivamente ha despertado mi curiosidad? ¿Cómo es que el articulista quiere privar á las desdichadas feas del placer de contemplar y admirar la belleza de los otros seres, ya que la contemplación de sí mismas sólo puede causarles horror y tristeza? ¡Qué injustos y crueles son los hombres! ¡Qué duros é inconsiderados se muestran con las que tienen la desgracia de ser feas! Y todo tenemos que llevarlo con paciencia. Quejándonos, sólo conseguiríamos ponernos en ridículo. Las feas deben sufrir y callar si no quieren ser el hazme reir de todos. ¡Pobrecitas de nosotras! ¡Cuántas amarguras nos reserva el mundo!

Pecara yo de descortés si siguiera adelante sin dar contestación alguna á tan amargas y sentidas quejas. Contestaré, pues, brevemente:

—Tú no eres fea. Podrán creerte tal los que sólo ven con los ojos del rostro; pero los que, como yo, saben también ver con los del alma, te encontrarán hermosísima y digna por consiguiente de ser contada entre *las bellas bilbaínas*, á quienes dedico este mal pergeñado artículo. Si tu alma rinde culto á la belleza, es porque también ella es hermosa, y no amarías á las flores si tu corazón no fuese hermoso, sensible y delicado. Lee, pues, este artículo, amiga mía; es como un ramo de vistosas y odoríferas flores, que te ofrezco en premio de tus virtudes. Y si por desgracia no te agrada, dí que soy poco hábil en el arte de hacer ramos; pero ni por un momento imagines que me faltó buena voluntad, y que no puse empeño en hacerlo hermoso.

El momento es á propósito para hacer ramilletes. Marzo, excepcionalmente hermoso este año, acaba de dejarnos, y abril florido, que se nos apareció triste y lloroso, parece que quiere aclarar su ceño. Yo tengo verdadera pasión por los jacintos, y aún hay jacintos en nuestros jardines. Los tulipanes y las anémonas están en todo su esplendor; junto á ellos se ostenta el alelí, tan notable por su fragancia dulcísima como por la brillantez de sus colores; están en flor los más lindos arbustos, abundan los capullitos de rosa, y perfuman el ambiente el sándalo y la hierbabuena, la mejorana y el tomillo. En nuestros campos florecen la dorada celidonia, la

fragante violeta, la vellosa borraja, la yedra terrestre, la clemátide, la primavera ó *flor de San José*, la vellorita, el tusílago, la maya, el narciso y otras innumerables florecillas.

Sin embargo, no es á nuestros campos ni á nuestros jardines donde iremos á buscar las flores que necesitamos para el ramillete; donde iremos á buscarlas es el jardín de los poetas, á las obras de estos dulces cantores que, como verdaderos amantes de lo bello, no han podido menos de consagrar á las flores muchas y muy elocuentes páginas.

Si otros trabajos de diversa índole no me robaran la mayor parte del tiempo, no olvidaría en este artículo á ninguno de los grandes poetas antiguos y modernos, y los citaría, hasta donde posible fuera, en riguroso orden cronológico; pero me veo obligado á contentarme con estampar las citas á medida que acudan á mi imaginación, y á medida que, hojeando á la ventura algunos volúmenes de mi pequeña biblioteca, aparezcan á mis ojos pasajes referentes á las flores.

De este modo haré el *bouquet* que voy á ofrecer á las bellas bilbaínas, y ojalá que fuera dado humedecerlo con rocío de nepente, licor divino que apaga los más acerbos dolores y disipa la melancolía.

A Homero, ocupado en narrar grandes acciones, hazañas portentosas, le falta tiempo para mirar á la tierra, y cuando lo hace, más que las flores llaman su atención los árboles, el siempre verde olivo, el esbelto chopo, el haya gigante. Sin embargo, canta el asfodelo que engalana los Elíseos Campos; nos habla del risueño prado de mullido césped, esmaltado de violetas y otras flores aromáticas, que rodeaba la gruta de Calipso; y no se desdeña de celebrar la humilde planta que Mercurio dió á Ulises para librarle de las asechanzas de la encantadora Circe.

«Su raíz es negra—dice el poeta— y su flor tiene la blancura de la leche. «*Moli*» es el nombre que ha recibido de los dioses. Difícilmente la encuentra el hombre, pero no puede escapar á los ojos de los inmortales.»

El cisne de Mantua, aquel á quien Dante Alighieri llama *gloria y luz de todos los demás poetas*, nos pinta á Venus, que toma en sus brazos al joven Ascanio dormido, y le lleva á los

sagrados bosques de Italia, donde la tierna mejorana le ofrece un lecho delicioso, á la sombra de sus flores, cuyo perfume embalsama el ambiente.

El mismo Virgilio, al referir las exequias de Palas, compara el cadáver de este joven Príncipe con la tierna violeta y el pálido jacinto que una mano virginal acaba de coger, y que sin haber perdido todavía su brillo y su belleza, no extraen ya alimento ni fuerza de la tierra que los ha producido.

Pero donde el cantor del piadoso hijo de Anquises muestra mejor su afición á las flores, es en sus *Bucólicas* y en sus *Geórgicas*. ¿Quién no recuerda aquel lindo pasaje de la égloga segunda?

«Ven, amable pastor: mira á las ninfas llenar para tí canastillos de azucenas; mira á la blanca náyade coger para tí las delicadas violetas, las soberbias amapolas; mezclar el narciso y el eneldo del delicioso aroma; hacer ramilletes de romero y de otras plantas olorosas, y realzar el delicado color del arándano poniéndole junto á la brillante caléndula de oro.»

En el libro IV de sus *Geórgicas*, Virgilio se queja de tener que terminar la obra sin celebrar en sus versos el cultivo de los jardines, y los frondosos bosquecillos de Lucania, que dos veces al año se cubren de rosas.

«Quisiera pintar la escarola que el riego reanima, y el peregil que embellece con su verdura las orillas del arroyo, y el cohombro de hueco vientre; no olvidaría ni el narciso lento á desplegar, ni el encanto que tan dócilmente se presta á formar emparrado, ni la pálida yedra, ni el mirto que ama las riberas.»

Horacio, aunque tan amante del campo y de las flores, censura en una de sus odas la afición de sus contemporáneos á los jardines y quintas de recreo. Dice así el poeta de Venusa:

«Pronto los edificios suntuosos no dejarán terreno alguno al arado del labrador. El plátano inútil ocupará el puesto del olmo que sirve de apoyo á la vid cargada de racimos. Los cuadros de violetas, los sotos de mirto, los arbolillos odoríferos esparcirán sus perfumes en todos aquellos lugares don-

de en otro tiempo el olivo enriquecía á su dueño; y el follaje espeso del laurel cerrará el paso á los abrasadores rayos del sol. No lo habían dispuesto así Rómulo, ni el austero Catón, ni ninguno de los antiguos romanos que hicieron nuestras leyes. En su tiempo la renta de cada particular era pequeña; la del Estado era grande. Los simples ciudadanos no tenían, como hoy, espaciosos pórticos donde tomar el fresco. Nadie se hubiera atrevido á desdeñar el césped que crece espontáneamente, y el dinero se reservaba para embellecer las ciudades y decorar los templos de los dioses.»

Ovidio, que en sus *Metamórfosis* ha celebrado la habilidad de Pomona en el cultivo de los jardines, y nos ha dado á conocer el origen del jacinto, de la azucena, de la rosa, del narciso y de otras lindas flores, refiere también como á los sonidos de la lira del divino Orfeo crecieron el roble de Caonia, el álamo, el haya, el tilo, el laurel y el avellano.

«Atrajo el fresno, cuya madera sirve para hacer lanzas; el abeto, que no tiene nudos; la carrasca, encorvada bajo el peso de sus frutos; el plátano, más agradable que útil; el arce, cuyas venas presentan diversos colores; el sauce, que nace cerca de los ríos; el loto acuático; el boj, siempre verde; el brezo; el mirto y la higuera. Llegaste también tú, hiedra flexible, y contigo los pámpanos y los olmos abrazados por la vid; viéronse las hayas salvajes, el árbol que destila pez, el madroño con su fruto rojo; la palmera, que sirve para premiar al vencedor; el pino, cuya elevada cabeza está erizada de ramas; el pino, grato á la madre de los dioses desde que Atys, sacerdote de Cibeles, dejó su figura humana para tomar la de este árbol sagrado.»

Nada diré del Dante ni de su apocalíptico poema; nada diré del cantor sublime de las místicas flores del cielo, ya que aquí sólo se trata de las de la tierra. Pero antes de proseguir, inclinémonos profundamente ante esta sombra augusta.

Tratándose de las flores, no podemos menos de hablar de Lucrecia Borja, ó Borgia, tan amante de ellas como de las letras y de las artes, y de quien Ludovico Ariosto dice en el canto XIII de su *Orlando furioso*:

«Por su beldad, su ciencia y sus virtudes
brillará entre las damas de su esfera,
cual brilla el oro entre el latón, la rosa
en medio de salvaje adormidera,
la esmeralda preciosa
cabe al pintado vidrio, ó cual, al lado
de mimbre amarillenta,
sus frescas hojas el laurel ostenta.»

El Cardenal Bembo, y Roscoe, el historiador de León X, no hablan en peores términos de esta Princesa, y todo induce á creer que han exagerado muchísimo los que nos la presentan como una nueva Mesalina. A lo menos es indudable que hizo una vida ejemplar desde su casamiento con su tercer marido Alfonso de Este, Duque de Ferrara.

Voy ahora á ofrecer á mis lectores la descripción que otro poeta no menos famoso, el Tasso, hace de los jardines de la bella Armida.

«En el centro de argentado lago se eleva un palacio que por estrecho puente comunica con los jardines. Todo sonríe en esta morada, todo respira la embriaguez de los placeres.

Bajo un cielo puro reina un aire delicioso; los árboles, siempre verdes, esparcen la frescura y la sombra sobre céspedes siempre floridos; lamiendo las raíces de los enamorados mirtos, corren límpidas y transparentes aguas; el arroyo que murmura, el céfiro que agita el follaje, el canto melodioso de los pájaros, llevan á todos los sentidos la molicie y la voluptuosidad. El oro y el mármol, tomando mil diversas formas, admirablemente imitan á la naturaleza, y la embellecen.» (*La Gerusalemme liberata, Canto X.*)

Más adelante, en el Canto XVI, el poeta dice, hablando del mismo deleitoso jardín:

«Ofrécense á la vista las dormidas aguas del lago, los arroyos que ruedan sobre arenas de plata su móvil cristal, las flores, los arbustos, los céspedes, los ribazos que el sol dora con su luz, los valles cubiertos de deliciosa sombra, las grutas y los bosques de eterna verdura; el arte que creó esas

bellezas, las aumenta aún por el cuidado que tiene de ocultarse.

Al ver el dichoso desorden que reina en estos lugares, creeríase que todo lo deben á la naturaleza; creeríase al menos, que ésta ha querido engañar al arte, é imitarlo á su vez. El arte, dócil á las leyes de Armida, lleva á todas partes un calor fecundo, y llama á las ramas la obediente savia, al lado de frutos siempre maduros, los árboles dan flores siempre frescas.

Sobre el mismo tronco, bajo la misma hoja, se ve el higo maduro junto al higo naciente; la manzana que amarillea ve crecer á su lado otra manzana todavía verde; en los collados, la vid extiende sus sinuosas ramas, y, cerca de un racimo que florece, ostenta otro ya lleno del néctar divino.

Los enamorados pajarillos cantan en las verdes enramadas sus placeres y sus dolores; las ondas y las hojas, suavemente agitadas por los céfiros, acompañan sus cantos con dulce y armonioso murmurio.

Entre los cantores alados hay uno cuyo plumaje está esmaltado de mil colores; su pico tiene el brillo de la púrpura; su lengua forma sonidos parecidos á los nuestros; comienza á cantar; todos callan para oírle, y los vientos retienen su aliento.

—Ved la rosa naciente teñida de un modesto encarnado. Ved la rosa que apenas entreabre su prisión. Cuanto menos se muestra, más bella parece; pero ya, más atrevida, ostenta los tesoros de su seno; luego, de repente, languidece: ya no es la flor que envidiaban mil beldades, y que mil amantes ansiaban ofrecer á sus amadas. Así, en un solo día se marchita la flor de nuestra vida: la primavera viene á reanimar la naturaleza, pero la juventud huye para no volver jamás. Cojamos la rosa por la mañana, á la tarde estará marchita; cojamos la rosa del amor; amemos mientras que podemos ser amados.

Dicho esto, el ave de brillantes colores calla, y entonces todos los demás pájaros recomienzan sus interrumpidos cantos; las tórtolas redoblan sus amorosos besos; todo se anima, todo se inflama. El roble y el laurel, los arbustos y las de-

más plantas, la tierra misma y las aguas, todo respira el amor y siente su poderío.»

Hasta aquí el egregio cantor de los cruzados. Pero ¡qué distancia hay de mi humilde prosa á sus armoniosos versos! Por eso, el que quiera saborear todas las bellezas de esa descripción admirable, debe leerla en el original italiano.

II.

Milton, el cantor del amaranto y de las alamedas de mirras del Edén, describe, poco más ó menos, en estos términos la glorieta en que moraban nuestros primeros padres antes de su pecado:

«Era un lugar escogido por el Soberano Plantador cuando creó todas las cosas necesarias y agradables al hombre; el techo era un espesísimo emparrado de laurel y de mirto y de otras plantas de hoja fuerte y fragante; y en torno de los verdes muros de acanto crecían toda clase de olorosos arbustos; toda clase de hermosas flores, el iris, la rosa, el jazmín alzaban sus cabezas formando lindos mosaicos; las violetas, el azafrán y los jacintos esmaltaban el suelo con sus colores, más lindos y brillantes que los de las piedras de mayor precio.»

Cuando los poetas quieren ponderar la belleza de alguna mujer, nada mejor se les ocurre que compararla con las flores. El dramaturgo de Stratford, el gran Shakespeare, hallándose ausente de la que ama, trata de distraer su dolor y de consolarse contemplando las flores que tanto se parecen á aquella cuya imagen está grabada en su corazón. Parécele que la olorosa violeta debe su fragancia al perfumado aliento de la que adora, y el color de los pétalos á las violadas venas de sus manos. Cree que la rosa roja ha robado sus sonrojos; la rosa blanca su palidez, y que la que ni es roja ni blanca ha tomado algo de ambas cosas, robando además su embriagador aliento. Las azucenas han tomado la blancura de sus

manos... Pero ¿á qué proseguir, si le parece que cuantas flores ve han tomado de la que ama el color, el perfume y todo lo demás que en ella se admira?

Sin duda por eso, sin duda porque las flores se parecen tanto á esa otra bellísima flor que llamamos mujer, se complacen los enamorados en regalar ramilletes á las que reinan en su corazón. Ningún presente tan lindo y delicado, ningún presente tan grato á una joven sensible. Lord Byron, hablando de un ramo de lirios de Rhin, escribe:

«Estos lirios te envío ¡amada mía!
aunque sé que mucho antes que los toquen
tus blancos dedos, estarán marchitos.
Mas no por eso los rechaces dura,
pues que los he cuidado tiernamente,
porque iban á encontrar, de tus hermosos
ojos, la dulce, angelical mirada,
y á hacer que tu alma busque aquí á la mía,
cuando los veas lánguidos y mustios,
y sepas que en la margen se cogieron
del sacro Rhin, y que, de amor en prenda,
mi corazón al tuyo los ofrece.»

Hubiera deseado dejar esos versos en inglés, pues traducirlos me parece una profanación; pero, aunque muy mal, los he vertido al castellano, para evitar que se incomoden conmigo aquellas de mis lectoras que no sepan la lengua del cantor de *Don Juan*, y de tantos otros inmortales poemas.

De las hermosas orillas del Rhin, tan llenas de fantásticos recuerdos, trasladémonos de un salto á las no menos deliciosas orillas del *Padre de las aguas*, que así llaman los indios al caudaloso Misisipí. ¡Envidiable privilegio del escritor, de trasladarse y trasladar instantáneamente á sus lectores á los más remotos países de la tierra, sin la menor molestia, sin necesidad de proveerse de pasaporte, ni de una simple cédula personal, y principalmente, sin que el viaje cueste ni un despreciable perro chico!

Véase cómo describe Longfellow, el insigne traductor de

las *Coplas de Manrique*, las floridas riberas de aquel hermoso río de la América septentrional, en su admirable leyenda titulada *Evangelina*:

«Era en el mes de mayo. Siguiendo el curso del río Hermoso, pasando más allá de las riberas del Ohío y de la desembocadura del Wabash, había entrado en las amarillentas aguas del ancho y rápido Misisipí una pesada barca conducida por remeros acadianos, y se dirigía majestuosamente hacia el Sur. Iba en ella una partida de desterrados: una jangada, por decirlo así, del pueblo náufrago, desparramada á lo largo de la costa, y ahora flotando reunida, ligada por los lazos de una común creencia y una común desgracia; hombres, mujeres y niños que, guiados por vagos rumores, ó tal vez solamente por la esperanza, buscaban á sus compatriotas y á sus parientes entre los pobres labradores de la frontera de Acadia, y en las praderas del hermoso Opelonsas. Con ellos iba Evangelina y su protector y guía espiritual, el padre Feliciano. Deslizábanse, día tras día, hacia el Sur, arrastrados por la corriente del turbulento río que, sobre un lecho de arena, atraviesa un vasto desierto cubierto de sombríos bosques; noche tras noche acampaban á orillas del río, en torno de brillantes hogueras. Ya sobre impetuosas cascadas, por entre verdes islas donde hermosos algodoneros inclinaban sus umbrosos penachos, corrían con incontrastable rapidez, ya penetraban en grandes lagunas, sembradas de argentados bancos de arena, y pobladas de multitud de pelícanos de plumaje tan blanco como la nieve. El terreno iba haciéndose llano, y á lo largo de las márgenes del río, sombreadas por naranjos de la China, se alzaban, en medio de frondosos y floridos jardines, las casas de los colonos, con cabañas para los negros, y palomares. Se acercaban á la región donde reina un perpetuo verano, donde por medio de la feliz ribera y por entre alamedas de naranjos y limoneros, el río, trazando una gran curva, corre majestuosamente hacia el Este. También ellos cambiaron de dirección, y entrando en el Bayou de Plaquemine, pronto se perdieron en un laberinto de perezosas y descarriadas aguas, que, como las mallas de una red de acero, se extendían en todas direcciones. Las elevadas

y tenebrosas ramas de los cipreces se juntaban, formando sobre sus cabezas un oscuro arco, y ondeaba en el aire el musgo suspendido de las ramas, como las banderas colgadas de los muros de viejas catedrales. El silencio era profundo, y sólo interrumpido por las garzas que á la puesta del sol volían á los cedros donde tenían sus pértigas para pasar la noche, ó por la lechuza que saludaba á la luna con risa demoniaca. Hermosa era la luz de la luna rielando en las aguas, brillando sobre las columnas de cipreces y cedros que sostenían los arcos, á través de cuyas quebradas bóvedas pasaba el dulce resplandor del astro, como á través de las grietas de un edificio en ruinas. Todo cuanto les rodeaba les parecía extraño é indistinto como un sueño, y sus almas experimentaron una inexplicable sensación de asombro y de melancolía; singulares presagios de infortunios invisibles é inimaginables. Como el ruido de las pisadas del casco de un caballo sobre el césped de las praderas, cierra sus hojas anticipadamente la espantada mimosa, así al ruido de los pasos del Destino, afligido el corazón por tristes presentimientos de desgracia, se amedrenta y se encoge antes que el golpe de muerte le alcance. Pero el corazón de Evangelina estaba sostenido por una visión que flotaba débilmente ante sus ojos, y parecía hacerle señas con la cabeza de que siguiese adelante á través del océano de luz que irradiaba la luna. Era que la idea que bullía en el cerebro de la joven había tomado la forma de un fantasma. A través de aquellas sombrías naves había errado Gabriel antes que ella: ahora cada golpe de remo acorta la distancia que hay entre los dos amantes.

Púsose de pie en su sitio, en la proa de la barca, uno de los bogadores, y llevando un gran cuerno á los labios, hízole producir un bronco y ensordecedor sonido, que debía servir como señal ó aviso, si por acaso había otros que, como ellos, estuviesen navegando en aquellas tenebrosas corrientes. El desapacible toque resonó de un modo extraño por entre las sombrías columnatas, á través de los frondosos corredores, rompiendo el silencio y dando lenguas al bosque. Las banderas de musgo se agitaron silenciosamente. Numerosos ecos despertaron y murieron á lo lejos sobre el líquido suelo y

bajo las repercusivas ramas; pero ninguna voz replicó; ninguna respuesta vino de la oscuridad; y cuando los ecos hubieron cesado ¡qué triste pareció el silencio! ¡Qué dolorosa impresión sintieron los infelices desterrados! Entonces Evangelina se durmió; pero los barqueros continuaron remando durante toda la noche, ya silenciosos, ya cantando las familiares canciones de los bateleros del Canadá, que en tiempos más felices habían cantado en sus propios ríos de Acadia. Durante toda la noche se oyeron los misteriosos rumores del desierto, lejanos, indistintos, como el murmullo de las ondas ó el susurro de las hojas agitadas por el viento, mezclados con la algarada de las grullas y el rugido del horrendo aligátor.

Así antes que terminara la mañana siguiente, los viajeros salieron de aquellas umbrías, y ante sus complacidos ojos aparecieron los lagos del Atchafalaya, iluminados por los brillantes rayos del sol. Millares de nínfeas se mecían sobre las ligeras ondas producidas por los remos, y el loto, resplandeciente de belleza, levantaba su corona de oro sobre las cabezas de los bogadores. Los céfiros, cargados con el perfume de las magnolias, y fatigados por el calor del mediodía, soplaban débil y perezosamente, é innumerables islas cubiertas de espesos bosques, con floridos setos de rosales, invitaban á descansar. Junto á la más hermosa de aquellas islas dieron los barqueros reposo á los fatigados remos, y el bote fué felizmente amarrado bajo las frondosas ramas de algunos sauces de Wachita, que crecían á la orilla. Los viajeros, y especialmente los bogadores, tenían gran necesidad de descanso, así es que se tendieron aquí y allá sobre el verde césped, y no tardaron en quedarse dormidos. Elevábase sobre sus cabezas un gigantesco cedro, cuyas pomposas ramas daban fresca y apacible sombra. La bignonia y la vid se balanceaban, suspendidas de los robustos brazos del árbol, formando una escala de cuerdas semejante á la de Jacob: los ángeles que ascendían y descendían sus pendientes escalones, eran los ligeros guainambis que volaban de flor en flor. Tal fué la visión que contempló Evangelina mientras dormía á la sombra de un cedro. Su corazón se llenó de amor, y los

primeros albores del paraíso, que parecía abrirse para recibirla, iluminaron su alma, sumergida en apacible sueño, con el esplendor de las celestiales regiones.»

Son de la misma interesantísima leyenda las siguientes líneas que el autor dedica á *la flor brújula*, gracias á la cual pueden orientarse los viajeros que atraviesan el desierto:

«¿Ves esa delicada planta cuya airosa cabeza descuella sobre la lozana hierba de la pradera? Mira como todas sus hojas apuntan al Norte con tanta exactitud como el imán; es *la flor brújula*, que el dedo de Dios ha colocado aquí sobre su débil tallo, para que el viajero pueda orientarse en la inmensidad del desierto, inmensidad semejante á la del Océano, sin límites y sin senderos. Tal es la fe en el alma del hombre. Las gayas y exuberantes flores del amor son más espléndidas y despiden mayor fragancia, pero nos engañan y nos extravían, y su perfume es mortal. Sólo la humilde planta de la fe puede guiarnos aquí, y en lo futuro coronarnos con flores de asfodelo humedecidas con rocío de nepente.»

La leyenda *Evangelina*, que las lectoras encontrarán en castellano en mi libro titulado *Oro y Oropel*, es sin disputa, como ha dicho un crítico eminente, una de las más hermosas obras poéticas del siglo. El reputado literato D. Juan Valera, en el prólogo de su admirable versión de *Dafnis y Cloe*, dice que entre las obras de esta clase tan sólo *Germán y Dorotea* (1), de Goëthe, le parece comparable con *Evangelina*. En mi concepto, *La Petite Fadette*, de Jorge Sand (2), aunque escrita en prosa, figura dignamente al lado de esos dos preciosos poemas, y hay otro autor que, aunque ha brillado más en otros géneros, se ha elevado también en este á tanta altura por lo menos como los escritores que acabamos de citar, y sería notoria injusticia no mencionarlo aquí. Me refiero á mi poeta favorito, á mi venerable amigo Alfredo Tennysón, al cantor sublime de *In Memoriam* y de los *Idilios del Rey*.

(1) El autor de este artículo tiene empezada una traducción de este bellísimo poema.

(2) Pudiéranse también citar *Miraya y Calendam*, de Federico Mistral.

Su leyenda *Dora* es también un modelo en el género. Lo mismo puede decirse de otras muchas leyendas suyas, y entre ellas de *Enoch Arden* y de *La Maya* (1). ¿Hay alguna palabra que falte, alguna que huelgue, algo que no sea bello y conmovedor en la historia de Enoch, de aquel infeliz marino que, después de muchos años de ausencia, encuentra á la esposa que amaba y que le creía muerto, enlazada con su compañero de la infancia, y que por no turbar su felicidad no quiere darse á conocer, se priva *del placer de abrazarla* y de abrazar á sus hijos, y solo y agobiado por prematura vejez, arrastra heroicamente hasta el fin una vida de trabajos y privaciones? No es menos conmovedora la historia de la pobre niña que en su lecho de muerte piensa en las florecillas que fueron su encanto, y lega sus aperos de jardinería á su hermanita, rogándole que cuide de sus plantas favoritas.

¡Pobre Alicia! Ella sabe que la madre selva del portal ha entretejido ya sus débiles ramas y formado una undosa gloria; que á la orilla de las acequias de los prados florece la humilde, olorosa cardámina; que la vellorita y el ranúnculo adornan el collado, y que la silvestre hierba centella brilla como el fuego en los pantanos y en las oscuras cavernas. Pero ¡ah! ya no correrá por el campo como otras veces; otras manos que las suyas cogerán las silvestres flores que esmaltan el valle.

«¡Oh, madre mía!—dice la niña cuya vida se extingue por momentos—dulce es la nueva violeta, medio escondida entre las verdes hojas; y todavía más dulce me parece la voz del corderillo, á mí que no me puedo levantar: hermoso es el país que nos rodea, y hermosas son las flores que entreabren sus corolas, y mucho más dulce y más hermosa que la vida es la muerte para mí, que anhelo marcharme.

«Darás á mi hermanita Effie mis aperos de jardinería, que están en el granero; deja que ella los guarde; suyos son, que yo no podré ya usarlos jamás. Pero dile, cuando yo haya es-

(1) Las lectoras hallarán estas tres leyendas en la obra titulada *Oro y Oropel*.

pirado, que dirija mi rosal al rededor de la ventana, y que cuide de la caja de reseda.»

Así habla la Maya; así habla la niña moribunda á su desconsolada madre. ¡Cuánto siento que por falta de espacio no me sea posible poner aquí íntegra esa preciosísima leyenda!

III.

Las flores, á las que, como vamos viendo, los más eximios vates han dado en sus obras tan importante lugar, tienen, como nadie ignora, su lenguaje que multitud de libros se han encargado de vulgarizar; cada una de ellas simboliza un afecto, una virtud, ó alguna otra cosa. Así, por ejemplo, la pasionaria, de la que ahora voy á ocuparme, es el emblema del fervor religioso.

Esta linda flor, que si no me engaño procede de América, debe su nombre á los misioneros, que creyeron encontrar representados en ella los principales instrumentos de la pasión de Jesús. Los tres estilos serían los clavos, la columna que sostiene la semilla la cruz, los radios del nectario la corona de espinas. Además, los estambres representarían las cinco heridas del mártir del Gólgota.

Oigamos á un poeta inglés (Harte) celebrando la pasionaria:

«¡Oh hermosa flor! tu centro tachonado de oro irradia un torrente de luz; luego se mira en torno una plana superficie de variado matiz, guarnecida con hermosa franja de azul púrpuro, y listada con el verde de la joven Pomona; una cruz de oro ¡emblema misterioso! se muestra con los brazos extendidos, como para estrechar en ellos á toda la raza humana. Seguro refugio hallan en los brazos de la cruz los hombres de todos los países.

La rosa, emblema de Inglaterra desde que durante las guerras civiles los de York y Lancáster adoptaron como distintivo la blanca y la roja respectivamente, simboliza la vir-

tud y la belleza, es universalmente llamada reina de las flores, y ha sido siempre más que todas ellas celebrada por los poetas. Cerca de doscientas especies de rosales, divididas en variedades, cuyo número, que acrece todos los días, no se cuenta ya por cientos, sino por miles, adornan nuestros jardines y hacen el embeleso de los amantes de las flores.

No sé á punto fijo si es de Waller, de Mrs. Sigourney, ó de algún otro poeta de quien se refiere que su afición á las rosas rayaba en locura, y que ni un solo día de su vida dejó de dedicarlas algunos versos. Si mal no recuerdo, Waller es también el que al final de una de sus poesías nos dice que la rosa muere; pero que así como de sus marchitas hojas se extrae un perfume delicado, así también el recuerdo de las buenas acciones no baja con nosotros al sepulcro, sino que nos sobrevive; que contra el bueno nada puede la mano del tiempo, y que la virtud vive cuando muere la belleza.

*«That goodness Time's rude hand that defies,
that virtue lives when beauty dies.»*

Hablando de la emperatriz de los jardines, viene en seguida á la memoria la famosa fiesta instituída en Salency, addehuela de Picardía, por San Medardo, Obispo de Noyón, y que aun se celebra anualmente en muchos pueblos de Francia. ¿Quién no ha oído hablar de la *fiesta de la rosa*? En ella, la jóven nubil que más se ha distinguido por su virtud, su bondad y su modestia, recibe públicamente una corona de rosas y es festejada por sus compañeras y por los habitantes todos de su aldea, y de las aldeas circunvecinas. La hermana del ilustre fundador fué la primera *rosiére*; ella recibió la corona de rosas en la primera de estas poéticas fiestas, que desgraciadamente van ya cayendo en desuso.

La rosa silvestre, emblema de la sencillez, ha tenido en Patterson un cantor entusiasta. Ciertamente esta flor no es hermosa, ni ostenta los variados colores del tulipán y del iris; pero en cambio, ¿á quién no encanta su modestia? ¿A quién no embriaga su delicado perfume? Además, ella es, después de las campanillas blancas, el mejor adorno de

nuestros verdes sotos de Vizcaya; ella crece espontáneamente en los terrenos más ingratos y al borde de las sendas más escabrosas. Por eso la compara el poeta con la caridad, virtud divina que resplandece en las más escabrosas sendas de la vida.

La amistad y el amor eternos tienen su emblema en el tojo. Entre el descolorido y marchito follaje de las plantas que le rodean, descuella este arbusto, al que la naturaleza no ha dado ni una sola hoja, cubriéndole en cambio de amarillas flores. El poeta dice que estas flores de oro son el tributo del tojo al año moribundo; y en efecto, en el nebuloso noviembre, en el helado diciembre, es cuando esta planta está en todo su esplendor. Entonces el caminante contempla sus humildes florecillas tal vez con mayor placer que el que experimentará más tarde al ver las orgullosas reinas del verano.

Vengamos al jazmín, linda y fragante flor, emblema de la amabilidad; vengamos al jazmín, cantado por Cowper y por tantos otros poetas, entre ellos el inglés W. Martín, quien lo celebra en estos ó parecidos términos:

«¡Dulce jazmín! ¡Jazmín fragante! Aunque la rosa se ostente á tu lado, aunque la madreselva crezca enroscándose en tus ramas, abrazándote como para alegrarte; aunque los tulipanes y los jacintos y un millar de florecillas brillen en derredor tuyo, á todas ellas te prefiero ¡oh amable, hermoso jazmín!»

Este precioso arbusto tiene su leyenda y no quiero dejar de referíroslo. Escuchad, pues, la leyenda del jazmín, que es al mismo tiempo una historia de amor.

Habiéndose secado hace dos siglos el único jazmín que había en Hampton Court, no quedó en toda Europa más que uno sólo, que estaba en Pisa y que pertenecía al Gran Duque de Toscana. Este, que lo apreciaba mucho, dictó estrictas órdenes para que á nadie se diera de tan hermosa y, á la sazón, rara planta; pero uno de los jardineros, á quien el amor había trastornado el juicio, olvidó el mandato del Duque al hacer el ramillete con que iba á obsequiar á su amada en el día de su cumpleaños, y puso en él una ramita de jaz-

mín. La joven, para mantenerla fresca, la plantó en el jardinillo de su casa, y la tierna rama arraigó en seguida, convirtiéndose pronto en un hermosísimo arbusto, la venta de cuyos renuevos proporcionó considerables ganancias á la joven, é hizo desaparecer el obstáculo de la pobreza, único que hasta entonces había impedido la realización de su matrimonio con el jardinero. De ahí viene la costumbre que en algunos países tienen las desposadas de adornarse el cabello, y hasta los vestidos, con las verdes hojas y los fragantes corimbos del jazmín.

Leigh, el cantor de la azucena, símbolo de la pureza, ha cantado también la soporífera amapola, hija de las márgenes del Leteo y emblema del sueño, del consuelo y del olvido: Jorge Horne ha celebrado el heliotropo, emblema de la devoción y la fidelidad; Montgomery la gencianilla, emblema del mérito hermanado con la modestia; Freneau la madreselva, que simboliza el amor y la modestia, y Carolina Simmons el jacinto, emblema de la sumisión. Esta última flor ha tenido otro cantor entusiasta en el más grande de los novelistas de todas las épocas y de todos los países, en uno de los más egregios poetas de Escocia, en Sir Walter Scott.

«Ella, por complacerme, se inclinó hasta tocar con sus flotantes bucles en el suelo, y mirando primero en torno suyo, cogió para mí un jacinto azul; para mí que, por mucho que esfuerzo la memoria, apenas encuentro, en mi vida toda, momento tan delicioso como aquél. Bien puede ser mi sencillo emblema esta florecilla de los cercados; ella bebe con delicia el rocío del cielo, y es tan feliz como la rosa del regio jardín.»

El trébol, cantado por Tomás Moore, simboliza la alegría, y es el emblema de la verde Erin, porque San Patricio, que predicó el Evangelio en aquella isla, tenía la costumbre de explicar el dogma de la Trinidad mostrando una ramita de esta planta, que casi continuamente llevaba en la mano. Esto recuerda los *clochers arguments* de que habla Cenac-Moncaut, y que tanto abundan en la provincia vasco-francesa de la Soule.

Los irlandeses tienen el trébol en gran veneración, y adornan los sombreros con hojas y flores de esta planta el día del Santo Apóstol de Irlanda. Además, es general entre ellos la creencia de que es felicísimo augurio encontrar un trébol de cuatro hojas, y cuando hallan alguno le guardan cuidadosamente, creyendo que mientras no le pierdan están al abrigo de todo peligro. Esta superstición existe también en otras muchas regiones de Europa.

Herrick y Clarke han cantado la primavera (*primula vulgaris*), emblema de la juventud y nuncio de la hermosa estación que lleva su nombre; Felicia Hemans ha celebrado al emblema de la pureza de corazón el nenúfar (*nymphaea alba*), que alza hacia el cielo azul su copa de alabastro, para recibir en ella la benéfica lluvia; Bowman Gram, Hurdis y Shelley, el inmortal, casi estoy por decir el incomparable Shelley, cantan el lirio de los valles, que simboliza la vuelta de la felicidad.

*The Naiad-like lily of the vale,
whom youth makes so fair, and passion so pale,
that the light of its tremulous bells is seen,
through their pavilions of tender green.*

La yedra es el emblema de la amistad, del matrimonio, de la constancia, de la felicidad. Abrazada fuertemente al tronco secular, parece decirle con el poeta:

«Aunque tu corazón se seque, yo continuaré estrechándote en mis brazos, y te defenderé de las tempestades, y cuanto más rujan los vientos, más fuertemente he de adherirme á tí, y más tiernamente he de abrazarte. Y no solamente te acompañaré en los brillantes días del verano, también en el oscuro y triste invierno te abrigaré con mis hojas siempre verdes.»

Otro emblema de la constancia es la hepática, de la cual dijo no sé qué poeta, que sus pétalos fueron pintados por el rocío con el azul robado al cielo.

¡Piensa en mí! dice la humilde trinitaria ó violeta tricolor: *¡si me olvidas, me muero!* clama el viburno cantado por James

Montgomery; y *¡ruega por mí!* dice el romero, que también simboliza el recuerdo, pero el recuerdo de los que nos esperan en el sepulcro. Pocas personas habrá que sepan el inglés y no hayan leído los hermosos versos que Kirke White dedicó á esta última planta, ó aquellas palabras que el cisne del Avón pone en labios de la infeliz Ofelia:

*There's rosemary: that's for remembrance;
pray, love, remember.*

La Maya de San Miguel, emblema de la alegría en la vejez, ha sido también muy celebrada por los poetas, á pesar de que carece de fragancia y de que es tan poca su hermosura.

«Eres una florecilla descolorida—dice un vate británico,— una flor que nada tiene de hermosa, y que llega cuando las hermosas han huído, como para aclarar el ceño del invierno que se aproxima. ¡Pobre planta! Ni tu forma ni tu color pueden ganarte el aprecio de la gente mundana, y además, no eres rica en rocío azucarado, ni fragante como las reinas del estío. Y sin embargo, tiene para mí un inefable encanto tu valiente florecilla que impávida sufre el cruel soplo de los vientos invernales. Es como uno que rara vez sonríe en los días hermosos y felices, pero que cuando llega la desgracia no escasea bondadosas miradas y palabras de consuelo.»

Estos versos me recuerdan los que Roberto Southey (el poeta ridiculizado por Pope en su *Vision of Judgement*) dedicó al acebo, símbolo de la previsión.

«Cuando los árboles del verano se muestran tan verdes y hermosos, menos brillantes parecen las inmarcesibles hojas del acebo; pero cuando llega el invierno y contemplamos los bosques desnudos de follaje ¿quién tan alegre como el acebo? Así yo quiero que mientras soy joven moteje el irreflexivo vulgo mi seriedad, y si me mezclo con los jóvenes y con los mundanos, más grave que ellos quiero aparecer, para que luego en la vejez pueda estar tan alegre como el acebo en el invierno.»

El musgo es el emblema del amor maternal. Este verde,

suave y sedoso criptógamo, sirve de mullida cuna á las nacientes violetas, abriga sus tiernos pedúnculos y defiende sus raíces de las inclemencias del tiempo. Los pajarillos buscan ansiosamente esta planta, para con ella revestir el interior de sus nidos.

El brezo simboliza la soledad. ¡Qué linda, qué seductora es esta florecilla de nuestros montes! Las orgullosas flores de los jardines no tienen para mí tanto encanto como esta humilde hija del yermo. Bien pudiera ella ser el emblema de nuestros nobles antepasados, que buscando la paz y la libertad plantaron sus tiendas en las montañas.

Mrs. Grant ha publicado una bellísima poesía dedicada á la flor del brezo; pero como su mucha extensión no me permite ponerla aquí íntegra, no quiero hacer de ella un descolorido extracto, y aunque pudiera entresacar algunos versos, son todos ellos tan extremadamente lindos, que la dificultad de la elección es insuperable.

Otros muchos poetas ingleses (1), escandinavos, alemanés, eslavos, franceses y españoles, me ofrecen inspiradísimos versos en loor de las flores; pero el temor de hacerme enfadoso á las lectoras con mi proligidad, me obliga á rehusar tan hermoso presente. Harto prolijo he sido ya, y bastantes gestos de disgusto habrá provocado este interminable y mal hilvanado florilegio.

Hora es, pues, ya de retirarme. El telón va á caer y á privarme de la vista de tantas y tan angelicales criaturas. Por eso me apresuro á saludaros humildemente á la manera de los acróbatas y saltimbanquis, inclinándome y llevando la mano á los labios, aunque sin acompañar mi saludo con aquella sonrisa boba estereotipada en el rostro de los artistas de feria y de plazuela.

Pero si este primaveral artículo os ha proporcionado algún solaz, si después de leerlo no habéis renegado de mí y de la hora en que por mal de mis pecados empecé á escribir para

(1) Veáanse principalmente las bellísimas composiciones *The Garden*, de Pope, imitación de Cowley, y *An italian garden*, de Leigh Hunt.

el público, yo os prometo volver á solicitar vuestra atención con otros artículos que de seguro serán..... tan malos como el que acabáis de leer ó peores si cabe. Ensalzando la verdad, hablándoos de lo bueno, de lo grande, de lo bello, trataré de conmover vuestros tiernos corazones y de daros fuerzas para llenar cumplidamente vuestra hermosa misión de amor, de abnegación y de sacrificio.

VICENTE DE ARANA.

Bilbao, abril de 1880.





UNA NUEVA RECEPCIÓN

ACADÉMICA.



UNQUE parezca extraño á mis amigos y á los que más de cerca me conocen, debo expresar, no obstante, aquí, que tengo yo también un poco de vanidad en no despreciar ligeramente las cosas de mi tierra, cuando estas se consideran buenas, y por propios y extraños, nacionales y extranjeros, merecen alabanza y encomio. Así que suelo decir tal que otra vez y como para mi capote: «Cuando un extranjero, sobre todo, celebra á un español, ¿qué no valdrá mi compatriota?»

Aunque con no pequeño atraso recibió días pasados un muy amigo mío por el correo, la *The Academy*, de Londres, correspondiente al 10 de febrero último; y en ella se celebraba hasta las nubes al joven y reputado literato Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Recibió asimismo en otro día un cuaderno de la *Real enciclopedia de antigüedades cristianas*, que se publica en Friburgo, y allí constaba el nombre del Sr. Fernández-Guerra (D. Aureliano), al cual le prodigaban sin reserva las más envidiables calificaciones.

En esto anunciaron los periódicos de la corte que el domingo 13 del actual tomaría solemne posesión de plaza numeraria en la Academia de la Historia el referido señor

D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y que la contestación en nombre de aquel ilustre cuerpo estaba á cargo de su anticuario distinguido, el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe. Esta sencilla nueva, recibida por mí en la ocasión precisamente de concluir de conocer el juicio de tan aventajados hombres, hecho fuera de España, me movió más y más á desear oír con vivas ansias aquellos académicos, y ver por propios ojos míos el verdadero ó erróneo fundamento de que sean dichos señores literatos tan estimados allende de los confines españoles.

Yo no soy pesimista; yo no creeré jamás que porque haya media docena de personas ó displicentes ú ofuscadas, la masa del país, la opinión pública, mire con glacial indiferencia ó envidioso despego á nuestros compatriotas, que favorecidos por dones de lo alto, aguzan sus talentos superiores, y laboriosos, cual la incansable abeja, liban de acá y de allá ricos tesoros, para verter la miel de sus vigilijs en sabrosos escritos que les dan brillo y nombre fuera de nuestra patria idolatrada.

Así que, en cuanto puse el pie en el hermoso edificio académico real de la calle del León, me convencí de no estar engañado en mi opinión acerca de la nobleza y sencillez de nuestro pueblo.

Las papeletas de convite citaban para las dos de la tarde. Llegué á las dos en punto, y ya el grandioso edificio estaba de bote en bote. Cuantas personas notables hay en Madrid, aparecían á mi vista, unas en pos de otras: damas hermosísimas de la grandeza y de las clases elevada y media, haciendo gala de todos sus encantadores atractivos; dramáticos insignes; esclarecidos poetas; periodistas ilustres de todos matices; pintores y escultores de gran valía; profesores y catedráticos de fama; sacerdotes respetabilísimos y sabios; exministros; generales del ejército; duques, marqueses, condes y aun artesanos muy apreciados por su mérito y circunstancias. A las dos y media se habían reunido allí cerca de novecientas almas. Para mí era evidente que tan selecta concurrencia no era producto de la ociosidad ni tampoco de no saber en qué gastar el tiempo, con tanta más razón, cuanto que en el pala-

cio de nuestros Reyes había gran recepción, y era este día, domingo, el primero de hermosa primavera, que repentinamente amaneció después de un invierno interminable. Cuantos curiosos acudieron al Nuevo Rezado, iban estimulados por el deseo de oír á dos de nuestras más legítimas glorias en las letras y darles un público y elocuente testimonio de la estimación que hacen de ellas.

Los dos salones, que se juntan en ángulo rectángulo, se hallaban imponentes; guardábase un silencio religioso; las señoras habían invadido el estrado, y cuando los académicos llegaron no había ya donde sentarse, y fué preciso improvisar asientos á las damas en el salón que estaba y está de continuo reservado á los académicos de casa.

Ya he dicho que yo iba ajeno de toda prevención favorable ó adversa, en pro ó en contra de los dos oradores, y que lo que me movía era una gran curiosidad y un espíritu de justicia inflexible. Con estos antecedentes, diré que el público me llevó consigo en no distraerme un punto en saborear tantas bellezas de pensamiento y de palabra como se derramaron allí, y en no interrumpir con estrepitosas muestras de aprobación aquellos períodos llenos de exquisitas noticias y provechosa enseñanza. El público aprobaba oportuna y cordialmente, y las palmadas vinieron á su tiempo, como nacidas de un unánime sentimiento de complacencia. Al concluir el acto, el ahijado y el padrino fueron objeto de entusiastas y generales felicitaciones, sin cortapisas ni reservas, y sin que estuviese en manos de las señoras textificar su aprobación honrosa á nuestros dos afamados españoles.

El discurso de Menéndez y Pelayo tuvo por base elogiar á su antecesor D. José Moreno Nieto, retratándole de cuerpo entero y presentándole como si estuviera vivo. Esta clase de retratos, que son el alma de los discursos de ingreso en la Academia francesa, aparecen allí siempre descoloridos y monótonos, como resultado de una obligación reglamentaria que se desempeña á la fuerza y sin entusiasmo ni esmero alguno. Menéndez y Pelayo hizo, pues, el retrato de su antecesor, por elección propia y con amor de crítico honrado. Por eso esta parte del discurso no tiene comparación con los dis-

cursos académicos franceses. Pero el asunto principal de este lindísimo modelo literario, fué considerar la historia como arte bella y digna de ocupar muy aventajado puesto entre las artes.

Para desempeñar esta tesis con el tino apetecido, se necesitaba un estudio profundísimo en estética, y un conocimiento más profundo todavía de los principales historiadores del mundo. La colosal memoria, el feliz entendimiento y la actividad incomparable de Menéndez y Pelayo, tenían acopiado este raudal de conocimientos provechosos. El académico hizo, por consiguiente, lo que la cámara oscura hace á su vez, cuando sobre una cuartilla de papel reproduce un extensísimo y ameno campo lleno de montañas y selvas, de bosques y de prados, de humeantes caseríos, de saltadores arroyos, de arruinados edificios y de gentes, en fin, que van y vienen por las encrucijadas y caminos.

Imposible parece que en el reducido espacio de sólo treinta páginas, pudiera contenerse tanta y tan sólida crítica, tantas y tan bien fundadas reglas, noticia tan clara, circunstanciada y seguida de los principales escritores griegos, latinos y de la Edad Media y moderna en toda Europa, examinando el sistema de escribir en cada uno, los puntos en que convienen, aquéllos en que difieren y qué debe exigirse á la historia, y qué es de esperar que llegue á ser cuando una á la exactitud de la narración, á la rectitud y sinceridad del juicio, á la riqueza de los datos y al fiel retrato de los personajes históricos, las galas de la poesía y de la novela, que no son propias ni del poeta ni del novelista, sino de la misma Naturaleza.

De igual suerte que el pintor que copia ó compone un cuadro á *pres nature* ó teniendo presentes las figuras, los utensilios y los campos, aun cuando sea un mediano artista lleva una gran ventaja al que pinta nada más que de imaginación y por recuerdos; de igual manera el historiador que escribe á vista y presencia de las personas y los sucesos mismos, aventaja á cuantos narran de oídas, ó de otro modo lo hacen por documentos secos y pergeñados de mal modo. Tiene, pues, el historiador que hacer una de estas dos cosas: ó que

buscar documentos contemporáneos llenos de pasión propia y de juicios individuales bien fundados, ó que prestar vida á lo que fué á consecuencia de un estudio intensísimo de lo que es y se repite á cada hora sobre la haz del mundo.

El discurso de Menéndez y Pelayo es un tratado de estética histórica, y ciertamente á fe que el más cabal, el más ideal, y hasta el más bello que puede imaginarse.

Permítasenos copiar algunos trechos, que justifiquen el entusiasmo que me comunicó el público, y que no debe tratar de ocultar quien, como yo, no se dolió jamás del merecido aplauso ajeno.

Véase cómo describe el lazo que une al historiador y al poeta:

«Pero aunque este poder de interpretación enfrente de la naturaleza humana y de sus obras sea verdadera facultad estética, y de ella participen en grado casi igual los maestros de la poesía y de la historia, hay un punto en que la diferencia se marca y aparece profundísima. No consiste, no, esta diferencia en que el poeta sea dueño de la materia que elabora, y el historiador no, puesto que, en rigor de verdad, ni uno ni otro lo son, trabajando ambos, como trabajan, sobre el fondo esencial y permanente de la naturaleza humana, que ni uno ni otro podrán modificar, so pena de producir obras mentirosas y heridas de muerte desde la cuna. No: el poeta no inventa ni el historiador tampoco; lo que hacen uno y otro es componer é interpretar los elementos dispersos de la realidad. En el modo de interpretación es en lo que difieren.»

Obsérvese de qué manera penetra en la filosofía de ciertos hechos históricos:

«Gloria será siempre del gran Schiller haber descubierto aquella ley de eterna armonía estética, clave del drama histórico, tal como él le ejecutó siempre, es decir, como el punto de intersección entre el drama de la pasión individual y el drama de la plaza pública. Así se explican esas misteriosas figuras de mujeres y de niños, colocadas por la tradición como hitos terminales al principio de toda gran evolución histórica; como si el drama del hogar fuese inseparable del

que se desata por la voz de los tribunos ó por el puñal de los conspiradores. Así, en la fantasía popular que abrillanta los orígenes de las repúblicas, la sangre de Lucrecia y de Virginia es riego lustral y expiatorio para la libertad romana, y la flecha del arquero Tell rubrica la carta de las franquicias helvéticas.

Dígase, pues, que de los pechos de la realidad se nutre la poesía, como se nutre la historia, y que entrambas conspiran amigablemente á darnos bajo la verdad real (porque también es real lo verosímil) la verdad ideal, que va deletreando el espíritu en confusos y medio borrados caracteres. Así la poesía, unas veces precede y anuncia á la historia, como en las sociedades primitivas, y es la única historia de entonces, creída y aceptada por todos, fundamento á la larga de las narraciones en prosa, donde entran casi intactos los *hórridos* metros épicos, á guisa de documentos; y otras veces, por el contrario, la materia que fué primero épica y luego histórica, *cantar de gesta* al principio, y crónica después, ó la que teniendo absoluta fidelidad histórica, nunca fué cantada, sino relatada en graves anales, pasa al teatro, y por obra de Shakespeare ó de Lope, vuelve á manos del pueblo, transfigurada en materia poética y en única historia de muchos. Y vienen, finalmente, siglos de reflexión y de análisis en que los poetas cultos sienten la necesidad de refrescar su inspiración en la fuente de lo real, y acuden á la historia con espíritu desinteresado y arqueológico, naciendo entonces el drama histórico de Schíller y la novela histórica de Wálter Scott, que influyen á su vez en los progresos del arte histórica, y en cierto sentido la renuevan.»

El nuevo académico de la Historia tiene la costumbre de llamar bueno á lo bueno, y malo á lo malo. Se entusiasma con las ideas bellas y exactas, llámense quienes las propalen Aristóteles ó Hegel, y desdeña los errores, aun cuando vengan de Tito Livio; así es, que las personas de buena voluntad, tienen que reconocer en este joven maravilloso, un espíritu grande de rectitud é independendencia.

Cuanto observa acerca de la filosofía de la historia, tiene gran novedad; y cuanto dice acerca de la historia de la his-

toria, es digno del mayor aplauso. No puedo contener mi deseo de copiar el cuadro de la decadencia histórica del siglo anterior, y cómo vinieron á darle nueva vida hombres del más generoso temple. Así pinta aquella reacción favorable que sobrevino:

«La tesis y el epigrama enterraron á la historia, y venida la reacción, comenzó á sentirse la sed de algo original, característico y rudo, que nos trajera olor de flores agrestes y ruido de selvas primitivas. Y como la historia escrita al modo de Gibbon ó de Voltaire hablaba al ingenio, pero no á los ojos, y la historia escrita al modo antiguo no abarca mayor espacio que el que va desde la Acrópolis hasta el Pireo, ó el que se dilata desde el arco de Septimio hasta el anfiteatro Flavio, fué menester que una mitad entera de la historia humana saliese de entre escombros y cenizas, evocada por los conjuros del arte. Sacudieron su manto de polvo las abadías y las torres feudales; tornó á arder un monte de leña en la cocina del señor sajón, mal avenido con la servidumbre de su raza; volvió á correr la tierra el maniferro Goetz de Berlichingen, terror del Obispo de Bamberg y esperanza de los aldeanos insurrectos; coronóse de lanzas y de alborotada muchedumbre de croatas, arcabuceros y frailes el campamento de Wallestein; repitieron las gaitas de los *highlanders* escoceses la marcha de combate; resonó en los lagos de Suiza el juramento de los compañeros de Stauffacher; cayó el Innominado á los pies del Cardenal Federico, y se alzó en el lazareto de Milán la bendita figura de Fra-Cristóforo. Se dirá que fueron arte híbrido, arte de transición, el drama y la novela históricos; pero ¡dichoso el arte que tal sangre vino á infundir en el cuerpo anémico de la historia!

Entonces nació la escuela pintoresca, la de los Barante, la de los Thierry, que confiesa su abolengo en *Quentin Dward* y hasta en el carro de Meroveo. Creció la avidez del pormenor característico, el amor de lo infinitamente pequeño, la indumentaria ahogando al prócer ó al villano entre armaduras, jaeces y muebles, y llegó día en que las historias de la Edad Media parecieron iluminadas de libros de coro ó tablas bizantinas.

Otros buscaron luz por distinto camino, y vióse en Inglaterra renacer, por impulsos del más grande de los historiadores modernos, la forma oratoria, tan espléndida como en los mejores días de la antigüedad, y tan rica de pasión y de ardorosa elocuencia como en el yerno de Agrícola: historia parcialísima lo mismo que sus modelos historia de facción y de bandería; pero tan sincera, tan honrada y tan sabiamente parcial, que borra con lo que tiene de poema lo mucho que tiene de alegato. Obra varia y tan opulenta como la misma naturaleza; poema de la libertad civil, de la industria y de la prosa; viril esfuerzo de un alma romana para ennoblecir con majestad patricia el trabajo moderno y llevar de frente todas sus actividades, como si fuesen órganos de un mismo cuerpo, y no aislados mecanismos, cual los consideraba la filosofía del siglo XVIII. Al fin, en esa historia, que no es filosófica, ni religiosa, ni literaria, ni comercial, sino todo esto y mucho más, y no por fracciones atomísticas, sino todo á un tiempo y con la misma libertad y movimiento de la vida, el animal humano respiró entero.

Siempre es bueno, cuando se anhela por lo perfecto, detenerse en las cumbres, y por eso quien traza hoy la imagen del arte histórico debe detenerse en lord Macaulay. Pero es condición del entendimiento humano no ver agotada nunca la virtualidad de concebir que en sí lleva, é imaginar siempre sobre la perfección ya creada otra perfección más alta. Y así como Marco Tulio fantaseaba la idea del orador perfecto, cual nunca fué visto entre los humanos; y «así como el artífice ateniense, cuando labraba la estatua de Jove ó de Minerva, no contemplaba ningún modelo vivo, sino el admirable dechado de perfección que habitaba en su mente y que regía su arte y su mano,» así nos es lícito soñar para muy remotas edades con el advenimiento de un historiador aún más grande que Tácito y que Macaulay, el cual haga la historia por la historia, con alta impersonalidad, y sin más pasión que la de la verdad y la hermosura, y reteja y desenrolle la inmensa tela de la vida.»

El ilustre académico concluyó su oración saludando el nuevo é inmediato renacimiento de la historia y al entendi-

miento colosal que lo sepa llevar á cabo en su grandioso conjunto.

Produjo en el público gratisima impresión la variedad de tonos del discurso del siempre elegante en sus escritos, señor Fernández-Guerra, que ostentaba en sus sienes la triple aureola de académico insigne de la Española y de la Historia, y senador del Reino. La hábil contestura de su académica oración y el brillante y modulado matiz con que la ornó al leerla, llenaron por completo los deseos más exigentes de cuantos allí nos encontrábamos.

Metafísica y eruditísima la del Sr. Menéndez y Pelayo, y escrita con una claridad maravillosa, atraía y absorbía sin excepción toda la atención de aquel concurso, empeñado en seguirle paso á paso en sus elucubraciones de erudito, de crítico y de sabio. Haber contestado á este discurso con otro también sabio y de igual crítica y erudición, habría fatigado al auditorio y hubiera deslucido ciertamente un acto de tan subido interés. Hacía no más que una semana que en la real Academia Española censuró con gran éxito el Sr. Alarcón á los que, al contestar á un académico, se proponen eclipsarlo con otro discurso en que se agranda ó se repite la materia del precedente. Y aun cuando no siempre se puede ni se debe condenar el sistema de tratar un mismo asunto por el académico entrante y el que lleva la voz de la corporación, dividida entre ambos la materia y completada así por dos ingenios ambiciosos noblemente de lucirse; nos parece, no obstante, muy bien lo ejecutado por el Sr. Fernández-Guerra en la recepción que nos ocupa.

Al discurso lleno de doctrina científica contestó con uno lleno de sentimiento, de novedad y de estimación hacia el hombre que vale. La figura del Sr. Menéndez y Pelayo es demasiado grande para no fijar en ella la atención, cuando entra á ser uno de los mayores ornamentos y apoyos literarios de la Academia de la Historia.

El antiguo académico juzga al investigador afortunado, al sagaz crítico, al lozano é inspiradísimo poeta y al historiador profundo y grave. Se complace en que Menéndez y Pelayo muestre en todas sus obras un afán nobilísimo de enaltecer

las glorias de España, «al revés de los malos españoles que »ciega y desapoderadamente, por necia y ridícula comezón de »lisonjear á los extranjeros, se gozan en pisotearlas.»

La pintura que hace del poeta está llena de animación y es por extremo justa y desapasionada. Pero donde se ha detenido largamente es en examinar la historia de los *Heterodoxos españoles*. Como que este libro es el que ha abierto al Sr. Menéndez y Pelayo las puertas de la Academia.

El Sr. Fernández-Guerra examina primero la importancia inmensa del asunto y el acierto de distribuir la materia; y luego la propiedad del estilo, lo sabroso y correcto de la dicción y lo pintoresco y animado de la frase. Pondera la independencia y sencillez de ánimo en el historiador, su diligencia en conocer á fondo cuanto se ha escrito sobre los heterodoxos, discerniendo con el mayor tino lo bien ó mal fundado, y sobre todo el afán incansable de enterarse por sí mismo, de las memorias coetáneas y de cuanto sirve para formar juicio propio y no preconcebido. Esto le dió pie al diestro académico para recordar donosamente, con regocijo general del auditorio, cómo se llenó de asombro viendo á su apadrinado estudiar cuando era niño en el archivo de la Academia de la Historia, y retratarle de tan exacto modo que se le está viendo accionar y removerse.

Así pinta este cuadro curiosísimo el erudito literato:

«Yo ví al nuevo académico estudiar y extractar en nuestro precioso archivo los infinitos legajos del voluminoso y abrumador proceso, fulminado contra el Arzobispo toledano D. Bartolomé de Carranza, que fué uno de los Padres en el Concilio de Trento. Y ¡cosa digna de consideración! parecía como azogado aquel mancebito, aquel historiador imberbe, no pudiéndose estar quieto un instante en la silla, meciendo los pies, volviendo á cada paso la cabeza para ver quién entraba ó salía, y conversando con unos y otros; pero á todo ello, sin detener y sin interrumpir un momento el vuelo á su mano y á su pluma. En otro siglo se hubiera dicho y creído que aquel chicuelo tenía pacto con el diablo. Hoy nadie lo podrá suponer ni decir de quien no se detuvo en persignarse públicamente en el general de la Universidad de Madrid ante

numerosísimo concurso, al leer de oposición á la cátedra del Doctorado, la cual obtuvo á los veintidos años de edad. Ni rematada malevolencia conseguiría deslucir al joven sinceramente religioso, que en notoria y muy solemne ocasión, cuando la incredulidad é impiedad querían inutilizarle con moros y paladines, y cerrarle para lo porvenir el paso en la carrera, abroquelándose con alguna opinión emitida en materia libre por escritores venerandos; y con ello le motejaban de oscurantista, fanático y neocatólico, se apresuró á confesar paladinamente: «Soy católico; no nuevo ni viejo, sino católico á machamartillo, como mis padres y abuelos y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna á la impiedad ni á la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso; pero muy ajeno, á la vez, de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de este ó del otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia.»

Juzgada la obra de los *Heterodoxos españoles* dentro y fuera de España, fuera, por escritores protestantes de la talla de Bohmer y Tollín, y dentro, por críticos tan autorizados como los Sres. Cañete, Toca, Pidal, Fr. Tirso López, etc., era difícil hacer un juicio nuevo, en pocas palabras, y suficiente á dar cabal idea de los tres gruesos volúmenes de que consta la historia. El genio condensador y perspicuo del señor Fernández-Guerra ha sabido llevar esta empresa á cabo, con el acierto que en él reconocen todos los hombres de buena voluntad.

Se había dicho en algunos círculos y tertulias que la *Historia de los Heterodoxos* había abierto una brecha terrible en el crédito de España, y destruído la opinión que nuestra patria tenía de ser, por excelencia, el pueblo más católico de Europa, supuesto que en este libro se mostraba que en todos los siglos, desde la fundación del cristianismo hasta hoy, había habido en España una lucha tenaz entre diversas creencias religiosas. Esta afirmación que corría de boca en boca entre muchas personas, llegando á tomar cierto cuerpo,

llenó de indignación al respetable académico encargado de la contestación, el cual no se detuvo en contestar el cargo de tan elocuente y brillante manera como sigue:

«El sazonado fruto de esta, aunque árida y penosa, magistral investigación, lejos de haber deslucido y menoscabado los timbres de que España se glorió siempre y con seguro fundamento, ha evidenciado que tan lamentables errores, trasplantados siempre á nuestro suelo cubriéndole de espinas y maleza, nunca formaron parte esencial de la nación, sino que fueron como las sombras que realzaron su luz propia, como un atentado contra nuestra nacionalidad y como la absoluta negación de ella, de nuestra raza, de nuestro carácter y de nuestra independencia y prósperos destinos. Más todavía: el fruto ópimo de tan sólido y provechoso estudio cual el del Sr. Menéndez y Pelayo, ha sido evidenciar en el crisol de la experiencia de dilatados siglos, que entre nosotros el error se abrazó únicamente á los hinchados y estériles vanidosos; á los ambiciosos y díscolos, y con solas dos excepciones únicas, á entendimientos baladíes, á quien negó naturaleza plumas y ojos de águila para volar más allá de las nubes y clavar la vista en la luz del sol; á la manada, en fin, perversísima y desastrosa de hombres, que trata, y se sale con la suya, de no diferenciarse de los brutos asidos á la tierra, esclavos míseros de su vientre. Salvas las dos excepciones que dije y que por excepciones hacen más firme la regla general, no deben nada á los heterodoxos españoles ni las ciencias, ni las letras, ni las artes: á los varones llenos de Dios se lo deben todo.

En vano la envidia y locura públicas despedazarán un día y otro, sin descanso ni tregua, cuanto admirable eternizó el arte cristiano, y pugnarán por sumir en desprecio y olvido los profundos y religiosos libros de sapientísimos varones. También la tiranía de los Césares dió al fuego los monumentos y escritos que hicieron grande, libre y prepotente á Roma; pero ya Tácito nos dijo haber los tiranos conseguido que en la hoguera se consumiese todo aquello honrosísimo y venerando, mas no que pereciese la libertad. Después feroz é hipócrita barbarie nuestras, no hace medio

siglo, innumerables y riquísimas bibliotecas; lleve á tierra extraña los tesoros que fueron acopiando por espacio de doce siglos, ó échelos á papel viejo, ó redúzcalos á cenizas. No perdone tampoco los templos, alcázares y palacios que trazó la portentosa inventiva y la ciencia profundísima de Cebrián y Juan de Badajoz; de Bernardo y Mateo, gratísimos á Compostela; de Pedro Pérez, admirable en Toledo, y Juan de Colonia, en Burgos; de Juan Gil de Montañón, Diego de Riaño, Covarrubias y Diego de Siloe. Ni se salven las soberbias esculturas de Felipe de Borgoña, Berruguete y Montañés, ni las tablas y lienzos de aquellos cristianos artífices á cuya inspiración se rasgaron los cielos, mostrándoles el pié-lago inmenso é inefable de beatífica luz y vida que en sí guardan y encierran. No ceje un punto en su obra de maldecir lo que fué, de acabar con todo lo que sirve para engrandecer al pueblo y dotarle de exquisito y delicado gusto. Pero sepa el espíritu de las tinieblas que será impotente para borrar la memoria laudabilísima de los artífices y escritores inmortales, de los héroes verdaderos, de los varones inmaculados y benditos. ¿Quién ha llegado á ver una sola pintura, un rasguño solo del griego Apeles? Mas ¿quién no le admira y aplaude todavía, como si todas juntas se ofreciesen á nuestros ojos? El error, la ceguedad, la pérfida é interesable seducción de arteros é incansables enemigos, jamás tendrán fuerzas bastantes para extinguir la justa fama de nuestras pasadas y legítimas glorias, para acobardar y envilecer nuestro corazón en adversidades terribles, para amenguar nuestro patriotismo y constancia en el día de la prueba, en el mayor infortunio, para aherrojar la libertad ingénita y prostituir y apagar eternamente el ingenio español.

Esta lección y esta consoladora verdad nos ofrece la *Historia de los Heterodoxos españoles.*»

Algún periódico no se ha detenido en calificar de «pálido, sin fondo, y desaliñado é incorrecto en la forma» el discurso de quien, precisamente, por extraños y propios, émulos y amigos, está calificado hace ya mucho tiempo como continuador de nuestros clásicos, en cuanto pone mano, y es denominado á boca llena, hasta por literatos peritísimos, por pa-

dre y maestro en manejar la lengua castellana, y en mantener el lustre y esplendor del habla de Cervantes. Sólo lo que acabamos de insertar, el trozo que antecede de su trabajo depurado y castizo, bastaría á contestar y deshacer, si fuera necesario, tan infundada acusación como la que malévolamente ó ligeramente le dirige la *gacetilla* á que aludimos; y es lástima, y nos causa hondo pesar que el sacerdocio de la prensa, cada día más extenso y necesario, no mire de otro modo que así, á poner á salvo su decoro común, y llegue alguna vez hasta dar al olvido puerilmente el alto ministerio y la trascendental misión que le incumbe ejercitar continuamente en las modernas sociedades.

El discurso de contestación se ciñe, pues, á encarecer las raras dotes del académico elegido, y á demostrar palmariamente que le realzan y avaloran las mayores de todas cuantas deben enaltecer á un historiador: las de ser fiel y leal, verídico é ingenuo, honrado y probo. El Sr. Fernández-Guerra no ha desperdiciado esta oportunidad para dar una lección provechosísima al vulgo de los escritores, demostrándoles tácitamente que los falsificadores y embusteros, y los ingratos y desvergonzados plagiarios, ahora se llamen Pellicer y Ossau, ó lleven otros oscuros nombres, son y deben ser constantemente objeto del menosprecio general.

Menéndez y Pelayo, que atravesando el lodazal de los errores ajenos, sale de él, como la luz del sol, incólume y sin mancha, jamás falta á la verdad en sus escritos á sabiendas, jamás la ajusta á miras egoistas de esta ó de la otra escuela, ni jamás la hace servir á fines poco nobles ni cálculos mezquinos. Aprecia los hechos según su firme y sano criterio religioso, político y moral; juzga con imparcialidad severa; no niega ni la inteligencia, ni la ciencia, ni la probidad á los heterodoxos que las tuvieron, y por eso consigue que lo respeten los protestantes mismos y no le escatimen las alabanzas merecidas.

El académico apadrinador demostró que todas estas cualidades excelentes que realzan á su ahijado son comunes y propias del historiador cristiano. Con este motivo, y recordando que hay críticos obcecados que aventuran achacar á los

católicos de faltos de libertad para juzgar desapasionadamente, prorrumpen en vehementes observaciones, patentizando que siendo obligación del católico decir bueno á lo bueno y malo á lo malo, para no incurrir en el anatema de Isaías, nada le puede contener en ir derecho á la verdad, sin que en el camino se lo estorben dificultades ni embarazos, y exclama:

«¡Andar cohibidos y á ciegas los que oyen á Cristo: venid á mí, yo soy el camino, la verdad y la vida!»

Objeto de peculiar alabanza son para Fernández-Guerra en Menéndez Pelayo, el que éste jamás plagie ni robe el trabajo literario ajeno, con superchería punible y grosera desvergüenza; que no adule á extranjeros ni á enemigos de poco fuste, y no trafique nunca con el elogio ó la censura. Gusta de la fama—dice;—pero no de usurparla, sino de merecerla. Y reconoce en él la rara virtud de no envidiar, de alentar al aplicado, de dar á cada cual lo que es suyo y huir de asemejarse á Goëthe, que únicamente para las risibles medianías firmaba patentes de mérito.

En este punto, dirigiéndose con entusiasmo al público y con paternal amor al académico elegido, concluyó con estas palabras su discurso, teniendo al auditorio pendiente de sus labios, é indentificado con él en la nobleza de los sentimientos:

«Así Menéndez y Pelayo pudo arrancar niño el aplauso y la admiración de sus contemporáneos y de la Europa sabia; y á los veintidos años ganar en abierta lid la cátedra de Historia crítica de la Literatura Española, propia del doctorado en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central; y á los veinticuatro ser llamado á ocupar un sillón en la Real Academia Española; y otro á los veintiseis, aquí en el Senado clarísimo de la Historia patria. Cuando en cualquiera de esos tres palenques augustos del saber se halle precisado á decir: «Yo descubrí tal cosa, yo tuve la dicha de esclarecer el primero este punto ignorado, oscuro ó difícil,» nadie le podrá echar en cara: «Tú lo plagiaste, tú lo robaste, y aún todavía no lo has restituído.»

¡Oh, quiera el cielo que la bien ganada alabanza no le maree, ni las honras le induzcan á tenerse por suficiente y

á descuidar el estudio solícito, ni la vanidad y soberbia le hinchen, ni le desdore y envilezca la ingratitude! Mucho le ha dado el sumo Dispensador de altos bienes, y mucho le ha de exigir. Los talentos que recibió tiene que restituirlos doblados. Y doblados los volverá. Para ello hay prestada una fianza segura. Harto sabe, por la divina misericordia, este generoso mancebo que el título de catedrático del doctorado, el título de dos veces académico, el de grandísono poeta, el de crítico, el de historiador, el de sabio, ninguno de ellos ni todos juntos valen cuanto vale el título de hombre de bien. ¡Que pueda siempre, sin estremecerse ni avergonzarse, levantar al cielo piadosa la mirada! ¡Que en el supremo día se le pueda llamar, como al gran Miguel de Cervantes Saavedra, «insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos;» y cual él pueda mostrar descubierto aquel rostro á quien no afeó mancha ninguna, á quien hermosteó el valor, el saber, la modestia y la caridad cristiana: todo ello

prenda cierta
de que pudo, á la partida,
desde esta á la eterna vida
ir la cara descubierta.»

Entretenerse en poner los puntos á las *ies*, en buscar lunares, erratas y descuidos; dar tormento á las frases y á las ideas para que digan otra cosa de lo que verdaderamente dicen, es impropio de una crítica noble y levantada. Horacio se jactaba de no tener valor para censurar ni para fijarse un instante en las imperfecciones insignificantes y aun de alguna monta, en trabajos donde resplandecieran aciertos y bellezas.—Quédese, sí, para el rastrero escarabajo que marcha por el suelo entre productos nada limpios, mostrarse disgustado al percibir en su camino, gallarda sobre el tallo, la fragancia y belleza de la rosa; déjese para las alimañas y aves de la noche el no poder sufrir con sus pupilas la luz del medio día en despejada atmósfera, ni remontar su vuelo como el águila más allá de las nubes á la infeliz corneja; que acción de locos rematados, como decía Cervantes, es despreciar

la mujer propia, limpia, hermosa y recatada, y enamorarse tontamente de alguna meretriz ó mujercilla de plazuela.— Que si no huímos de lo injusto, ridículo y absurdo, caeremos sin remedio en aquel anatema, antes nombrado: «¡Ay del que á lo malo llama bueno y bueno á lo malo!»

MANUEL GARCÍA DE OTAZO Y SIVILA.

Madrid y mayo de 1883.





LAVRETZKY

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1)

XXXIX.

DURANTE este tiempo, en el piso bajo, en el salón, seguían jugando; María ganaba, y estaba de buen humor. Entró un criado y anunció á Pauchine. María dejó caer las cartas y se agitó en el sillón. Bárbara Pavlowna la miró con aire burlón; después dirigió la vista á la puerta.

Apareció Pauchine con un frac negro abrochado hasta la barba y un gran cuello derecho á la inglesa.

—Me ha costado mucho; pero como veis, he venido.

Esto expresaba su rostro, recién afeitado, y sin la sombra de una sonrisa.

—¿Qué ós sucede, Vladimiro?—exclamó María.—Hasta ahora entrabais sin haceros anunciar.

Pauchine no respondió más que por una mirada; la saludó

(1) Véase la pág. 465 del tomo XLV.

respetuosamente, pero no la besó la mano. Fué presentado á Bárbara Pavlowna, dió un paso atrás, saludó por última vez con la misma amabilidad, pero con cierta gracia y con mayor respeto, y fué á sentarse al lado de la mesa de juego.

Pronto terminó la partida, y Pauchine preguntó por Lisaveta; supo que estaba indispuesta; manifestó su sentimiento, y después empezó á hablar con la señora de Lavretzky, pesando las palabras diplomáticamente y acentuándolas, y escuchando con deferencia las respuestas hasta lo último.

Pero la gravedad de su tono oficial no hacía efecto en Bárbara. Le miraba frente á frente con atención y alegría, hablaba con desenfado, mientras que una risa contenida parecía dilatar su delicada nariz.

María comenzó por encomiar hasta las nubes las habilidades de la joven, y Pauchine, inclinando amablemente la cabeza cuanto se lo permitía su almidonado cuello, dijo que ya por adelantado estaba convencido de ello, y entabló una conversación en la cual llegó casi hasta á hablar de Mr. de Metternich.

Bárbara Pavlowna, cerrando casi por completo sus ojos de terciopelo, dijo en voz baja:

—Pero vos también sois artista.

Después añadió aún en voz más baja:

—Venid.

Y le indicó el piano con un movimiento de cabeza.

Esta sola palabra, salida de sus labios, «¡Venid!» cambió en un momento y como por magia toda la manera de ser de Pauchine.

Desapareció su aire pensativo, sonrió, y animándose, se desabrochó el frac.

—¡Yo un artista! ¡Ay de mí! Pero según dicen, vos sí que sois una verdadera artista.

Y siguió á Bárbara al piano.

—Hacedle que cante la romanza á la luna—exclamó María.

—¿Cantáis?—preguntó Bárbara Pavlowna lanzando sobre él una mirada luminosa y rápida.—Sentaos.

Pauchine quiso defenderse.

—Sentaos—repitió ella dando un golpecito en el respaldo de la silla.

Se sentó, y después de toser y separarse el cuello, cantó su romanza.

—¡Encantador! Cantáis muy bien; tenéis muy buen estilo. Volved á principiar.

Dió toda la vuelta al piano y se colocó justamente enfrente de Pauchine. Repitió éste la romanza imprimiendo á su voz una vibración declamatoria. Bárbara Pavlowna, apoyando el codo sobre el piano y teniendo sus blancas manos á la altura de los labios, le miró fijamente hasta que cesó de cantar.

—¡Preciosa, lindísima idea!—dijo, con la tranquilidad del que lo entiende mucho.—Decidme, ¿habéis escrito algo para vos de *mezzo-soprano*?

—No escribo casi nada—respondió Pauchine;—lo hago en momentos perdidos y de paso... Pero ¿y vos, cantáis?

—Sí, canto.

—¡Ay! Cantad alguna cosa—exclamó María.

Echó la cabeza para atrás y retiró con la mano los cabellos de sus mejillas, que se habían coloreado.

—Nuestras voces deben de ir muy bien juntas—dijo volviéndose al joven.—Cantemos un dúo. ¿Sabéis *Son geloso ó La ci darem la mano*, ó si no *Mira la bianca luna*?

—Antes cantaba *Mira la bianca luna*, pero ya hace tiempo de eso y lo he olvidado.

—Eso no importa nada; lo ensayaremos á media voz. Dejadme sentar.

Bárbara Pavlowna se puso al piano. Pauchine se colocó á su lado. Cantaron el dúo muy bajo; ella le hizo repetir diversos puntos y después lo cantaron alto, repitiendo aún dos veces más *Mira la bianca lu... u... na*.

Bárbara no tenía ya la voz fresca, pero sabía manejarla con mucho arte; Pauchine tenía al principio temor y sus entonaciones eran falsas; se armó de valor, y si bien no cantó de una manera irreprochable, al menos movía los hombros, balanceaba todo su cuerpo y levantaba de vez en cuando la mano como un verdadero cantante.

Bárbara tocó dos ó tres piezas cortas de Thalberg, y dijo con coquetería una romanza francesa.

María no sabía ya cómo expresar su satisfacción; quiso más de una vez mandar á buscar á Lise; por su parte, Guedeonofske, no hallando palabras, movía sólo la cabeza; pero de repente bostezó, sin tener apenas tiempo para poner la mano delante de la boca.

Este bostezo no se escapó á la cantante, que volvió en seguida la espalda al piano, añadiendo:

—Basta ya de música; ahora hablemos—y cruzó los brazos.

—Sí, basta de música—repitió Pauchine, y entabló con ella una conversación en francés, alegre y ligera.

—Parece que estamos en un salón parisiense—decía para sí María, escuchando aquella conversación llena de sutilezas y de equívocos.

Pauchine estaba lleno de júbilo, sus ojos brillaban, sus labios sonreían.

Al principio, cuando cruzaba su mirada con la de María, se pasaba la mano por el rostro, fruncía las cejas y lanzaba profundos suspiros; pero muy pronto olvidó completamente su papel, y se abandonó sin reserva al placer de la conversación medio mundana y medio artística. Bárbara Pavlowna se mostraba un filósofo completo; encontraba respuesta para todo; nada la turbaba; no dudaba de nada; era fácil ver que había conversado mucho con hombres de talento de naturalezas diferentes. París era el eje de todas sus ideas, de todos sus sentimientos. Pauchine llevó la conversación á la literatura, y se hallaron que ni el uno ni el otro habían leído más que obras francesas: Jorge Sand le inspiraba indignación; admiraba á Balzac, aun cuando le parecía cansado. En Eugenio Sué y Scribe veía conocedores profundos de la humanidad, y adoraba á Dumas y á Feval; en su fuero íntimo, prefería á todos Paul de Kock, pero naturalmente no pronunció siquiera su nombre, y á la verdad, la literatura la interesaba muy poco. Evitaba con el mayor cuidado todo lo que podía, y aun de muy lejos, recordar su posición; no encerraba absolutamente lo que decía cuestión de amor; por el contrario, sus conversaciones respiraban más bien cierto rigo-

rismo hacia los movimientos del corazón, y manifestaba desencanto y modestia. Pauchine la refutaba, y ella sostenía sus opiniones...

Pero ¡cosa extraña! mientras dejaba caer de sus labios palabras de contradicción, muchas veces sin piedad, el mismo sonido de su voz era cariñoso y tierno, y sus ojos parecían decir... Lo que decían precisamente aquellos bellos ojos hubiese sido muy difícil definirlo, pues su lenguaje dulce y encubierto no tenía nada de severo. Pauchine se esforzaba por penetrar en lo íntimo de su alma y hacer que hablasen sus miradas; pero se sentía impotente para hacerlo, pues tenía conciencia de la superioridad de aquella elegante venida del extranjero, de aquella casi parisiense, y ante ella no se encontraba completamente dueño de sí mismo. Bárbara Pavlovna tenía la costumbre, hablando, de tocar ligeramente la manga del traje de su interlocutor; aquel contacto momentáneo turbaba mucho á Vladimiro. Esta poseía el arte de obtener muy pronto completamente la confianza de todo el mundo; no hacía más que dos horas, y le parecía ya á Pauchine que hacía una eternidad que la conocía, mientras que Lise, esa misma Lise á quien amaba todavía, aquella á quien la víspera había pedido su mano, quedaba, sin embargo, para él alejada y parecía perderse en una niebla. Sirvióse el té, y la conversación tomó aún carácter más íntimo. María llamó al pequeño cosaco y le mandó que dijera á Lise que bajara al salón si se le había disipado la jaqueca.

Al nombre de Lise se puso Pauchine á discurrir sobre la abnegación y el sacrificio, y á debatir la cuestión de quién es más capaz de ella, si el hombre ó la mujer. María se exaltó en seguida, afirmando que ciertamente era la mujer más capaz, declarando que lo probaría en dos palabras; pero se embrolló, y después de haber citado una comparación bastante desgraciada, acabó por callarse. Bárbara cogió un cuaderno de música, se cubrió la mitad del rostro, y volviéndose hacia Pauchine, le dijo á media voz, con la sonrisa en los labios y en los ojos, royendo una galleta:

—¡No ha inventado la pólvora esta buena señora!

Pauchine quedó algo sorprendido y asustado del atrevi-

miento; pero no comprendió cuánto manifestaba aquella reflexión inesperada el desprecio del propio decoro. Olvidando las caricias y el cariño que María le tenía, olvidando las comidas que le había dado, el dinero que le había prestado en secreto, respondió el desgraciado con un acento y una sonrisa muy parecidos á los de su interlocutora:

—¡Ya lo creo!

Bárbara Pavlowna lanzó al joven una mirada amistosa y se levantó. Lise apareció. En vano había tratado Marpha de detenerla, pues ella quería soportar la prueba hasta el fin. Bárbara fué á su encuentro, así como también Pauchine, cuyo rostro había tomado en seguida su primera expresión diplomática.

—¿Cómo va vuestra salud?—dijo á Lise.

—Ahora estoy mejor, gracias—respondió la joven.

—Nosotros hemos tocado y cantado un poco; es lástima que no hayáis oído á la señora de Lavretzky. Canta admirablemente, es una artista consumada.

—Venid aquí—exclamó María dirigiéndose á su sobrina.

Bárbara se levantó en seguida con la sumisión de un niño y se sentó á sus pies en un taburete. María sólo la llamaba para facilitar á Pauchine una corta conversación con Lise, esperando todavía que su hija se volviese atrás. Le ocurrió después una idea y quiso realizarla en seguida.

—¿Sabéis—dijo muy bajo á su sobrina—que voy á tratar de reconciliaros con vuestro marido? No respondo del éxito, pero trataré de hacer lo que pueda. Ya sabéis que me aprecia mucho.

Bárbara levantó los ojos á María y cruzó los brazos con gracia.

—Sois, tía, mi salvación—dijo con voz triste;—no sé cómo daros gracias por tantas bondades; pero soy demasiado culpable ante Teodoro y no me puede perdonar.

(*Se continuará.*)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



L cartel de hoy debiera ser de mayor tamaño y más vistoso. *Great attraction*, como dicen los ingleses al anunciar un nuevo espectáculo. *Great attraction*, por más que la pirotecnia preparada para la diversión ahogue también á veces con su humo á los espectadores y la mayoría pueda salir descontenta de las novedades que ha presenciado.

La discusión política con que han terminado en el Congreso los debates parlamentarios, es el importante suceso, la gran función de la temporada. ¡Qué derroche de talento político y de elocuencia parlamentaria, de frases intencionadas y de calurosos discursos, de agudezas lanzadas como dardos y de apóstrofes violentos como estocadas! El que lea el *Diario de sesiones* de los últimos días, y no confiese que nuestros oradores son los más elocuentes de la tierra, nuestras imaginaciones las más fogosas, y nuestros párrafos los más sonoros, no nos hace justicia. No seremos prácticos, viviremos si se quiere de ilusiones, tendremos la desgracia de respirar en una atmósfera apartada de las realidades de la vida, pero hay que confesar que esa atmósfera es agradable, esas ilusiones gratas y ese modo de ser artístico, sin que para nada importe que tanta belleza esté lejos de suponer verdad en el artista de la palabra. Los grandes discursos se escuchan como la buena música; el naturalismo de la existencia desaparece bajo una capa poética y seductora;

pero, perdidos en el vacío los últimos ecos, no queda de ellos más que el agradable recuerdo de aquella armonía.

Se nos ha dicho que la izquierda dinástica tiene ideales políticos, y que los fusionistas son una mixtificación inmoral en las esferas del Gobierno. Esto no lo ignora nadie, y en este punto, formada está hace tiempo la opinión pública. Demóstenes convencía al pueblo y arrebatava los ánimos, hablándole contra Filipo: nuestras filípicas no pueden crear mayor convicción que la que de antiguo existe; pero producen calor, tumulto, agitaciones, borrascas y aplausos en los mismos que ya están muy convencidos de lo que sin remedio pasa.

No se negará que nuestro mérito es mucho mayor que el de los grandes padres de la elocuencia clásica. Nuestros ilustres tribunos y nuestras indisputables celebridades en la oratoria, podrán no traernos un fin práctico y beneficioso, pero sus galas retóricas entusiasman el alma nuestra, que huye de las mezquindades del positivismo para remontarse á los goces de esa poesía creada por nuestro clima meridional y nuestro sol esplendoroso... Dejemos los pequeños *speech* y las estrujadas síntesis para pueblos amigos de reconcentrarse entre las nieblas opacas y los fríos del Norte.

*
* *

Fisonomía de los discursos pronunciados en nuestro debate político:

Dijo el Sr. Martos:

«Así como el partido conservador tiene aquí grandes ventajas por la calidad de sus representantes, es preciso que el partido liberal oponga á esas ventajas, que parece como que resplandecen en la alta inteligencia del Sr. Cánovas del Castillo y en la actividad prodigiosa é incomparable del Sr. Romero Robledo, es preciso que oponga un gran número de gentes agrupadas alrededor de aquello que forma sus ideales; es preciso que oponga una gran disciplina, una gran unidad, una gran fe, un gran sentimiento en favor de la libertad y una gran decisión de marchar unidos al cumplimiento de la realización de sus grandes y nobles empeños. Y esto es pre-

ciso además por amor al régimen; porque, señores diputados, si la obra no se hace aquí en el seno del Parlamento, si este Parlamento se acaba, y se va á acabar pronto, sin que haya nacido de su esencia liberal y democrática, de su sangre, este gran partido liberal, que es preciso formarse, ¡ah! entonces, señores diputados, entonces sí que por virtud de tal fracaso, imprescindiblemente el partido conservador tendrá que venir, porque malograda la empresa en el Parlamento, no es fácil fiarla á los comicios, careciendo, como en él carecemos, de un cuerpo electoral independiente.

...El Sr. Sagasta dirá: por un lado el Ministro de Estado, por otro lado el Ministro de la Guerra, de otra parte los compromisos de la fusión, el pacto político con los que están al lado de S. S., bajo sus órdenes, ¡qué fuerza mandan de autoridad! ¡qué energía! Yo me voy á perder; yo no puedo; yo tengo que escoger, y yo quisiera quedar con los unos y con los otros, pero yo no puedo unirlos á todos; y en esta lucha de su conciencia, S. S. no sabe lo que hacer: oye mi voz y se viene detrás de ella y responde como á un eco de su conciencia; pero piensa luego, y se retrae, y se contiene, y así se constituye en una especie de situación trágica, como aquel personaje de Calderón, que decía:

«Contra mí mismo batallo:

Defiéndame Dios de mí.»

Dios defienda al Sr. Sagasta del Sr. Sagasta mismo.

El Sr. Sagasta, lo digo con sinceridad, no por artificios retóricos, profesa ideas y sentimientos liberales, algunos dirán que hábiles; otros incrédulos podrán decir que artificiosos y disimulados; yo espero que el Sr. Sagasta diga que sinceros.

...Aquí se hablaba de una boda, cuyo anuncio le disgustó al Sr. Romero Robledo días pasados, en términos que hubo de marcharse para no presenciar ni sus preliminares; se trataba de una boda entre la mayoría y la izquierda, y cuando á la izquierda, que es la novia, se la habla aquí del sitio que se la va á dar en la casa, del decoro que va á tener, de la conducta que su marido se propone tener con ella (risas), todos estos intereses morales que constituyen las naturales

garantías del matrimonio, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros dice: «si tú me quieres, yo me estoy muriendo por tus pedazos; tengo una casa muy bien puesta, y te tengo preparados unos vestidos muy lujosos, unas joyas muy ricas, por las cuales van á resaltar realzados el donaire y la gracia y la hermosura de tu persona; no seas tonta y vente conmigo.» (Grandes risas.) Sr. Presidente del Consejo, esto no es boda, sino mancebía. Si la llama del amor es pura, la novia dice que la unión tiene fines más honestos, porque yo por mi parte no me resigno á ser tercero de liviandades. (Risas.)

...Por lo demás, ya sé yo que sin eso pensáis recabar simpatías de la izquierda, tal vez pensando en algunas leyes liberales que acaso pudieran prolongar vuestra vida un poco (me temo que no); ya sé yo que así se vive; pero se vive como el fosforero aquel del cuento legendario del Sr. Carreño, que decía: «Así se vive, Sr. D. José, pero con mucho vilipendio.»

...La aparición de la izquierda habrá sido un bien ó un mal: un bien, según yo creo; un mal, según pensáis vosotros; pero es un hecho. Ahí está la izquierda con su sentido, con su significado, con sus fuerzas; ahí está con la izquierda una parte, no diré cuál ni cuánta, de la democracia; ahí están detrás de la izquierda los que esperan ver si las libertades democráticas son compatibles con la Restauración; ahí está una parte del partido republicano, que espera ver si con efecto, por razón y por justicia, se le impone ó no se le impone la paz definitiva.»

Tomó luego la palabra el Sr. Castelar, y, dignándose olvidar por esta vez su histórico papel de amante ruiñón trinando en la enramada, dijo con vigorosa frase y entonación agresiva:

«Nuestra actitud hoy se atribuye á pesimismo deleznable ó perfidia maquiavélica. Yo me callaría sobre mi historia si no viviese en un pueblo tan perturbado, al que devora un escepticismo deplorable. Sí, señores, sí; yo y todos los que aquí nos sentamos somos de antiguo republicanos. En la madrugada del 3 de enero dijimos cuál república preferíamos, y en los albores de la Restauración dijimos cuál proceder adoptamos.»

...Yo quiero una política de tranquilidad, de orden y de paz, y como ciertas instituciones provienen de la historia y de la esclavitud, y otras de la razón y de la justicia, por eso soy conservador dentro de la república, y radical, radicalísimo, dentro de la monarquía.

...Yo soy apóstol de un apostolado pacífico, pero apóstol al fin y al cabo, porque represento un ideal contrario á la realidad viviente. Ni Dios puede conseguir que lo que ha sido no haya sido. Artista y tribuno, tomé el poder en las circunstancias más difíciles que pudieran presentarse, y jamás dejé de cumplir cuanto debía á la libertad.

...Hay que aliar la monarquía histórica española con la democracia histórica española, y como sus circunstancias dependen del tiempo, no dependen de la monarquía ni de la democracia.

Y no me cite el Sr. Sagasta para establecer comparaciones las circunstancias de los demócratas de otros países, porque aquéllas son completamente distintas.

En Alemania, en Bélgica, en Italia, en otros países la monarquía no tiene deudas tan sangrientas con los liberales como aquí; ¿qué dió la monarquía á Polier, Lacy, Riego? El cadalso. (Rumores.)»

Y el Sr. Castelar, defendiendo á *su partido*, que es el partido del satánico *egome* subjetivo y ultrakrausista, defiende elocuentemente, entre filigranados párrafos, seductores idealismos y atractivos retóricos, los principios conservadores que también él practicó, cuando fué gobierno, aplicando la ordenanza, reconociendo el presupuesto del clero y siendo gubernamental y *conservador-democrático*. Pero no quiere la institución real y explica cómo caen las monarquías. En cambio todos recordamos la sorprendente fijeza de las instituciones idolatradas por el orador, y la milagrosa estabilidad de los Presidentes de repúblicas.

Y el Sr. Moret, entre las interrupciones provocadas por la derrota ministerial y el apasionamiento, decía:

«Entre la situación y la izquierda liberal ha abierto un abismo el Sr. Sagasta, y este abismo nos hará retroceder. Retrocederemos, pues, yo no sé hasta dónde; pero, si retro-

cedemos más allá de donde puede ser conveniente para el Rey, para la libertad y para la Patria, la Patria, la libertad y el Rey deberán exigir la responsabilidad de lo que sobrevenga al Sr. Sagasta, no á nosotros.

Entretanto, aquí nos quedamos y aquí continuaremos, esperando y sosteniendo que el turno del partido liberal no ha pasado por el poder.»

*
* *

Ante las violentas y, más que violentas, iracundas palabras del Sr. Castelar, el *leader* del idealismo histórico, rebelado, contra los manifiestos propósitos de la democracia, á cobijarse bajo el amparo de una monarquía de anchísima base, hubo de pedir la palabra la minoría conservadora, y en su nombre su jefe el Sr. Cánovas del Castillo. Aquella voz potente precisó los términos del debate, encaminando la cuestión al camino de las ideas de que la fogosidad oratoria tendía á separarse. Aquella palabra mágica, expresión sabia y viril de la convicción profunda y del raciocinio ilustrado, fué el *quos ego* en medio de la tormenta.

«La Cámara comprenderá, dijo, que yo estoy en la obligación ineludible de usar de la palabra, porque bien veis que la he pedido en momentos que justifican esta inintervención mía.

Ha sido necesario que surgiese un incidente doloroso que todos recordáis, sin duda, para que la minoría conservadora tome parte en este debate, que no es, al fin, sino una especie de trato y de contrato y de regateo, que resultan absolutamente imposibles desde el momento en que una de las partes declara que nada espera, ni nada puede recabar, ni nada desea obtener de la otra parte contratante, á quien para nada necesita.

Porque, ¿qué podéis esperar, señores diputados de la izquierda, qué podéis esperar de ese partido fusionista y de ese Gobierno que contestan á vuestras proposiciones de concordia con desdenes y con soberbias?

Lo que hay es que no se puede contestar con anfibologías á la petición de principios determinados, y no son sino anfibologías todas las palabras del Presidente del Consejo de Ministros cuando contesta al Sr. Martos que le demanda con-

cesiones de reforma constitucional tan concretas como la del título I de la Constitución de 1869.

Y esto no puede continuar así, y ya es tiempo de que ese Gobierno acabe de arrepentirse de haber tremolado en la oposición aquella bandera de libertad indefinida y vaga que puede ser bandera de un partido revolucionario, jamás de un partido de gobierno, y que origina todas estas aspiraciones peligrosas y todos estos discursos inconvenientes que ahora surgen.

Pero no es este el principal objeto de la intervención de esta minoría en el debate presente, porque en realidad, el verdadero propósito de esta oposición conservadora es el de protestar contra los ataques que todos habéis escuchado de labios del Sr. Castelar en esta tarde, ataques que se enderezaban á aquello que para vosotros y para nosotros se halla en alturas tan inaccesibles que sólo el respeto y la veneración pueden llegar hasta ellas.

Y cumplido este deber, réstame únicamente recoger una idea con que el Sr. Moret ha finalizado su discurso: si, en efecto, se considera que el Gobierno del Sr. Sagasta no corre turno de partido liberal en el poder, y si después de él ha de venir la izquierda, y después otra fracción que diga de la izquierda cosas semejantes, ¡por Dios, señores! fuerza es que esto se defina, porque, de lo contrario, comienzo á sospechar que estamos delante de la plenitud de los tiempos.»

Es decir: se quieren dos grandes partidos dinásticos que funcionen equilibrando el juego de las instituciones; hay un partido conservador con su credo y su jefatura indiscutible; hay también un partido liberal que presenta á la luz del día un programa claro y una bandera definida, y entre ambos partidos aparece una ambición, la del fusionismo acaudillado por Sagasta, sin más ideales que el monopolio del poder, haciendo para retenerlo en sus manos imponderables equilibrios que si á algo conducen es á la informalidad y al desprestigio.

Esta es la antigua historia.

Hay en todo ello algo de la consabida reyerta entre dos litigantes sobre la posesión del molusco del cuento. El ter-

cero en discordia se come sin miramiento alguno la ostra, y reparte las conchas á los que se la disputan. ¿Puede durar mucho la *sans façon* y la pesada broma?

*
* *

Dudamos que tan variado y sorprendente espectáculo se dé en situación normal en ningún Parlamento del mundo. No sin razón llegaba á su grado máximo la concurrencia femenina y se agitaban y rompían tantos abanicos en aquella curiosa atmósfera que no debía bajar de los cuarenta grados.

Y en medio de todos, empinándose el Sr. Sagasta, solo, absolutamente solo, para hacer frente á la avalancha de las oposiciones unánimemente acordes en condenar su política negativa, ensayando imponderables esfuerzos para evadir contestaciones categóricas, pronunciando discursos sobre discursos y calcando las ambigüedades del último sobre las anfibologías del primero, sin fe, sin ideales y sin amigos, era el tipo más saliente de aquel cuadro lastimoso.

Cuando el Sr. Castelar en sus desahogos democráticos dirigía sus improcedentes invectivas, amenizadas con citas históricas traídas por los cabellos contra la institución monárquica á la que debe España todas sus brillantes glorias, se sonreía con agrado el Presidente del Consejo, y ni una advertencia, ni un campanillazo, advirtió al orador las conveniencias reglamentarias; pero pudo observarse que, al protestar el Sr. Romero Robledo, y al pedir la palabra con voz enérgica y con igual objeto el Sr. Cánovas del Castillo, la pasividad ministerial se convirtió instantáneamente en fervor de neófito, para condenar los desmanes de ese posibilismo que votaron los amigos del Gobierno en los colegios electorales.

«Guarde el Sr. Castelar—exclamó el Presidente del Consejo—guarde esa benevolencia que me ha dispensado y que me ofrece todavía, guárdela por siempre y para siempre, que yo no la acepto, que yo la rechazo con toda la energía de mi alma y de mis convicciones, si ha de otorgármela á precio de discursos como el que acaba de pronunciar.»

Pero aquel arrebató, aplaudido sin embargo por la oposi-

ción conservadora, tuvo, por las circunstancias que mediaron, todos los caracteres de un monarquismo poco susceptible y en demasía olvidadizo por cierto.

* * *

¿Cuáles serán las consecuencias políticas de tres días de acalorado debate, en que se han puesto á contribución las más claras inteligencias del País?

El Presidente del Consejo dijo que estaba dispuesto á la conciliación y á la unión entre los elementos más liberales, y que si ésta no se hacía era por culpa de la izquierda. Los izquierdistas han declarado en todos los tonos que ellos querían la conciliación y la paz; pero que el Sr. Sagasta la hizo imposible. Resultados:

No hay acuerdo.

La conciliación y la benevolencia han desaparecido.

La izquierda, á las puertas de la muerte, ha recobrado pujante vida, divorciándose de la mayoría.

La formación del partido liberal monárquico, con propósitos fijos y verdadero programa, es un hecho, quedando el fusionismo sin significación alguna política.

¿Y luego?

Los fuegos de pirotecnia se apagaron. Los primeros personajes de la política disponen ahora su excursión veraniega para buscar en las playas el descanso de sus últimos esfuerzos.

Sobre las ruinas del debate seguirá impávida la inamovible fusión, acaparando el poder contra viento y marea y conservando aun las ilusiones de que *su leader* es irremplazable. Poco significan batallas ni derrotas con Ministros del corte y de la talla de los Romero Girón.

Pero siempre fué malo jugar con fuego.

Ya lo ha dicho elocuentemente el Sr. Martos. En un país donde existe un cuerpo electoral de las condiciones del nuestro, expuesto á atrabiliarios manejos de un poder egoísta y por consiguiente sin la independencia bastante, no queda más que un respetabilísimo elemento de confianza que dé satisfacción á las necesidades de la opinión pública.

La regia prerrogativa.

X.



REVISTA EXTRANJERA



A noticia del cólera en Egipto ha hecho volver de nuevo las miradas de Europa hacia Inglaterra, como en los días en que Alejandría era inesperadamente bombardeada por los acorazados británicos.

Toda Europa está alarmada por la conducta de Inglaterra, que no quiere imponer cuarentena á las procedencias de Egipto, según declaración terminante del Gabinete Glasdton ante la Cámara de los Comunes. La nación de los lores, enriquecidos con el tráfico mercantil, y de los mercaderes, hechos millonarios y lores, no puede olvidar el estrecho molde de que siempre salieron los pueblos que á toda costa aspiraron al monopolio del comercio universal. La moderna Cartago no puede menos de estar hecha á imagen y semejanza de aquella república, cuyo agiotaje acabó al fin en manos de Scipión el Africano; porque la historia reserva también castigos ejemplares para los grandes egoísmos. La Gran Bretaña, teniendo más miedo que al cólera al fracaso de una especulación cualquiera, no quiere admitir medidas preventivas porque algunos de sus sabios niegan el carácter contagioso del terrible azote. Y llega su escepticismo al punto de no obligar á medidas sanitarias á la policía egipcia, hoy á las órdenes del protectorado británico.

Será ó no será contagiosa la enfermedad; pero de todos modos no deben considerarse los ingleses los únicos llamados á decidirlo; de todos modos, es un hecho que el nombre de cólera basta para dar idea de un mal misterioso y de curación incierta que abate el espíritu de los pueblos, y es deber de las autoridades tomar toda clase de precauciones para tranquilizar la parte moral de los individuos que no creen en la infalibilidad de los médicos y de los sabios ingleses.

Inapreciable beneficio es para las naciones la paz general; pero la salud pública es un bien infinitamente más precioso, puesto que la primera de las necesidades es vivir. Hoy que aspiramos una atmósfera de ideas seductoras y de utopías generosas para realizar en apartados siglos la paz eterna y la ventura de todos; hoy día en que se forman alianzas y ligas, se convocan congresos internacionales, se redactan estatutos, se organizan propagandas y se proponen arbitrajes para la solución de todas las cuestiones, estudiándose sistemas universales de pesos y medidas, instituyéndose comisiones mixtas para vigilar y rectificar los mil elementos de la actividad humana, agrupaciones internacionales encargadas hasta de la inspección y cuidado de los caballos padres, ¿será posible que no pueda nadie ocuparse de la salud pública sin la venia de los ingleses? ¿Será posible que no funcione un consejo internacional de higiene que dé á todas las naciones un código de medidas uniformes y medios preservativos contra las epidemias? La solidaridad humana exige en este siglo de civilización una iniciativa más vigorosa contra los reprochables antagonismos y las ambiciones ocultas.

Lo que pasa con el asunto del cólera no es tolerable. En la colonia inglesa de las Indias, por efecto sin duda de las malas condiciones higiénicas que no trata de remediar la metrópoli, reina aquella enfermedad en estado endémico. Hasta ahora todos los buques procedentes de los puntos contaminados sufrían cuarentena en Aden, sin protesta alguna; pero los traficantes en drogas y algodón de Bombay y Liverpool creyeron tal formalidad engorrosa para sus negocios, é Inglaterra, omnipotente en el Canal de Suez, se apresuró á quitar la cuarentena. Desde entonces mueren diariamente

cientos de habitantes en Damietta y otros puntos de Egipto; el cólera ha sentado sus reales en aquella parte del Mediterráneo, amenazando á Europa y acusando del crimen de lesa humanidad á Inglaterra.

Ahora hay todavía algo más grave: en los puertos de Inglaterra no se consideran sucias las procedencias de Egipto. Las tripulaciones de los buques de Alejandría desembarcan y desembarcarán sin dificultad lo mismo en Gibraltar que en Londres. ¿Cómo procederán ante semejante conducta las demás potencias? El único medio aceptable, la forma capaz de dar satisfacción cumplida á la opinión pública, sería lo que no querrá hacerse.

Sujetar á rigurosa cuarentena todas las procedencias inglesas. *Salus populi, suprema lex esto.*

*
* *

El nombre de los Borbones ha corrido de boca en boca, durante la última quincena, en todas las capitales del mundo, con motivo de la grave enfermedad del Sr. Conde de Chambord, inflexible representante en la sociedad moderna del principio y de las pretensiones de la monarquía de derecho divino. El nombre de los Borbones, que muchos creyeron ya olvidado y borrado de los anales históricos de Francia, ha tenido aún el raro privilegio de preocupar más que nunca el ánimo de todos, desde el momento en que el heredero de Carlos X se vió repentinamente á las puertas de la tumba, eterno olvido de los mortales.

Las notabilidades legitimistas y orleanistas, al tener noticia de lo que ocurría en Frohsdorf, celebraron reuniones y conferencias; los miembros más influyentes de ambos partidos emprendieron viajes; los Príncipes de Orleans se agrupaban presurosos á la cabecera del moribundo, mientras el nieto y heredero de Luis Felipe decía á su augusto primo: «Señor, hemos venido á Viena, acudiendo inmediatamente á Frohsdorf para informarnos personalmente de la salud de V. M.» Y el Rey sin corona abrazaba con efusión al Conde de París, y aquel abrazo preocupaba al Gabinete que pre-

side Ferry, era objeto de calurosos comentarios en las Cámaras y de conferencias en el Elíseo entre los Ministros y el Presidente de la República; porque todo el mundo comprende qué fuerza daría al representante de la Monarquía constitucional el ser á la par único jefe de todo el partido realista.

No ha llegado aún el momento de hablar de tan graves cuestiones. El Conde de Chambord no saldrá tal vez de este mundo tan pronto como los médicos temieron, y de todas maneras, no está abierto aún su testamento. Pero lo que la prensa francesa ha demostrado con una unanimidad que sorprende es, que si Dios le llama, ni una palabra rencorosa turbará la paz de su sepulcro. Todos los partidos, incluso los que sin tregua han combatido sus pretensiones al trono, honran la grandeza y constancia de sus convicciones; todos reconocen en él un verdadero carácter, encarnación de una doctrina incompatible con el espíritu francés del siglo XIX, si se quiere, pero doctrina majestuosa por los recuerdos y las glorias del pasado, por las tradiciones que representa, por la fe inviolable de que vive y por la nobleza de su bandera.

Hasta uno de los escritores más republicanos, el redactor del *Voltaire*, Mr. Weiss, se ha descubierto ante esa bandera blanca de los Borbones de la casa de Francia y las glorias que representa, exclamando en su periódico:

«¡Salve, noble bandera! ¡Salve, bandera de Ivry, donde se ganó la batalla de la libertad de conciencia, y de York-Town, donde se ganó la batalla de la independencia de los pueblos! ¡Salve, bandera que en tus más preclaros tiempos de gloria hiciste que de tus pliegues se desprendiesen y cayesen sobre nosotros Lila y Perpiñán, Besanzón y Estrasburgo! ¡Salve, bandera que no olvidó Quebec y que un día subyugó á Madrás! ¡Salve y mil veces salve!»

*
* *

Se confirma la noticia de que el Sr. Schlœzer, encargado por Bismarck de las negociaciones ultimadas con la Santa Sede para restablecer la paz religiosa entre la curia romana y Alemania, ha recibido también instrucciones á fin de que

intente, si es posible, suavizar algún tanto muchas de las asperezas existentes entre el Reino de Italia y el Papado. Este es otro de los oscuros problemas planteados en el campo de la política europea por la diplomacia alemana.

Ha resultado exactísima la alianza de Alemania y Austria con Italia. Es un hecho que el misterioso Canciller ha abandonado repentinamente el Culturkampf; ha modificado por voluntad propia las famosas leyes de mayo que se promulgaron para oprimir con violencia la Iglesia; se reconcilia por fin con el partido católico y busca la paz con León XIII. ¿Qué relación puede existir entre la triple alianza y las negociaciones del Barón de Schloezer con el Vaticano?

No puede presumirse que, al restablecer Bismarck relaciones amistosas entre Alemania y el Papado, intente perjudicar á Italia y suscitar dificultades á la política del Quirinal; y no se concibe tampoco de qué manera puede establecerse buena armonía entre el espoliador y el despojado, ni cómo ha de consentir Italia en devolver la ciudad eterna á la Santa Sede. Algo intentará, no obstante, el hábil y profundo político que ha sabido dar vida y pujanza al imperio germánico, con su alianza con los Estados de la Europa central, con sus acuerdos con la curia romana, precisamente en los momentos en que Francia hiere con violencia los sentimientos religiosos, veja al clero y ataca la libertad de conciencia, obligando al Papa á escribir una enérgica carta al Presidente de la República y á dirigir á los Ministros franceses cargos fundados y gravísimos.

¿Tendrían razón los franceses al decirnos uno y otro día que Alemania tiende á aislar á Francia del concierto de las naciones para evidenciar su mayor abatimiento?

*
* *

No es obstáculo la singular situación en que se encuentra el Gabinete presidido por Mr. Ferry, para que siga siendo su sueño dorado la política colonial.

Y sin embargo, esta política, que se dice aconsejada por Bismarck, ha tenido para Francia consecuencias fatales. Así

que el Gobierno republicano vió colmadas las brechas de la frontera del Este, á fuerza de millones generosa y patrióticamente concedidos, se apresuró á gastar mucho más dinero y á abrir otras brechas, obrando contra lo que la prudencia aconsejaba. No se contentó con tratar de contener la turbulenta población árabe de la Argelia; puso, para distraer la atención pública de los asuntos interiores, sus ojos en Túnez, y allí quiso llevar, con extraña inconsecuencia, su protectorado y sus conquistas.

No es dudoso que, en el caso de un nuevo conflicto entre Francia y Alemania, las posesiones africanas y las colonias francesas estarían llamadas á desempeñar en la guerra un importante papel. Si en 1871 hubiese tenido Prusia siquiera la marina que hoy tiene, no hubiera dejado de arrojar algunos millares de hombres á las costas de Argel para secundar las aspiraciones á la independendencia de aquellos berberiscos y sublevar las kábilas. Lo que no hizo ayer, estará en el caso de hacerlo mañana.

Pero la política colonial tiene algo que ciega, y no bastan ya los desengaños y los sacrificios que cuestan Túnez y Madagascar. Se piensa en extender los dominios franceses del Asia, y bien puede sospecharse que sólo el cólera ha aplazado tal vez un gravísimo conflicto con China.

Aún es tiempo de un arreglo. ¿Tendrán los hombres de Estado de las orillas del Sena reflexión bastante para calcular las consecuencias de una ruptura con el Celeste Imperio? Vemos que el Ministro de Marina de París, para vengar la muerte del comandante Rivière y reforzar las guarniciones del río Rojo, ha mandado al Tong-King 3.500 hombres de infantería ó artillería de marina y una escuadra compuesta de varios acorazados, cruceros, trasportes, cañoneras y otros barcos. Estas fuerzas, añadidas á las que allí existían, compondrán un efectivo de 5.000 hombres de tierra, pudiéndose calcular en otro tanto la fuerza de marinería que sirve en los buques de la escuadra. De modo que el cuerpo expedicionario francés es de 10.000 hombres, dispuestos á vengar el descalabro de Hanoi.

Parécenos que no se trata ya solamente de poner en buen

lugar el honor de las armas francesas; parécenos que no se trata solamente de ocupar alguna de las ciudades del país, ocupación difícil é insostenible, á la larga. Lo que se intenta es el protectorado, ó lo que es lo mismo, la conquista.

Pero la conquista puede traer el conflicto con China, y este conflicto traería irremisiblemente el costosísimo bloqueo de los puertos del Celeste Imperio, la perturbación comercial, que no tolerarían Inglaterra ni los Estados Unidos, cuyo tráfico con aquellas regiones importa muchos miles de millones.

Un periódico francés, *La Patrie*, nos ha suministrado bastantes datos para apreciar los sacrificios que á Francia ha costado la conquista de la parte baja de la Cochinchina. En 1858 desembarcó allí el primer cuerpo expedicionario, y sólo después de un año de inútiles esfuerzos y grandes pérdidas de hombres pudo dirigirse el Almirante Rigault de Genouilly á Saigón y apoderarse de la ciudadela, donde quedaron bloqueados los soldados franceses por el ejército annamita hasta 1861. En aquella época firmóse el tratado de paz con China, lo que permitió disponer de las tropas del General Montaubán para romper el bloqueo, penetrar en el corazón del país y apoderarse de Saigón, Bien-Hoa y Mytho, no terminando esta operación hasta 1863. En este período de 1858 á 1863, se necesitaron constantemente 10.000 hombres. Los soldados y marinos permanecían entonces en la colonia durante tres años, y de ellos morían en este tiempo una cuarta parte por el fuego del enemigo y bajo aquel sol de plomo; otra cuarta parte volvía á su país con afecciones muchas veces incurables, y otra mitad sólo pedía al cielo perder para siempre de vista una tierra en la que habían tenido que luchar, amenazados siempre por las fiebres, la disentería y el cólera.

¿Qué ventajas ha proporcionado á Francia la ocupación de los territorios de la Cochinchina baja? ¿Qué sacrificios ha exigido? Desconsolador es el balance de los últimos veinte años. A trueque de la posesión de un punto militar y de un arsenal en Saigón, se han gastado más de 200 millones, muriendo allí unos 4.000 jóvenes arrancados del taller ó del campo.

¿Qué ha de suceder ahora? Desde 1861 en que los annamitas no tenían más armas que picas y fusiles de mecha, han pasado más de veinte años, y en este espacio de tiempo Annam ha tenido relaciones con el Occidente, sus soldados se han provisto de buenos fusiles y de cañones de mucho alcance, teniendo instructores europeos en sus filas.

La política de aventuras tuvo siempre consecuencias fatales para nuestros vecinos, é imposible parece que haya todavía quien la defienda, después de las lecciones que la experiencia ha dado en Conchinchina, en Méjico, en Túnez y en todas partes, mayormente hallándose hoy Francia ante el mal estado de su Hacienda, el aislamiento absoluto y la malevolencia y las amenazas de la triple alianza.



Mientras continuas y fundadas zozobras vienen turbando la aparente tranquilidad de Europa, sigue la anarquía dominando en las pequeñas Repúblicas del Centro y del Mediodía del Nuevo Mundo.

Dejando hoy el estado de perturbación horrible en que siguen el Perú, Chile, Bolivia y otras importantes comarcas del continente americano, han llegado á Europa noticias de una importante revolución en Haití.

Las últimas noticias son contradictorias. Mientras unos nos presentan á los insurrectos de Miragoana reducidos al último extremo, sin víveres ni municiones, con la población ardiendo, el General Enrique Piquant continuando el sitio con empeño y dispuesto al asalto, los rebeldes de Jeremías á punto de caer prisioneros, la intentona de Aquino sofocada, el país en calma, la autoridad del presidente Salomón aclamada con más entusiasmo que nunca, otros despachos nos dicen que varios distritos están sublevados, que las ciudades de Jeremías y de Aquino se hallan pronunciadas, y que los delegados de la revolución han llegado á la Jamaica, anunciando que el presidente del comité revolucionario es Eugenio Marñón, antiguo é influyente Presidente de la Cámara de los Representantes.

Y sin embargo, todos aquellos países de la América del Sur serían, sin tantos trastornos, el verdadero paraíso de la tierra. Una corta época relativamente de paz, ha bastado para transformar á Méjico. Su crédito se restablece, y pronto podrán verse terminados grandes trabajos de interés nacional, que desarrollarán los elementos de riqueza de aquel privilegiado suelo. Importantes sociedades de explotación se organizan en Inglaterra y en los Estados Unidos, mientras que una acreditada casa francesa acaba de tomar en subasta las obras del puerto de Veracruz, y un sindicato se encarga de construir la gran línea férrea interoceánica que, partiendo de Veracruz y recorriendo los Estados más ricos y poblados, pase por la capital de la República y termine en Acapulco, el mejor y más vasto puerto de la Costa del Pacífico.

Cierto es que la Providencia pone al alcance del hombre su bienestar, y la ambición muestra siempre el feroz empeño de correr en pos de sangrientas aventuras y desdichas.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Manuel de la Revilla.—*Obras del mismo, publicadas por el Ateneo de Madrid, con un prólogo del excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo y un discurso preliminar de D. Urbano González Serrano.*—*Imprenta central, á cargo de Víctor Saiz.*—*Madrid.*—*Precio, 6 pesetas en Madrid y 7 en provincias.*

Tiempo há que el interesantísimo libro que á la vista tenemos ha llegado á nuestro poder; pero deseosos de estudiar concienzudamente su contenido, hemos ido retrasando la publicación de estas brevísimas consideraciones, que sólo de un modo harto superficial pueden dar idea de lo que la obra representa y merece.

Es para nosotros poco grato que trabajos de la índole de los que aquí nos ofrece el malogrado Revilla no se analicen seria y formalmente á fin de consagrar á su autor la atención de que es digno su talento, por todos

celebrado. Pero razones de bastante peso nos han decidido á incluir el libro en este Boletín.

Es la primera el deseo de no retardar más tiempo la noticia bibliográfica que siempre contribuye á la popularidad de los autores y al acrecentamiento de la venta; es la segunda la seguridad que abrigamos de que muy en breve la REVISTA CONTEMPORÁNEA publicará una colección de artículos, cuyo objeto no es otro que estudiar extensa y meditadamente la personalidad literaria de Revilla, bajo todos los aspectos con que en el breve trascurso de su vida se ha dado á conocer.

En atención, por lo tanto, á que en los mencionados artículos ha de analizarse con el mayor esmero posible todo cuanto de más saliente y meritorio poseía el malogrado catedrático de literatura, sin omitir tampoco los defectos que como hombre y como

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

literato pudiese tener, bien podemos limitarnos ahora, y en atención á la brevedad del tiempo que nos es lícito emplear, á emitir nuestro juicio acerca de la importancia de este libro, consignando al propio algunos detalles que permitan á nuestros lectores formarse una idea aproximada de los trabajos que en el mismo se contienen.

En primer término, justo será que tributemos nuestro modesto aplauso al Ateneo de Madrid, que tan oportuna y generosamente se ha prestado á publicar y costear esta notable edición de las obras del ilustre escritor, cuya temprana muerte tan honda impresión produjo hará próximamente dos años en todos los círculos literarios y científicos. Revilla miraba con entrañable amor la antigua casa de la calle de la Montera, donde se halla establecido desde su fundación el Ateneo. Aquel fué el palenque, el teatro principal de sus campañas oratorias. Pasaba los días enteros sin salir de aquel viejo y destartado edificio, hablando con unos, discutiendo con otros, alternando y complaciéndose con todos. Justo es que á su muerte, el Ateneo sea el primer amigo que llore su pérdida, elogie y haga justicia á sus talentos y procure secar las lágrimas de su desgraciada familia; que nada es tan hermoso y consolador, en medio de las amarguras de la vida, como el fiel cumplimiento de ciertos deberes sagrados, ni nada es más digno de respeto que el justo tributo de admiración que se rinde á los que ya dejaron de existir.

El tomo de que nos ocupamos contiene, sin duda alguna, todo lo más importante y fundamental que dió

Revilla á la estampa en los periódicos, revistas y publicaciones más conocidas.

No son los suyos estudios ligeros, de oportunidad, que no tienen otro valor que el que las circunstancias les prestan, á que tan aficionados son los periodistas, y en general los escritores dotados únicamente de esa condición tan frecuente en los pueblos del Mediodía: el ingenio.

Revilla perteneció siempre á una familia muy poco común, y que cuenta escasísimos individuos en España: á la familia de los que escriben mucho y copian poco. A la familia de los que cuando hablan dicen mucho bueno y profundo, y en todo lo que expresan se retrata su personalidad, su talento, su ingenio, su especial manera de ser.

Su talento de asimilación era tan extraordinario, que así hablaba de literatura como de filosofía, de arte como de historia. Previo un corto estudio de preparación, hubiese sido capaz de decir cosas sorprendentes sobre cuestiones que le fuesen completamente desconocidas.

Basta recorrer con la vista el índice de las materias contenidas en este tomo para formarse una idea aproximada de la importancia y de la oportunidad que entrañan.

La primera parte la forman los bocetos literarios, que tanta y tan merecida fama dieron á Revilla: don Adelardo López de Ayala, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Ramón de Mesonero Romanos, D. Juan Valera, D. Ramón de Campoamor, don Manuel Tamayo y Baus, D. José Zorrilla, D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Gaspar Núñez de Arce, D. Benito Pérez Galdós, D. José Echegaray y D. Manuel Fernández y González,

forman esta galería de retratos, llenos de vida, de colorido y expresión.

En todos ellos aparece el crítico prudente, razonador é imparcial.

Veamos si nos es posible dar una idea ligerísima sobre sus opiniones con relación á estos ilustres escritores.

De un autor que tiene el secreto de suscitar grandes controversias siempre que escribe, del Sr. D José Echegaray, hace un notabilísimo estudio. Nosotros lo hemos leído repetidas veces y creemos que nadie ha juzgado hasta ahora con tanto acierto al célebre dramaturgo contemporáneo.

Oigamos á Revilla y juzguemos su talento. Es difícil encontrar otra individualidad literaria (nos referimos al Sr. Echegaray) que ponga en mayor tritura el ingenio del crítico que trata de hacer de su persona un retrato de cuerpo entero:

«No es exacto decir que el señor Echegaray es un talento sin genio; menos aún que es un genio sin talento, en el sentido estricto de esta palabra. Si por talento se entiende la reflexión, el exceso de ésta, que le hace someter al rigorismo de la matemática todas sus obras, es precisamente lo que le perjudica, porque al llevarle á la abstracción le aparta de la realidad. El talento que falta al Sr. Echegaray es el que nace de la experiencia, no el que procede del entendimiento abstracto; es el que obliga al poeta á mantenerse dentro de lo verosímil y lo razonable; el que le impele á buscar sus personajes en los modelos vivos, y no en una fantasía extraviada por la abstracción; el que dándole el inapreciable don que se llama buen gusto, no le permite traspasar la esfera de lo artístico y caer en lo deforme ó lo repugnante. Ta-

lento práctico, talento escénico, gusto, destreza, tacto; hé aquí lo que falta al Sr. Echegaray; no el talento reflexivo que enlaza razonamientos, combina silogismos, induce leyes y deduce principios en la esfera abstracta de lo ideal puro, lejos de toda realidad y toda vida.

»Un genio dominado por la abstracción matemática, cuyos procedimientos aplica á la realidad viviente y palpitante, que es precisamente la que á ellos no se amolda; inspirado, por ende, en un idealismo absoluto al cual no acompaña el ardiente sentimiento que da vida, relieve y relativa verdad á lo ideal; dotado de una vigorosa y plástica fantasía harto habituada á la rapidez de la fórmula geométrica para no ser rígida en sus creaciones poéticas, asaz desordenada é impetuosa para mantenerse en los límites de lo verosímil, y lo bastante viva é inspirada para sustituir al sentimiento, disfrazarse con máscara de sensibilidad, adoptar las apariencias de la observación, dar vida ficticia pero vigorosa á los fantasmas, y en ocasiones, por verdadera maravilla, tocar con su mágico pincel en la realidad misma, á reserva de perderse luego en lo imposible ó en lo absurdo; falto del conocimiento del mundo y de la vida que sólo suministra la experiencia, y de la experiencia y buen gusto que sólo da el estudio constante y detenido de los principios del arte, de los grandes modelos y de la práctica diaria de la escena; hé aquí al Sr. Echegaray. Espíritu singular por cierto; titán poderoso que toca con la frente en las nubes y hunde los pies en el abismo; igualmente familiarizado con lo sublime y con lo absurdo, con lo monstruoso y con lo bello; en todo extremado, y expuesto,

por tanto, lo mismo á grandes caídas que á grandes triunfos; idealista hasta la exageración casi siempre, y en ocasiones realista hasta el extremo; heterogénea inteligencia de matemático y de poeta en lo que se identifican la fórmula y la imagen, la acción dramática y la ecuación algebraica, la mecánica y la psicología, el alma y el guarismo; enigma extraño, apenas descifrable, que á un tiempo es regeneración y ruina de la escena; personalidad poderosísima y grandiosa, cuyo paso ha de dejar profunda huella en nuestra historia literaria, y cuya singular grandeza no pueden desconocer sus más encarnizados adversarios.»

Al hacer la crítica de Zorrilla, y después de un profundo estudio analítico acerca de sus condiciones como lírico y como autor dramático, dice Revilla haciendo el resumen de sus impresiones:

«Zorrilla es una naturaleza privilegiada, en quien la fantasía se ha desarrollado á expensas de las demás facultades, inundando y sustituyendo á todas, y en quien la palabra ha llegado al más alto punto de armonía y belleza que pueda concebirse. Realista é idealista á la vez, por extraña paradoja, si de un lado reproduce y pinta con pasmosa verdad y colorido el aspecto exterior y plástico de las cosas, por otro fantasea á su manera, y sin cuidarse de la realidad para nada, siempre que de la descripción se aparta. Colorista de la poesía y músico de las palabras; trovador legendario perdido en medio del siglo XIX, más rico en imaginación que en sentimiento, y más en sentimiento que en idea; cantor de lo pasado con amor á lo presente y aspiración á lo futuro; original y personalísimo sin

ser subjetivo; versificador inimitable que ha hecho de la lengua castellana lo que nadie hizo ni probablemente hará, Zorrilla es una de esas personalidades singularísimas, únicas en su género, que no pasan por el mundo sin dejar en pos de sí huella luminosa y que parecen creadas por la naturaleza para dicha, orgullo y gloria de la humanidad.»

Al ocuparse de Campoamor, el poeta quizá más leído en estos últimos tiempos, dice el distinguido escritor de quien nos ocupamos:

«Limitémonos á declarar que ni las obras filosóficas, ni las polémicas políticas, ni los ensayos dramáticos y épicos de Campoamor constituyen la base de su merecida fama. Campoamor es el poeta de las doloras y de los pequeños poemas, ni más ni menos, y tiempo perdido será el que emplee en buscar por otros caminos el público aplauso. Sus trabajos filosóficos y políticos, sus producciones dramáticas y épicas, abundan sin duda en detalles admirables (principalmente *El drama universal*); pero considerados en conjunto, no son más que doloras muy inferiores á las verdaderas. Estas son su creación original; éstas y los pequeños poemas los títulos legítimos de su pluma.»

«Núñez de Arce es—á juicio de Revilla— poeta meridional por lo apasionado, mas no por lo pintoresco; sobrio en imágenes y galas, en la energía del sentimiento, en la profundidad ó valentía de la idea, en la forma escultural del período, en la rotunda y severa armonía de la versificación es donde reside el encanto de sus obras. Sabe armonizar el fondo moderno de sus producciones con la más pura y exquisita forma clásica, á tal punto, que si las ideas y senti-

mientos que en ellas campean luego denotan que son fruto de la inspiración moderna, parecen por la forma páginas arrancadas á Herrera, Rioja y los demás modelos de nuestro siglo de oro, á cuyos cánticos nada tienen que envidiar los majestuosos tercetos, las robustas décimas y los esculturales sonetos de los *Gritos del combate*.»

Y para concluir estos ligerísimos apuntes que tomamos de los bocetos de Revilla, sin otro objeto que el de procurar á nuestros lectores la satisfacción de saber cuáles fueron los juicios que los más insignes poetas de nuestro tiempo le merecieron, consignaremos lo que decía con respecto al inolvidable autor de *Los amantes de Teruel*, deplorando que la falta material de espacio no nos permita extendernos más y ocuparnos de otros autores.

«Hartzenbusch es sencillamente un alma modesta y pura que á nadie ha hecho daño, porque es incapaz de hacerlo; que no tiene *intención* (en el sentido que suele darse á la palabra); que es poeta, é inspirado, sin necesidad de tener su masa encefálica á la temperatura constante de 200 grados sobre cero; que escribe mucho y bien con el escaso esfuerzo y el fácil desembarazo del verdadero talento; que no ha considerado las letras como escabel de la política, y por tanto, ni siquiera ha sido Ministro; que lejos de mirar con ceño á la juventud estudiosa, la ha otorgado paternal cariño, llevado á veces hasta el extremo; que goza de su bien ganada gloria con la serenidad de un alma digna; que tiene, en suma, algo de esa cándida bondad no exenta de discreción y perspicacia, de esa calma serena tan bien hermanada en la viveza de la fantasía; de esa actividad poco ruido-

sa, pero perseverante é infatigable; de esa ciencia sólida, pero sin aparato, que son patrimonio de la noble raza germánica de que descende. La experiencia del anciano con la dulce bondad del niño; la inspiración del poeta con la reflexión serena del sabio; la actividad silenciosa y fecunda del hombre del Norte; hé aquí en dos palabras el retrato de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

»Y si queréis completarle, encerrad este alma pura y sencilla en el cuerpo de un anciano pequeñito, seco, de vacilante paso, ya agobiado por la edad y los achaques; figuraos sobre este cuerpo una cabeza cubierta con blancos y escasos cabellos, y en ella unos ojos vivos todavía, aunque bastante amortiguados ya, que se traslucen al través de unas inseparables gafas; una nariz fina, una boca habitualmente entreabierta, un color que fué sin duda sonrosado y hoy es quebrado, rojizo en parte y amoratado en parte también, y una expresión de dulzura y bondad que ilumina este ya decaído semblante, y tendréis el retrato completo del dignísimo director de la Biblioteca Nacional.»

—

La que pudiéramos llamar segunda parte de la obra, está consagrada á estudios literarios de grande importancia, y lo que es más, de grande oportunidad en nuestros días la mayor parte, pues se refieren á cuestiones y materias que son asunto de continua controversia. Estos estudios, de carácter eminentemente doctrinal y científico, son la mejor prueba de las grandes dotes intelectuales de Revilla; nos dan evidente testimonio de su clarísimo talento, y ponen más y más de relieve el gran

caudal de sus conocimientos y su vastísima ilustración. En esta parte del libro entra el autor en el estudio de los importantes puntos y materias siguientes:

La tendencia docente en la literatura contemporánea.—El naturalismo en el arte.—Los orígenes del arte.—El concepto de lo cómico.—Literatura sanscrita.—El Ramayana.—Voltaire como autor dramático.—*El Mágico Prodigioso* de Calderón, y el *Fausto* de Goethe.—Calderón y Shakespeare.—*El Condenado por desofio* ¿es de Tirso de Molina?—La interpretación simbólica del *Quijote*.—De algunas opiniones nuevas sobre Cervantes y el *Quijote*.—El tipo legendario de D. Juan Tenorio y sus manifestaciones en las modernas literaturas.—La decadencia de la escena española y el deber del Gobierno.—Comités de lectura y teatros oficiales.—Respuesta al Sr. García Ladevese.—El teatro español.—La organización del teatro español.—La poesía portuguesa contemporánea.—Los poetas líricos mejicanos de nuestros días.—Principios á que debe obedecer la crítica literaria para influir provechosamente en la educación del gusto y el desarrollo del arte.

Inútil es, después de los datos y de las breves consideraciones expuestas, que nos detengamos á encarecer la importancia, la utilidad, el mérito de este libro publicado por una corporación científica de tan notoria ilustración como el Ateneo de Madrid, y suscrito por autor de tan señalados méritos como Revilla. Obras de este género debieran figurar en la biblioteca de todos los hombres ilustrados, y más principalmente en las de los amantes de las letras.

Y tanta más razón encontramos

para que sucediera así cuanto que se trata de trabajos que ofrecen grande atractivo y amenidad á los lectores, por lo interesante y bello del fondo y lo castizo y galano de la forma.

Cosa es que nadie ignora que el malogrado D. Manuel de la Revilla era á más de literato y crítico de profundo saber y grande alcance, escritor correcto, elegante y fluído como pocos. Sin grandes pretensiones, sin incurrir nunca en la altisonante hinchazón de otros sabios escritores, sin arcaísmos, sin giros rebuscados ni amaneramientos (vicios muy frecuentes entre los que se dedican al estudio de los antiguos clásicos), era el que nos ocupa escritor lleno de pureza y naturalidad en su forma literaria, y su estilo, sin ostentar esos ridículos y pueriles atrevimientos que entre los indoctos suelen producir algún aplauso, era tan propio y personal, cual debe serlo el de todo aquel que esté llamado á dejar en el mundo de las letras, huella más ó menos profunda de su paso.

Para concluir sólo nos resta indicar que el libro que nos ocupa va precedido de un excelente discurso del señor González Serrano y de un notabilísimo prólogo, digno bajo todos conceptos de autoridad tan alta y tan preclaro talento como todos reconocemos en su autor, D. Antonio Cánovas del Castillo, actual Presidente del Ateneo de Madrid.

*
* *

Benito Soriano Murillo.—*Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del día 1.º de julio de 1883.*—Imp. de M. Tello.—Madrid.

Todo el que conozca la ilustra-

ción, los profundos conocimientos que en materia de artes posee el señor Soriano Murillo, tendrá forzosamente que reconocer el buen acierto demostrado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando al abrirle sus puertas, pública y solemnemente, en la ceremonia que tuvo efecto el día 1.º de julio.

Muy joven empezó su carrera artística el Sr. Soriano. Según el testimonio del erudito D. Manuel Cañete, encargado de saludar al nuevo académico en nombre de aquella docta corporación, á los diez y nueve años de edad abandonó á España, sediento de terminar y perfeccionar sus estudios de pintor en la capital del mundo católico.

En los seis años que permaneció en Italia el Sr. Soriano Murillo, llevó á cabo algunas obras importantes. *El Idilio Virgiliano*, cuadro de grandes dimensiones, ejecutado en Roma. *El suspiro del moro*, que obtuvo el segundo premio en nuestra Exposición nacional de 1856. El retrato de cuerpo entero del Excmo. Sr. Duque de San Lorenzo. *La Cita*, de índole diferente de los ya mencionados, son otras tantas obras que nos dan clara y perfectísima idea del talento del Sr. Soriano Murillo, á la par que de su marcada predilección por el arte, y de su exquisito gusto.

El nuevo académico eligió como tema para su discurso la influencia que las artes han ejercido en la civilización de los pueblos, y por lo tanto, acerca de su importancia, asunto digno de grande estudio y muy en consonancia con los gustos y aficiones del disertante.

«Quien de un modo ú otro—dice el Sr. Cañete—se ha consagrado siempre con particular empeño al arte

y á cuanto tiene relación con él, ya pintando cuadros ó enseñando los principios y reglas en que aquél se funda; ya desempeñando cargos como el de Subdirector del Museo Nacional ó el de Oficial del negociado de Bellas Artes en el Ministerio de Fomento; ahora contribuyendo, á título de jurado, á determinar y recompensar el mérito de los artistas en certámenes públicos españoles; ahora interviniendo de igual modo en los internacionales (como el abierto en la *Exposición Universal* celebrada en París el año de 1867), no podía menos de discurrir en el acto de su recepción académica sobre lo que llena su alma y constantemente le solicita.»

Bajo el punto de vista de la forma literaria, aunque el Sr. Soriano Murillo no quiere, según sus propias palabras, traspasar los límites de sencilla plática familiar, bien puede decirse que está en armonía con el fondo; y que elegancia, sencillez y naturalidad son condiciones peculiares de estilo en el ilustrado académico de Bellas Artes de San Fernando.

*
*
*

Emilia Pardo Bazán.—*La cuestión palpitante, con un prólogo de Clarín.*—Imp. á cargo de V. Saiz.—Madrid, precio, 2 pesetas.

No hemos leído ninguno de los anteriores libros de esta distinguida autora. *La cuestión palpitante* es el primero que llega á nuestras manos, por más que algún tiempo há tenemos noticias de su talento y de sus relevantes dotes de novelista.

Y una vez confesado el delito, que para nosotros al menos tiene circunstancias atenuantes, puesto que otros trabajos, si no más interesantes, al menos más urgentes, nos han impedi-

do dedicar toda la atención que se merece á la Sra. Pardo Bazán, comprenderán perfectamente nuestros lectores que no contamos con los antecedentes necesarios para juzgar en toda su plenitud el mérito de tan distinguida autora. Otros con mayor autoridad que nosotros lo han hecho. Además, nuestra misión se reduce á dar cuenta en breves líneas de las publicaciones recientes, y no tenemos para hacerlo así necesidad de hacer un profundo estudio crítico de las condiciones de cada autor, cosa que no intentaríamos nunca sin tener perfecto conocimiento de lo que decíamos, siquiera se tratase de una dama, y hubiera en su favor razones de mucho peso y deberes, que nosotros elevamos al rango de tales, de caballerisca galantería.

No tenemos, pues, más datos ni más antecedentes que el libro que ha llegado á nuestro poder, gracias á la atención de un joven literato amigo nuestro, y además (está de Dios que todas sean dificultades), apenas tenemos tiempo para hojear este interesante trabajo, pues la brevedad del tiempo es tal, que de no aprovecharlo por minutos, no podría figurar el libro en el *Boletín* correspondiente al número de hoy, cosa que á todo trance queremos evitar.

Hablemos, pues, siquiera sea á vue-

la pluma, de la obra de D.^a Emilia Pardo Bazán.

Es *La cuestión palpitante* un libro de crítica contemporánea. La autora fija su atención principalmente sobre la tendencia naturalista que tantos adeptos cuenta en nuestros días, hablándonos larga y atinadamente de la influencia francesa y citando los nombres de Flaubert, Goncourt, Daudet, Zola, etc.

A pesar de que, como hemos dicho, la falta material de tiempo nos impide juzgar este libro y sólo damos cuenta de él á título de noticia (puesto que acaba de publicarse), nos ha parecido que la Sra. Pardo Bazán interpreta el naturalismo con grande acierto; acepta de él todo aquello que debe quedar y rechaza cuanto tiene de exagerado, y á los ojos de la sana crítica, inadmisibles.

El lenguaje es sencillo, fluído, natural; y en suma, cuando tengamos ocasión de ocuparnos más extensamente de esta autora, mucho nos equivocamos ó hemos de tener para ella sinceros y no escasos elogios.

Por ahora, nos limitamos á dar cuenta de su libro apenas ha salido á luz.

La rapidez, muchas veces, lo justifica todo.

H.